

LAS PUERTAS DE LA NOCHE

NOVELA

AMIR VALLE

A veces quisiera creer en Dios. Quisiera cerrar los ojos, pensar que existe y que todo quede resuelto en esta cochina vida de puta que llevo hace varios años. Pero parece que, si existe, Dios no tiene en cuenta a las putas. A nosotras sólo nos queda perdernos en las sombras de la ciudad cuando se abren las puertas de la noche y resignarnos a ver si alguna vez El recuerda que también nos hizo.

Patty.

Siempre encuentra uno el espanto en sí mismo.

André Malraux

*Padre luz, padre sombra; reclamo
la humedad de la infancia inconclusa,
la fatal palidez de un domingo.*

Jesús David Curbelo.

Es lógico.

A Berta, Tony, Lior y mis padres, porque sí.

A Cristo, siempre.

LAS PUERTAS DE LA NOCHE

“Un ataúd blanco, pequeño y con un niño dentro, como dormido, quizás en la paz de Dios, le eriza los cojones a cualquiera”, piensa, y se dice que si nunca le habían gustado los velorios ni las visitas al hospital, aunque el enfermo fuera el tipo más querido de toda la galaxia, peor se sentía en aquella capilla, rodeado de tanta gente secándose los mocos y las lágrimas, y con la desgracia de que la única silla vacía que quedaba cuando llegó a la funeraria estaba justo delante del féretro.

Como siempre, su signo zodiacal le jugaba una mala pasada: ¿por qué carajo los Leo tenían que ser tan impuntuales? Quizás si hubiera llegado una hora antes, cuando se lo había aconsejado el Coronel Lastra, estuviera sentado junto a esa vieja gorda de la esquina, que habla y habla como una cotorra y a lo mejor entre tanto chisme se le escapaba algo que pueda aclararle este casito.

“Ni que yo fuera una niñera”, le había dicho a Tomate, después que el gordo Lastra le echara en cara que los de delitos económicos se estaban echando aire, sentados en las oficinas, mientras los demás andaban hasta el cuello de trabajo.

-- Y además, chico --. Detrás de aquel uniforme talla extra, siempre su gorda sonrisa de burla que aún no deja de molestarlo --. Dicen que tú eres el fiero en aquello. Si quieres estar contento, como se dice por ahí: alimentarte el ego, ponte a pensar que a lo mejor, yo, tu nuevo jefe, te estoy probando.

Y por eso aceptó, así, porque le caía más gordo que el gordo Lastra perder con aquel paquidermo con ínfulas de Coronel, aunque le doliera como una patada en los timbales andar correteando por toda la ciudad en busca de unos niños que se habían perdido de sus casas. Para colmo de males, los jodedores de la Unidad ya andaban en sus cuchicheos y sus

cosas y las bromas de pasillos y si algo lo tenía rabioso era que los muy desgraciados no habían salido a entrarse a golpes cuando él les mentó la madre en el medio del comedor, a la hora del almuerzo y a pocas horas de que le asignaran el caso: no le había caído nada gracioso el cartelito que habían colgado en su casilla por la mañana. BIENVENIDA NUESTRA NUEVA NANA, decía, y aunque se las daba de tener tremenda tabla, no pudo resistirse y gritó que quien había sido, si tenía los pantalones bien puestos, saliera a fajarse.

Ahora estaba allí, con el ataúd pequeño y blanquísimo frente a sus ojos, las coronas de flores y sus tiras de papel donde leyó más de cien veces **A OLIER DE SUS PADRES, PARA OLIERITO DE SU ABUELO NENO, A OLIER DE SUS COMPAÑEROS DE AULA**, pensando que la última vez que entró en un velorio esas dedicatorias se ponían en cintas de tela de algodón o de seda, casi siempre blancas, o amarillas y hasta recuerda que había algunas negras con las letras en blanco. “Como han empeorado los tiempos, mi madre”.

El aire está caliente. Flota casi como una nata pegajosa sobre aquel cuadrado con una sola puerta y dos ventanitas altas y estrechas. Varias veces tuvo intención de salir, pero alguna mirada lo había detenido y entonces se acomodaba en la silla y desviaba la vista hacia otro sitio que podía ser las viejas esas que consuelan a la que parece ser la madre: una negrita flaca que de vez en cuando se para de su sillón y va hasta la caja y parece como si el blanco que cubre esa madera tuviera corriente porque la atacan unas convulsiones y una gritadera que lo hace sentir molesto: hasta le parecen cómicos, cosa de comedia de circo, esos temblequeos, y sabe que la muerte es una cosa del carajo para reírse, y más si es una muerte ajena. Por eso se decide a contar los mosaicos. Siente que unos pasos se acercan a ella, chancleteando, y sabe que son las viejas que la toman de los brazos y la llevan otra vez hasta el sillón y comienzan a decirle cosas que la van drogando y calmando. Le hablan muy de cerca, casi un cuchicheo múltiple. Imagina que la mujer se calma por la peste a boca de las viejas y casi le entran deseos de reír, pero de nuevo piensa que alguien puede estar mirándolo y vuelve a lanzar los ojos hacia otro lado.

Un mulato claro se ocupa de repartir entre alguna gente tazas de café que va llenando de un grupo de termos guardados por una

negra grande y de cabeza enorme en una de las butacas de madera que está en la hilera cercana a los pies del ataúd. Alain piensa que ni loco se embute nada en un lugar como aquel y recuerda su fobia a comer o tomar algo en los hospitales o funerarias. “Es como tragarse pedazos podridos del muerto”, se dice entredientes, recordando la frase que algún amigo le dijera, y descubre que su soledad en aquel velorio lo ha traicionado: su tono por lo menos debe haber sido audible para el prieto viejísimo que se sienta a su lado y que ha dicho a uno de los últimos en llegar al velorio ser un hermano del abuelo del niño, de ese abuelo Neno que le dedicó una de las coronas.

-- Sí -- le responde el negro --. Nadie se traga que haya muerto ahogado.

Hace una pausa larga y se dedica a mirar a su lado como para saber si lo están oyendo, pero encuentra a la muchacha que mantiene tomada entre las suyas la mano de ese que parece su novio y conversa con otro algo que Alain no escucha. El viejo mira al féretro antes de continuar.

-- Era un pez nadando, hermano. Ese cuento no hay quien se lo crea.

Y quizás como esperando un conversador en Alain que no lo satisface, aún cuando lo ha mirado un buen rato, atento, con sus ojos llenos de años y arrugas, vuelve a hundirse en el mutismo que rompió con las palabras del policía que respira aliviado: “menos mal que entendió otra cosa el vejete”, piensa.

Alain había entrado un rato después de que trajeran el ataúd, cuando todavía le duraba a la madre el primer ataque de histeria. La capilla estaba llena de gente de color, “un palenque”, concluyó, al verse mezclado con esa turba que nada tenía que ver con aquellos otros negros de su natal Palma Soriano, en la lejana Santiago: los de allá lloraban cuando les nacía un negrito y formaban tremenda cantadera cuando se moría alguien, por aquello de que “uno viene al mundo a sufrir y al morirse empieza a descansar” que al niño Alain le había parecido entonces, y ahora, comedera de mierda de negros brutos.

No supo por qué al entrar a la capilla y sentir ese olor fuerte que se adueña de en los lugares cerrados donde hay mucha gente: el aroma casi hirviente del humo del cigarro, la pestilencia de las flores de las coronas (siempre había diferenciado el olor de la flor

normal, viva, bella, con el de las flores que se le ponían a los difuntos) y la monotonía casi letárgica de los llantos ahogados en los sillones más cercanos al muerto, ni por qué al ver tanto negro reunido, le vinieron de golpe a la cabeza unas palabras que su abuelo canario siempre le repetía: “los negros y las cucarachas pertenecen a una misma especie, mi’jo; son una plaga”, pero tampoco pudo precisar por qué allí todo le pareció diferente: no eran cucarachas, como le había parecido otras veces, cuando los veía deambular y vivir y reproducirse como una plaga verdadera y dañina en las cuarterías miserables y enmierdadas de La Habana. Aunque había sido educado desde niño en un odio visceral hacia ellos y sus contactos eran muy distantes (su único amigo de color, negro, literalmente, era Tomate, el archivero de la Unidad), sintió que el dolor los hacía humanos, por primera vez, ante sus ojos: Ni siquiera a los negros debería morírseles un niño.

Recordó que cuando tenía seis años había llorado mucho porque a su oveja Paloma, un regalo de su padre por haber sacado buenas notas en su primer año de clases, se le había muerto uno de los ovejitos. Nunca pudo olvidar que Paloma no quiso venir hacia él cuando fue al potrero a buscarla por la tarde y que no dejaba de lamerle el hocico al animalito que ya estaba tieso cuando Alain fue a tocarlo. Estuvo una semana sin comer, aunque la llevaran a los pastizales de las mejores yerbas, y cuando iban en las tardes para traerla a la casa, estaba echada en el mismo lugar donde se había muerto su cría.

Pensó que también otras cosas habían cambiado en los velorios o no supo si ese cambio que él notaba tenía que ver con que el muerto no era un viejo comido por los años que al fin dejaba descansar a los familiares mientras éstos se justificaban diciendo: *el pobre, ya descansó*; un infartado cuarentipicón, una mujer comida por un cáncer o alguien que murió en un accidente. Desde la posición estratégica que para mirar le daba su silla no había logrado descubrir una risa, una conversación fuera de tono, una mirada de aburrimiento. No había en aquel velorio gente que pasaba el tiempo haciendo chistes, con el pretexto de entretener y despejar a los dolientes, ni comentando la última bronca que tuvo en el trabajo, ni mostrando siquiera una media sonrisa porque alguien dijo algo lejanamente risible, ni un bostezo del que vino por el compromiso de quedar bien pasando por lo menos media hora con los familiares del difunto: había un dolor real flotando en

el aire viciado de la capilla. Sí, pensó Alain, quizás nada ha cambiado y los velorios siguen siendo la misma teatrada hipócrita de siempre. Este es distinto porque es distinto: Nadie acepta que los niños se mueran así como así. Es como si nos hubiéramos acostumbrado a la idea de que los niños no deben, no tienen, no pueden tener, bajo ninguna razón humana en la tierra, el derecho de morir.

-- No es fácil aceptar esto -- dice, mirando a la madre, que otra vez se ha puesto de pie y camina hacia el ataúd, abrazada, casi aguantada por una de las viejas.

-- A Viyaya la gente lo quería -- vuelve a decir el negro viejo, a su lado --. Tenía su problema en la cabeza, pero era un pan con patas.

Y podía ser cierto. Hasta él, con todos aquellos prejuicios que le habían metido año tras año en las venas hasta casi aceptar la presencia de los negros como un mal que la sociedad le imponía para probar su temple, como una prueba que debía vencer para ser hombre de verdad, “de a todas todas”, como decía su abuelo, había sentido una molestia rara en los ojos cuando fue hasta el féretro y miró del otro lado del cristal aquella carita negra rodeada de ese ángel de inocencia que tienen todos los niños. Si alguna vez hubo algo de anormal en aquel cuerpo, la Parca lo había desterrado bien lejos y lo que Alain vio fue un rostro marcado con la estática soledad de la muerte, pero con una aureola que transmitía paz.

Le bastó una mirada al negrito en la caja, verlo allí con sus ojos cerrados y una semisonrisa, como de tranquilidad en el rostro que comenzaba a tener la palidez de los muertos, para saber que aquel sería un caso distinto, especial, en su carrera de policía: sentía la rabia creciendo en su sangre, y él, teniente Alain Bec, era sencillamente implacable cuando estaba rabioso. También de su abuelo, nacido en la misma entraña de Canarias, le venía esa picazón, esa rebeldía en la sangre que lo hacía, sin embargo, actuar la mayoría de las veces con una tozudez meridiana.

Por eso, cuando fue a sentarse en la única silla que a esa hora quedaba vacía en aquella sala de la funeraria, pensó que ojalá aquel niño, efectivamente, hubiera muerto ahogado en el Malecón de La Habana, como le habían dicho a sus padres: Haría bien en encomendar su alma a Dios o al Diablo el hijoeputa que lo hizo, si los informes del médico forense que había pedido esa misma

mañana le daban la razón a ese negro viejo que había vuelto a hundirse en el silencio, a su lado.

Siente el muslo de su mujer, caliente y provocador, que lo roza, primero pasando sobre la rodilla, frotando después su sexo que comienza a levantarse como un asta, también hirviente, que entonces ella toma con la mano y masturba lentamente, descubriendo y escondiendo el glande en una sensación que sólo con Camila le ha resultado placentera. No sabía porqué nunca había dejado que otras mujeres lo masturbaran de aquel modo antes de empezar a templar o hacer el amor, según viniera al caso. Siempre había sentido en sus manos (en esas otras mujeres que de algún modo habían estado o pasado por su vida) una aspereza animal bien distinta de esta caricia que realmente lo ponía al borde de la locura y en el punto justo de erección en que a Camila le gustaba que la penetrara.

Pero esa noche era distinto. Estaba realmente cansado y tenía algo en la cabeza, un vacío brumoso, aplastante, desconsolador, que no lo dejaba estar quieto en la cama. Mucho menos concentrarse en aquel roce siempre deseado.

-- ¿Y Camilito?

-- Está dormido – dice ella --. No te preocupes.

-- No es eso. Es que no lo vi más después que comió – dice, y sin darse cuenta hace un intento por sacudirse el peso de la mujer.

Ella lo mira todavía con ternura, pero se le despegas y va a acostarse bocarriba, respirando profundo. Después abre una de las gavetas de la cabecera de la cama y saca una caja de cigarros. El humo asciende en volutas, rompiendo aún más la semioscuridad que marca el punto rojo de la candela del cigarro y

los números del reloj despertador digital que recuerda las once y cuarto de la noche desde la mesita, a un costado de la cómoda.

-- Estuvo en casa de Javier jugando Atari. -- dice entonces --. Tú sabes que ahora le ha dado por eso.

-- Como a todos los niños -- responde él --. Por lo menos así no tenemos que darle dinero todos los días para que vaya a jugar a otra parte.

Quedan en silencio. De cuando en cuando el cuarto se ilumina con la luz de algún carro que pasa por la avenida, casi desierta a esa hora de la noche. Desde la tarde en que se fastidió el aire acondicionado que él se había ganado en la Unidad, después de varios años de uso intensivo, Camila dejaba la persiana entreabierta para que el viento circulara. Ahora hace frío.

-- ¿Qué te pasó hoy?. Desde que llegaste no has abierto la boca para nada. Te dejé tranquilo a ver si se te pasaba, pero ya veo que no.

Alain le pasa una mano por el muslo, con el mismo cariño con que siempre trataba de calmarla cuando era ella quien estaba molesta, y después le pide el cigarro.

-- Las mierdas de la vida -- contesta, soltando una bocanada larga y espesa --. Yo creo que uno nunca se acostumbra a que los humanos somos la mierda más grande que hizo Dios.

-- ¿Y esa filosofía?

-- Hoy estuve en el velorio de un niño de nueve años.

Camila se incorpora un poco y se pone de lado para mirarlo. Sabe que él continuará hablando y por eso permanece en silencio. Alain se acomoda la almohada, doblada, bajo la cabeza y vuelve a dar otra cachada profunda al cigarro que ya casi es sólo un punto de luz entre sus dedos.

-- Le dijimos a los padres que se había ahogado, pero alguien lo mató antes de tirarlo en la bahía.

-- ¿Y por qué hicieron eso?

-- Ojalá lo supiera. El muy hijoeputa lo violó no sé cuantas veces, después le dio con algo duro en la cabeza y ...

-- No -- corta ella --, ¿que por qué le mintieron a los padres?

Aplasta la colilla en el cenicero y se levanta un poco en la cama hasta casi sentarse, dejando la almohada entre la cabecera y su espalda.

-- No es bueno que se forme ninguna bulla ahora – dice --. Además, son negros.

-- ¿Y eso qué?

-- Tú sabes que a los negros les gusta tomarse la justicia por su mano y no queremos que nos jodan el caso. Va y se ponen de suerte y dan con el asesino y lo matan y te juro por mi madre que me alegraría y me haría el comemierda para dejar ahí el asunto. A veces es mejor que hagan el trabajo por uno.

-- Tú y tus prejuicios... ¿Y entonces?

-- Es que no hay un solo niño en este lío, son varios.

-- ¿Por eso le peleaste a Camilito cuando vino más tarde de la escuela?

Ella lo ve asentir en la oscuridad. Realmente se había puesto nervioso. Muy nervioso, aunque se jactaba de no ser un tipo sugestionable. No sabe por qué, aun cuando, por suerte, no eran nada cotidiano los crímenes en aquel país, a pesar de haber visto tantos muertos en todos sus años de policía, tanta gente baleada, picoteada, acuchillada, punzoneada, hasta troceada como una res, el recuerdo de la cara del negrito del otro lado del vidrio del ataúd le llegaba en oleadas molestas que le removían las tripas en algo muy parecido a la impotencia. Cuando llegó a su casa a las seis y no vio a Camilo por ninguna parte no quiso preguntar para no transmitirle su nerviosismo a Camila, pero realmente sintió que el mundo se le venía en mierda. Lo único que diferenciaba a su niño de esos dos que, al igual que el muerto, se reportaban como desaparecidos, era que Camilito era una lámpara para todo, con una inteligencia que no los dejaba salir de un asombro para entrar en otro, “una lumbrera”, decían en su escuela y con una memoria prodigiosa; nada había en él de anormal, como en todos los otros casos. Por eso, cuando lo vio entrar, le voló para arriba y después de darle una nalgada, sin siquiera preguntar dónde había estado ni qué hacía, lo mandó directo para el baño “y que no se repita”.

-- La maestra me llamó al trabajo para pedirme permiso – dice ella --. Si me hubieras preguntado... No entiendo a quién se le

ocurrió poner el Concurso Provincial de Lectura a las cinco de la tarde.

-- Alguien que no tiene nada que hacer después del trabajo -- respondió él --. De esos sesudos está lleno este país... Seguro que tampoco tiene hijos.

O seguro alguien de la familia se los cuidaba, o no los atendía y va y era uno de esos que andaba por las calles pidiendo limosna a los turistas, casi quitándoles las sobras de lo que comían a los cubanos o extranjeros que iban a merendar algo en las vendutas área dólar de la ciudad, limpiando cristales de los carros de turismo en cualquier parqueo importante o haciendo sabe Dios qué cosa sucia.

También en eso había cambiado aquel país. Alain se consideraba privilegiado: había podido vivir en México casi un año y las experiencias de aquel otro modo de existir le habían abierto mucho más las entendederas respecto a eso que los filósofos llamaban sociedad. La suya, es decir, la cubana, podía tener cualquier problema, cualquier suciedad, cualquiera de esas mierdillas que existían en todas partes, pero en su país, y se llenaba la boca para decirlo, aunque sonara a discurso, a teque, mientras vivió en la legendaria ciudad de los aztecas, no había niños limpiando carros, ni pidiendo limosnas, ni degradándose de ningún modo: ellos estaban única y sencillamente para estudiar, para ser, como se decía en todos los lados a modo de consigna, "la esperanza del mundo". Por eso se sintió terriblemente burlado, casi humillado, impotente era la palabra exacta, cuando regresó a Cuba poco después de haberse establecido el dólar como moneda legal y entonces descubrió que poco a poco, primero como casos aislados y después algo más extendida, también había llegado a su tierra una parte de la mierda que había aborrecido en el México lindo y querido.

-- ¿Y dices que todos son anormales?

-- Sí... y mira que aquí se atiende a los niños con retraso. Contando al muerto son tres niños con desequilibrios mentales que salieron de sus casas y aún no han regresado... Bueno, uno regresó, pero ya sabes...

Y otra vez se representó la cara del niño ahogado, pero ahora no era la imagen del velorio si no la de las fotos que tomaron al cadáver una hora después del momento en que un yate que

pescaba casi justo a la salida de la bahía lo había enganchado con varios bicheros, luego de notar que era un ser humano aquello que flotaba entre las olas y que ya comenzaba a interesarle a algunos peces. Llevaba por lo menos doce horas ahogado y en el primer momento nada les hizo entender que podía haber sido asesinado. Cuando llegó el forense y lo volteó varias veces escudriñando cada parte del cuerpo con sus ojillos de sabueso viejo, confirmaron la sospecha que asaltó al teniente Alain al mirar la cabeza del muchacho. “Hay algo raro aquí”, dijo a uno de los bomberos que también había llegado al lugar. “No tiene pinta de haber muerto ahogado”, le contestó el hombre. Tenía un bigote cómico, casi a lo Chaplin. “Lo mataron con algo duro”, también había dicho Manolito, el forense, “algo de metal, por la huella del golpe”, y que por la tarde tendrían los resultados de la autopsia.

-- Voy a darle una vuelta al niño -- dice Alain y se sienta en el borde de la cama. Abre la gaveta y busca algo que no encuentra --. Tírame los cigarros, anda.

Camila le alcanza la caja y la fosforera y lo ve prender y comenzar a fumar, poco antes de que la espalda ancha de su marido se pierda por el cuadrado de luz que entra desde la cocina por la puerta. Alain camina hasta el refrigerador y lo abre sin saber qué busca. Se sirve un poco de café frío del termo que Camila siempre esconde detrás de los recipientes de comida para que él no se lo tome todo y quede algo para el desayuno del día siguiente. Se sienta a la mesa mientras toma, sorbo a sorbo, más oliendo que paladeando, el dedo de café que se ha servido. Las volutas del humo de su cigarro siguen siendo espesas, largas.

El niño tenía el cráneo fracturado. Le habían dado con algo hecho de kalamina; algo redondo al parecer y el golpe le produjo la hemorragia interna que le costó la vida. Ya lo habían violado varias veces cuando le dieron el golpe. En el ano y la boca le habían encontrado restos de semen y no de una sola persona, por lo que Manolito suponía que lo habían violado por lo menos dos tipos. “No encontré ni un sala’o pelito de esos cabrones en el cuerpo del niño”, le había dicho cuando le explicaba el informe. Y hacía exactamente quince horas desde que lo habían arrojado al mar, no doce como habían pensado al inicio. Por el sitio donde apareció debieron tirarlo cerca de La Habana del Este. De muerto llevaba veintidós.

Alain termina de fumar y tira la colilla al piso. Se entretiene aplastándola con la chancleta hasta que recuerda que aquello podría causarle un regaño de Camila. No había manera de que su mujer comprendiera que aquel era un modo muy suyo de pensar: mientras el cabo del cigarro se hacía virutas bajo la fuerza de su pie, su pensamiento desandaba por los recovecos más raros del cerebro y entonces, en ese preciso momento, tenía los mejores alumbramientos, le venían las mejores ideas, las más claras y posibles soluciones al problema que lo ocupaba. “En la Unidad puedes cagar en el piso si quieres, pero aquí la que limpio soy yo”, le decía Camila y a él no le gustaba para nada verla molesta. Por eso va hasta el desván y regresa con la escoba. Luego pasa por el cuarto del niño: Camilito duerme con la boca abierta, igual que su madre, con la diferencia de que ella roncaba como una sierra, aunque lo negara, y el niño no. Un charquito de baba se acumula en la almohada, naciendo de la boca de su hijo en un hilillo tenue y brillante ahora con la luz que entra al cuarto desde la cocina. Por la ventana se cuela el aire frío de la madrugada que ya empieza. Alain le seca la boca con la punta de la sábana, lo tapa hasta los hombros y lo besa suavemente. El niño se remueve, ronronea algo ininteligible para Alain y vuelve a quedar quieto. “No es fácil imaginar que un día no esté con nosotros”, piensa, y antes de que otra vez lo asalte la imagen del negrito en la caja de muerto o en la foto de ahogado, que seguro está aún en el mismo sitio del buró donde la había dejado aquella tarde, pone oídos a esa canción que desde hace unos minutos sale de esa fiesta en la casa de enfrente. Vuelve a mirar al niño, y cierra la puerta a sus espaldas.

Es increíble que uno descubre de pronto, un día, que la ciudad se va cayendo. La vida que lo lleva y lo trae a uno de un lado a otro, como caballos con orejera que no pueden mirar otra cosa que aquello que hacen, no le deja tiempo a la gente para darse cuenta de que, además de los luminosos sitios de La Habana (Vedado, Miramar, Playa), que seguiría siendo la ciudad más linda de Cuba, los escombros comienzan a crecer en las esquinas como yerbas malas, que las paredes se cuarteán y van dejando al desnudo sus ladrillos antiquísimos y sus hierros viejos y oxidados, que las calles se llenan de baches que crecen y crecen como amebas que se extienden por el asfalto y el cemento y joden las gomas de los carros y los amortiguadores y van a podrir las más flamantes carrocerías que ya vienen heridas de salitre y sol. Entre esos desastres, como para demostrarle a la gente que no todo estaba perdido, La Habana Vieja comenzaba a renacer como un ave Fénix y la restauración extendía sus brazos como un pulpo a otras zonas de la ciudad. Una ciudad llena de negros, chinos, blancos, mulatos, indios y otra vez negros y cada vez más negros. Negros que se cuelan en las viejas casas abandonadas y construyen cuarterías y solares y de pronto donde vivían tres hay cuarenta y no alcanzan las letrinas y cagan en una jaba de nylon y tiran la mierda hacia la calle y tiemplan con las puertas abiertas y la gritería y los “ay, papi, qué morronga más rica” se sienten en toda la cuadra; negros que sientan en las esquinas sus negras nalgas y esperan a que pase algún blanco: “blanquito, maricón”, gritan y esperan, “niña, qué clase e’bollo”, sueltan y ríen, “asere, ¿tienes yerba?”, piden y fuman; negros que seducen rubias que de pronto dejan de ser blancas para ser puercas: hay que ser marrana para acostarse con uno de esos sucios que podrán tener más dinero que cualquiera por tanto bisne como hacen, pero eso

no los destiñe: son negros y negros se van a ir al hueco el día que se partan; negros que no trabajan; negros que no van al servicio militar burlando los chequeos; negros que no venden a su madre porque está muy vieja y mala y desdentada y sucia y nadie quiere comprarla; negros que piensan en los santos y los muertos y los espíritus y tanta mierda para protegerse que al final siempre caen directo hacia la cárcel y ni el santo más santo de los Santos logra salvarlos; negros que seguro andan velando niños para llevarlos a un rincón oscuro y podrido de esta ciudad de mierda y templárselos como si fueran la mujer más sabrosa del mundo; negros que cada vez más se creen la mayoría. La ciudad los contempla: quizás uno de esos negros haya sido el que mató al niño Olier y quizás lo ayudó otro negro que ese día no tenía nada que hacer y se dedicó a cogerle el culo al primer niño que pasara. A los negros les encanta coger culos ajenos. Tomate, siempre con ese tacto de jodedor callejero que lo salvaba del aburrimiento de su trabajo en el archivo de la Unidad, le había dicho una vez que por hobby se había puesto a sacar la cuenta de los pingueros que cogían en las redadas que hacían las patrullas contra los maricones que iban a cazar extranjeros gays a los hoteles. Los pingueros, popularmente hablando, esos cabrones que se dedicaban a meterle la tranca a los turistas homosexuales a cambio de algún billetico de cualquiera de las dos monedas, generalmente eran negros. Y entonces uno los veía haciéndose los muy hombrazos y proclamando a todas luces que la mayoría de los blanquitos eran pájaros. Tomate juraba que había leído un libro, creo que se llamaba *Oddun de Ifá*, donde se contaban historias de cuando los negros vivían en Africa y ya eran tan maricones y tan asesinos como ahora. Que si te tumban la mujer, una puñalá. Que si te roban un plátano, roba dos. Que si no te quieren dar algo, quítaselo a quien sea. Que si te levantan la voz en público, un machetazo, y así por el estilo. En definitiva, su abuelo Ceferino tenía toda la razón: si podía, los metía en un barco, les daba una isla, les repartía escopetas de perles para que se defendieran y no dijeran después que genocidio y todas esas mierdas y les declaraba la guerra. Con una bombita de neutrones bastaba. Y para los amigos de uno, porque la vida es una cabroncita y te hace cogerles afecto siempre a uno que otro negro, así, igual que uno le coge cariño a un animalito; para ellos Tomate también tenía un buen remedio: “los esterilizo”, decía, “para que no se reproduzcan” y no se cumpliera ese dicho de que

los negros parían más que los peces ovíparos, que era mucho decir. Para que la ciudad estuviera tranquila. Si los blancos fueran más, seguro todo no estuviera hundiéndose en la mierda y los escombros. Esa mujer que monta ahora en la guagua con el niño tomado de la mano quizás no sabe que mañana puede no tenerlo más y que ni siquiera el nombre de su hijo aparecería en los periódicos por si alguien lo encontraba. Lo importante, le habían dicho siempre los jefes, era no crear el caos. Pero nunca había entendido que tantos casos resueltos no se dieran a conocer por la prensa. Era triste ser un héroe anónimo. ¿Cuántos casos había resuelto él mismo en aquellos cortos años? No recuerda, pero sabe que muchos, blancos y negros y jabaos y chinos y de raza indefinible, halaban una buena cárcel porque él era tremendo cumplidor en su trabajo, un fan al sobrecumplimiento de las metas, como le decían sus colegas, y la verdad era que se creía un buen policía. Más de treinta asesinatos habían pasado por sus manos y a todos los asesinos los había cogido, menos a uno que tuvo que meterle un tiro porque si no el muerto lo hubiera puesto él. Eso nadie lo entendía. Ni podía comprenderse que su salario fuera una mierda para todo el riesgo que corría y que (aunque pareciera extremismo), él tenía familia y las consignas, aún cuando las dijera con el alma, no alimentarían a Camilito y a Camila. Para mayor enredo, le había tocado el área de delitos económicos. Cuando se ponía a hacer el cuento, nadie quería creerle: El compraba ilícitamente como cualquier otro en aquel barrio de gente decente donde por suerte le había tocado vivir, pero los vendedores llegaban a su casa y Camila despalillaba el dinero que ganaba como carpetera en unos minutos: leche en polvo a veinte pesos la libra, carne en lata a quince, langosta a dólar y camarones a veinticinco. En Cuba, igual que en cualquier lugar del mundo, el mercado negro existía. Desde que nació su hijo, lo había decidido: a Camilito no le iba a faltar la leche aunque él tuviera que dejar de ser policía. Ni la carne. Por suerte, hasta los siete años, el niño recibía su litro de leche diario y su cuota de carne quincenal, así que lo que tenía que comprar para él no era mucho. Eso lo hacía todo el mundo: esa mujer que está sentada en ese asiento y mira hacia la calle, ese tipo que se tiene que doblar para no topar la cabeza con el techo de la guagua, esa viejita que está a su espalda y lo tiene ya acribillado con la punta de su sombrilla, ese conductor que conserva el equilibrio de

milagros mientras cobra y da los tickets. Cada gente tenía sus problemas. Ahora seguro irían pensando en eso y no sabrían que él, Alain Bec, se pasaba el tiempo velando por que ellos estuvieran así, sin mortificaciones de otro tipo, con la diaria ocupación de la vida cotidiana: lo único que salía publicado y que quizás los hiciera preocuparse un poco era ese espacio de la televisora provincial donde anunciaban que “se busca a un niño de tal o más cual características y que iba vestido así o asao y que había salido para la escuela y no había regresado por la tarde a su casa y que tenía”, casi siempre, “un tornillo flojo”, el pobre, “y que por favor le avisaran a fulano en tal dirección o llamaran a más cual teléfono”. Le parecía mejor que se hiciera de otra forma. Que se anunciara que el niño Olier había sido violado y asesinado y tirado al malecón. Que el teniente Alain Bec, luego de una búsqueda ardua y eficiente dio con el asesino y lo puso en manos de la justicia. Que al asesino del niño Olier le iban a dar paredón para que se fuera directo a tostar su negra piel y su alma negra (porque seguro era un negro) en las calderas del mismísimo infierno. Que al teniente Alain lo habían promovido a primer teniente y le habían dado una semana con todos los gastos pagos en un hotel área dólar de la ciudad o Varadero o cualquier otro lugar de esos que valían la pena. Pero la realidad era bien distinta. El seguiría siendo un héroe anónimo por los siglos de los siglos (ojalá pudiera vivir todo ese tiempo), aunque tuviera que resistir cada día la cara de perro bulldog del auxiliar de limpieza que ahora lo saludaba con su seco “quiy, teniente” de costumbre.

Sentado en su oficina, mientras espera por Tomate, que le ha prometido un buen resumen de todo lo que tiene hasta ese momento aquel casito, trata de sacar algo en limpio de sus primeros pasos: la peste a orina era fuerte sobre todo en la entrada del solar, sitio oscuro en las noches, letrina pública de los borrachos que bajaban de alguno de los pocos bares que sobrevivían en La Habana Vieja, de los transeúntes que regresaban de una farra de cervezas Heineken o Bucanero o Hatuey o Bavaria y perros calientes y pizzas en los quioscos de venta en divisas que rodeaban al Castillo de la Real Fuerza o de cualquier apurado por soltar el líquido de su vejiga llena de refresco de esencia o jugo de toronja o helado tropical (versión cubana de helado que mediaba entre el frozen y el durofrío, sin sabor a nada definible humanamente y que Alain recuerda como responsable de una de sus más soberanas y estruendosas cagaderas).

Se ha sentado en una silla de la diminuta sala y, guardando celosamente su costumbre, llegada de aquellas clases donde le enseñaron que el policía debía desconfiar de todo y buscar con el olfato la inminencia del peligro, eligió el mueble que queda justo frente a la puerta y de espalda a la pared. Sólo así se siente cómodo, seguro, menos apenado incluso a pesar de su entrada poco usual en aquella casa donde ya lo esperaban desde que había hablado por teléfono con la presidenta del Comité: “Dígale que me espere, por favor”, le dijo a la muchacha que contestó a su llamada, “llego en unos diez minutos”. Y en esos diez minutos, por su cabrona costumbre de andar corriendo cuando algo lo tenía desesperado y desatendiendo sus necesidades más urgentes, le vino esa sensación de molestia que no lo dejó

estarse quieto en el asiento del carro, y que fue aumentando hasta descubrir que la vejiga se le hinchaba y se le hinchaba y se le hinchaba y le traía la seguridad de que no podría hablar ni una palabra, ni siquiera pensar, si no soltaba aquel lastre en algún sitio. Había planificado entrar al baño de la cuartería donde vivían los padres del niño muerto antes de tocar en la puerta de la casa, pero en aquel solar nada se le pareció a una letrina. Por eso, cuando se presentó a la madre del niño: “Buenos días, soy el teniente Alain Bec”, y recibió como respuesta la mirada entre dolorosa y asombrada de aquella muchacha negra que ya conocía del velorio, no atinó sino a decir: “disculpe la molestia, compañera, pero necesito ir al baño”. La vio hacer una seña muda dirigida a sus espaldas. A un costado de la entrada, junto a un lavamanos negrísimo por el agua podrida acumulada y el musgo también negro y las capas de polvo mojado, claro que negro, un pedazo de tela le dio a entender que allí estaba el lugar exacto: aunque no estuviera en su código de blanquito vivebien, aquello era un baño, o por lo menos, servía para arrojar desechos orgánicos humanos. Casi no tuvo tiempo a bajar el zipper de la portañuela. El chorro de orine salió fuerte, estrepitoso, grueso y sólo entonces, pensando que afuera podía escucharse el choque de su líquido con la masa viscosa de mierda que alguien había olvidado descargar y que permaneció tranquila en el fondo de la taza hasta que él rompió su dignidad compacta y maloliente, trató de que aquel escape aliviador, casi orgásmico, fuera a dar contra la parte menos enmierdada de la porcelana del inodoro. Fue cuando escuchó las risitas sobre su cabeza. Miró hacia arriba y el chorro se le escondió de un golpe: Cuatro niños, un negrito y tres blanquitos, habían vacilado su gran meada de policía y se morían de la risa con el susto de Alain. Encima del baño, por lo que parecía, había una habitación y las tablas estaban tan separadas que cualquiera, incluso de pie, podía observar con poco esfuerzo al que estuviera haciendo abajo alguna de sus necesidades. Apenas sin sacudirse, regresó a donde lo esperaba la muchacha.

Habían hecho café. Ella tenía las ojeras de quien no ha dejado de llorar en mucho tiempo. Alain pensó al verla que no era tan fea como le pareció en el velorio, pero cuando estuvo frente a ella se dijo que sí: tenía el mentón grande, una pasa que trataba de esconder a base de peine caliente y una nariz de gorila que en la funeraria siempre escondió detrás de un pañuelo. Lo único interesante, bonito podría decirse, eran los ojos.

-- ¿Algún problema, oficial? -- dijo.

-- Creo que usted se lo imagina -- respondió Alain --. Por lo menos eso fue lo que pude deducir del entierro.

-- Entonces, ¿es verdad?

Asintió y le pareció que la mujer se desplomaba. La vio encogerse en la silla, hacerse pequeña, aún más joven de lo que realmente era, y comenzar a sollozar bajo. Una vieja india, casi negra, gorda a lo king kong, que pasaba por el pasillo y adelantó la cabeza para mirar, entró y comenzó a calmarla.

-- ¿Y ahora por qué la molestan? ¿No se cansan? Primero por el marido, y ahora...

-- Regla, me mataron a mi niño -- la interrumpió ella misma. Y se apretó llorando contra la cintura de la mujer, que a su vez la abrazó con más fuerza. Le pasaba una mano por la cabeza y con la otra le apretaba un hombro: "ya, muchacha, no llores", le decía.

-- Nosotros lo sabíamos -- soltó entonces --. Viyaya era la mascotica de este solar de mierda, ... ¿teniente, no?.

Alain hizo un gesto con la cabeza y algo en el rostro de la gorda le dijo que le había gustado hacer que sabía de la jerarquía militar.

-- Cuando él salía por las tardes, después que llegaba de la escuela, se iba a casa de Teodoro, el hermano del abuelo. A veces se quedaba dormido allá y Teo lo traía cargado. Esa noche no fue por ese lado.

-- ¿Alguien lo vio ese día?

-- No, teniente -- volvió a responder la mujer. La muchacha seguía lloriqueando sin dejar de abrazarla --. En estos barrios nadie ve nada. Fíjese que hasta el Comité es ciego. Yo lo vi arrancar rumbo al Malecón. Me pareció raro y hasta recuerdo me dije le preguntaría a Marina qué iba a hacer Viyaya por ese rumbo, pero la verdad es que estaba tan ocupada con mi bulto de ropa por lavar que se me olvidó.

El viejo lobo se había despertado. Alain sintió de pronto que una razón oculta había detrás de aquellas palabras, algo que evidentemente las dos mujeres temían porque mientras escuchaba hablar a la gorda, la otra la apretaba de un modo especial.

-- ¿Tiene alguna foto que hayan tirado al niño hace poco?

Esta vez la madre se incorporó. “Un momento”, dijo, y secándose las lágrimas, se perdió tras la cortina que dividía la salita del cuarto.

-- ¿Era su único hijo? -- La gorda se había sentado en una de las sillas, al lado de la puerta. Alain vio las caras de dos o tres curiosos que se hacían los entretenidos y pasaban mirando hacia el interior.

-- El único que sobrevivió -- respondió la mujer --. Ahí, tan joven como usted la ve, ha parido cinco veces. Cuatro abortos, a pesar de los mil cuidados que se tienen con ella, y uno que le nació con problemas del corazón y una malformación del cerebro y murió a los dos meses de nacido.

Alain pudo percibir que el trasteo de la muchacha en el cuarto se interrumpió unos segundos. Después continuó. “¿Podré fumar aquí?”, pensó, con tremenda intención de encender el cigarro que le había quitado a Tomate antes de salir de la Unidad, pero se detuvo: Algo raro había allí que no querían decirle, era cierto, y no podía entretenerse ni siquiera fumando.

-- Después se supo que ese marido del que le hablé ahorita tiene líos para hacer hijos. Y la pobre lo adora -- hizo silencio y cruzó el brazo sobre el espaldar de la silla, tirando el cuerpo, ladeado, hacia atrás --. Ahora está preso. O parece que está preso porque desde la última vez que lo prendieron no ha venido por aquí y él no quiere que ella vaya a verlo.

La muchacha apareció con un bulto de fotos en la mano. Buscó una y se la extendió.

-- ¿Servirá esa?

Alain apenas la miró, dijo que sí con un gesto y la guardó dentro de la agenda. Ya era hora de atacar a fondo, de sacar de equilibrio a una de las mujeres con una buena estocada.

-- Marina... discúlpeme si resulto un poco tosco, pero hay algo en toda esta historia que no me convence.

Ella no contestó. Se limitó a mirarlo a los ojos aparentando una seguridad o indiferencia que Alain supo había estado preparando durante su escape hacia el cuarto. También ella temía algo de aquella entrevista.

-- En el velorio todo el mundo estaba convencido de que Olier no se ahogó. Cuando ahora le dije que lo habían matado, usted

demostró que lo sospechaba, pero no estaba segura. Lo mismo le pasó a la compañera -- y señaló hacia la negra gorda -- y entonces es que algo existe, hay algún detalle que no le ha dicho a nadie, ni a Vilma la del Comité, ni al jefe de sector cuando vino ayer por aquí según me dijo, ni a mí ahora.

La muchacha bajó la mirada al piso. Alain también lo hizo: una cucaracha entraba por una esquina de la puerta; en el rincón debajo del televisor Caribe algún mal barredor había tirado todo el polvo de una barrida rápida de la sala; las lozas estaban partidas en varias partes bajo los muebles y justo en lo que hacía el centro de aquella habitación, marcada por una mesita con una pata recién mal reparada por algún pésimo carpintero.

-- No hay nada que no le hayamos dicho, teniente -- dijo ahora la muchacha --. Se lo juro.

Y aquel "se lo juro", tan común en esos otros delincuentes que en la calle eran unos fieras y, cuando caían, juraban inocencia hasta por sus santas madrecitas y por el dios jesucristo en el que no creían y hasta por los huesos de no sé cuánta gente, le dijo que algo ocultaba aquella mujer. Algo que no le diría, aunque la despellejara.

-- ¿Ese retraso de Olier, en que se manifestaba? -- preguntó, buscando otro camino.

Contempló la relajación casi pareja de las dos mujeres. La más joven había tenido un cigarro entre sus dedos desde su regreso del cuarto y Alain pensó que si lo prendía, detrás lo haría él con el suyo, y por eso respiró también aliviado cuando la vio abrir una caja de fósforos y prenderlo. Unos segundos más tarde, él también fumaba.

-- Era un poco lento de entendederas, más nada -- respondió la madre --. Por eso estaba en una escuela normal, aquí al doblar, pero en un aula especial.

-- ¿Y sus amistades?... Niños, quiero decir...

-- Tenía uno solo. Un blanquito que vivía en esta misma cuadra, en la esquina, pero hace unos meses se mudó para el Vedado.

-- Los demás se burlaban de él, teniente -- atacó la gorda, con cierta molestia --. Siempre hay gente mala, ¿sabe? Y a Oliersito le decían mongo, retrasado, idiota. Y como era lento para coger las cosas que uno decía, pero al fin las cogía, no le gustaba nada que

lo ofendieran así. Por eso siempre andaba con los grandes de un lado para otro.

-- ¿El nombre de los grandes...?

-- Todo el barrio, teniente --. La muchacha ahora hablaba con una voz que anunciaba otro ataque de llanto --. Salga por ahí y pregunte por Viyaya y todos le dirán.

-- ¿Los abuelos viven aquí? -- quiso cortar Alain.

Esta vez fue la gorda la que lo miró con cierto estupor.

-- Seguro que usted es del Vedado o de Miramar, ¿no, teniente? En qué cabeza cabe que en esta ratonera pueda vivir más gente.

Alain pensó contestar "es que a ustedes les encanta vivir amontonados y hasta en sitios peores que éste", pero se contuvo. Aunque lo pensara, él era policía para averiguar qué había pasado con Olier y no un agente de la vivienda para entrometerse en cómo vivía o le gustaba vivir a esta gente.

-- Y el Teodoro ese, ¿hermano del abuelo me dijo, no?, ¿dónde vive?

Orietta era una muchacha realmente singular. Mauricio, el jefe de sector, graduado del Curso Básico de Policía en el mismo grupo de Alain, hacía ya unos cuantos años, le aseguró que aquella blanquita, graciosa de cuerpo y alma, era una de las pocas personas que, por su profesión, conocía unas cuantas cosas de los que vivían en aquel barrio: podía serle muy útil. “Dile que te mando Maurice”, le dijo, “así es como ella me llama”.

Orietta se había graduado como Doctora en Medicina hacía tres años. La colocaron de Médico de la Familia en un barrio de Miramar donde tenía un excelente consultorio y todas las facilidades para atender a los vecinos de la zona, pero a los dos meses pidió que la ubicaran en aquel barrio de La Habana Vieja, a dos cuadras de su casa.

-- Cuando una se cría en estos barrios desde chiquita es así, les echa de menos. La vieja Tamara me contó hace unos días que cuando yo era niña le dije que me haría médico y cuidaría de todos los viejitos como ellos. Yo realmente no me acuerdo de eso, pero esa puede ser la causa de que prefiera estar aquí, aunque pase más trabajo. No soporto sentirme inútil. Tú le miras a los ojos a la gente y sientes que te respetan, que te quieren.

Aunque parecían cajones de bacalao, de dos plantas, a fines de los ochenta toda la ciudad se había llenado de Consultorios. Era sencillo: te dolía la cabeza o cogías una estruendosa diarrea y no tenías que correr a los Policlínicos, que siempre estaban abarrotados; simplemente te ibas al Consultorio y allí te atendía un médico y una enfermera y resolvías el problema. En cada municipio del país, según su tamaño y los barrios o poblados, se habían construido más de cincuenta Consultorios, pero en aquella zona de La Habana Vieja eran pocos. En el mismo local donde los

vecinos hacían la guardia del CDR por las noches, la doctora Orietta había acondicionado su propia consulta.

-- En esa cuartería viven más de treinta familias -- le dijo a Alain mientras le extendía un vaso de vino casero --. Hay dos o tres delincuentes, pero los demás son personas decentes. Tú sabes... las condiciones no son buenas, hay una parte que tiene peligro de derrumbe, no hay agua potable ni servicios sanitarios, pero la gente ayuda. A nadie le gustaría que se le cayera el techo encima.

-- ¿Alguna vez vio usted a Olier con alguien que no fuera de la cuadra?

La muchacha sonrió.

-- ¿Sabes que me haces sentir vieja? -- dijo --. No me digas más "usted". Cada vez que me lo sueltas, me erizo.

Esta vez fue Alain quien sonrió, bebió un sorbo del vino y dejó ver un gesto de satisfacción con la cabeza.

-- Lo hace mi madre -- le confirmó Orietta --. Es una vieja fórmula de mi abuelo. Un catalán que se las sabía todas al buen vino.

Después quedó en silencio. Alain la dejó pensar. Contempló la frente de la muchacha arrugarse a momentos. Con su bata blanca, Orietta parecía un ángel posado sobre la butaca de vinyl carmelita. A sus espaldas, en la pared, el título de Doctora en Medicina, colgado de un marco finamente tallado. A un lado, una foto junto a sus padres; al otro, un retrato enorme de cuando era una niña: La nariz era lo único que la identificaba.

-- No -- respondió al fin --. Oliersito jamás salía con nadie. Cuando era más chiquito, el papá se lo llevaba, pero te puedo asegurar que era para molestar a la madre. Ese tipo nunca quiso a nadie.

-- Pero lo sacaba a pasear...

-- Nadie sabe -- cortó ella --. Ese siempre anduvo en malos pasos, y bien malos. Venía a buscar al niño y como ella no lo dejaba, le entraba a golpes y los escándalos se sentían en toda la cuadra. De todos modos, esos "paseos", o lo que sean, se acabaron cuando el hermano del abuelo, que vive por aquí cerca, metió sus manos en el asunto.

-- ¿Qué pasó entonces? -- Ya Alain sabía que tendría que ir a ver al viejo.

-- En medio de la calle le entró a piñazos, le gritó que no quería verlo más cerca del niño y ahí quedó todo.

Alain terminó de vaciar su vaso de vino. No quería retardar más su encuentro con el viejo. Se puso de pie y le extendió el vaso a la muchacha.

-- Ya tiene..., perdón, ya tienes mi teléfono. Cualquier cosa, sólo tienes que avisarme...

-- Ojalá caiga algo -- dijo ella. Su cara adquirió un matiz sombrío -- . Después de lo de Oliersito, esto está muy tranquilo. Hasta los delincuentes que siempre se ven por aquí, se han perdido. De todos modos, yo sé que el asesino cae, ¿no crees tú?

-- Puedes darlo por seguro -- dijo Alain y se puso la gorra --. No va a ser el primer hijo de puta que meto en la cárcel.

Otro pasillo, gracias a Dios limpio: una vieja que lo mira sin vida en los ojos, “está ciega”, piensa Alain, sentada en una caja de madera en la misma entrada; puertas, también de madera mala y negra, pero pintadas, cerradas y, al fondo, dos negros jóvenes sentados en el quicio de algo que sirve de entrada a una casa más grande que las que se arraciman a los lados del pasillo.

-- ¿Teodoro?

-- Ahí dentro, socio, consultando. Te tienes que esperar.

Busca dónde sentarse y uno de los negros le adivina el deseo y le señala lo que fue una jardinera alguna vez, quizás en los tiempos en que aquel solar era un edificio de alquiler de algún ricacho de La Habana. Los balcones interiores no eran feos a pesar del tiempo y el deterioro. Le parecía triste que muchos edificios como aquel se estuvieran cayendo a pedazos. De todos modos, algo podía hacerse, algo se estaba haciendo, desde que Eusebio Leal había gritado, y bastante, para salvar a la parte vieja de la ciudad. Alain esperaba que alguna vez la restauración llegara a toda La Habana. Pero, de momento, allí se olía la diferencia: en aquel solar, a todas luces, vivía gente que cuidaba su edificio.

-- ¿Me busca, señor?

El mismo negro del velorio está frente a él. Alain había esperado con la cabeza baja y las manos apoyadas en las rodillas y no había notado la desaparición de los dos negros de la puerta ni la salida de aquel otro que, al verle la cara, lo reconoce.

-- El del velorio...

-- Teniente Alain Bec, para servirle – y se pone de pie.

-- No, mi'jo. No quisiera tener nunca que usar tus servicios.

Entran en la casa por la misma puerta donde había visto a los negros sentados y siguen por un pasillo hacia el fondo, pasando por una sala grande con televisor de color, dos ventiladores de pie, equipo de vídeo, grabadora de compact disc y buenos muebles, dos cuartos de camas bien tendidas con cubrecamas de chenilla roja y una cocina “regada como un carajo”, pensó, pero equipada con todo. El viejo entra en un cuarto que resulta un altar de santería.

-- ¿Lo consulto, teniente? -- dice, sentándose en una banqueta, frente al altar con las cacharras de los santos.

Alain no está ajeno a nada de lo que ve y puede precisar el lugar exacto de cada prenda. “Un palero”, piensa, y va a sentarse en un banco de madera que está recostado a una de las paredes laterales de la choza: del otro lado se siente el cacareo de las gallinas y el cloqueo de los patos.

-- Si eso puede decirme quién mató a Olier, ya estamos comenzando -- responde.

Teodoro sonrío. Como bien había visto Alain en la funeraria, el hombre tenía los ojos de alguien que es muy viejo, casi una momia, y cree que debía tener unos noventa años. También estaba blanco en canas y sabía de sobra que cuando a un negro se le ponía el pelo blanco se podía decir que había sido ambia de Matusalem.

El rostro del viejo cambia a una seriedad casi fúnebre.

-- Yo sabía que lo mataron.

-- Dígame la causa -- replica Alain. Tiene la intuición de que la táctica del ataque le será útil.

-- ¿La madre se lo dijo?

-- No -- De golpe descubre que el viejo tampoco dirá nada --. Ni ella, ni una señora gorda que estaba allí, y ya veo que tampoco usted. ¿Es tan mierda la muerte del niño para ustedes?

El viejo mira a las prendas. Enciende un tabaco que toma de un fajo dentro del altar y deja escapar el humo sin apartar la vista de sus santos.

-- ¿Qué le dicen a usted esas vasijas?

Alain no entiende y queda en silencio. El viejo sigue fumando y, de cuando en cuando, baña de humo a los santos más cercanos.

-- Para usted son ollas viejas llenas de palos y yerros que yo digo que encierran a un santo, ¿verdad, mi'jo? ... Para mí, y para mucha gente, ahí está la historia y el futuro del mundo... Lo mismo pasa con Viyaya.

El viejo le sostiene, casi le dispara una mirada seca. Alain descubre una vitalidad que no había notado en esos ojos aún rodeados de arrugas, apenas con pestañas, que el humo cubre y descubre a medida que sale de aquella boca de escasos y partidos dientes. Tampoco esta vez ha querido responder. Necesita que el viejo se abra ante él lo más posible para ver hasta dónde puede averiguar dentro de lo poco que sabe le van a decir.

-- Cuando se vive aquí, se piensa distinto, mi'jo. Tú eres policía y lo ves desde afuera, aunque quisieras meterte dentro para saber las cosas --. Aspira una gran cachada y la vuelve a tirar con fuerza sobre los santos --. A Viyaya todo el mundo lo quería, pero nadie te dirá lo que piensa que sabe o lo que sabe. Así es en estos barrios.

-- Y que el asesino ande suelto como le de la gana, ¿no?

Algo parecido a la impotencia le da bolidos molestos en el pecho y la tranquilidad con la que el viejo le dice que nada dirían, nada ayudarían, nada harían, le deja caer a esa vasija que de pronto siemte es su cuerpo una gota más de rabia contra toda aquella barriada de mierda, que casi lo hizo pararse del banco y salir. Sólo los ojos del negro lo detienen sin haber levantado las nalgas de la madera, segundos después de pronunciar aquella frase.

-- Es molesto, mi'jo, muy molesto -- le escucha decir --. Ponte a pensar en qué sentirán los más cercanos a Viyaya, pero es así. ¿Ya averiguaste que yo fui contador de la General Electric y viví varios años en eso que hoy llaman la Yuma? ¿Que Amalia, esa negra gorda que viste, fue maestra de inglés y francés?; ¿no te dije que era mi mujer en esos tiempos? ¿Y que Marina, la madre de Viyaya, es ingeniera? ¿Viste dónde y cómo viven? ¿Tú crees que pueden pensar de otra forma?

Alain no quiere contestar. Hasta ese punto le parecía bien: todo el mundo se preguntaba lo mismo en un país lleno de gente con talento y muy preparada y que vivían por debajo de lo que su capacidad debía darles. Esa regla la habían aceptado los cubanos desde los primeros años de la euforia revolucionaria por el triunfo de Fidel, con tal de que hubiera aunque fuera un poco

para todos, pero de ahí a permitir que un cabrón asesino anduviera libre por la calle después de haber matado a un niño (“no a una persona cualquiera, a un niño”, pensaba Alain) iba un buen tramo. Complicidad le llamaban sus profesores en el curso de policía.

-- Te voy a hacer un cuento para que veas más claro: en la segunda puerta a mano derecha, cuando tú entras a este pasillo, una noche intentaron robar. Después se supo que a quien querían robar era a mí, que había comprado un montón de estas cosas que ves cuando mi hermano menor vino por primera vez del Norte. El caso es que alguien les dio mi dirección, se metieron allí y andaban en el lío de abrir la puerta de reja de afuera cuando Armando, un viejito que vivía ahí mismo donde tú te sentaste a esperarme, sacó la cabeza y gritó: ¡ataja! y volvió a meterse en la casa. Los tipos salieron echando y no pudieron robar, pero Armando apareció dos días después en el callejón de aquí al lado, ahí donde se sienten esos patos, con cuatro puñaladas, la lengua cortada y cagado de mierda de gallina.

Alain lo ve aspirar profundamente y abanicar la cabeza soltando una bocanada enorme de humo contra las primeras prendas. Sólo entonces el viejo levanta la vista para mirarlo.

-- Pregunta en tu Unidad si ya cogieron al asesino.

“Miedo es lo que tienen”, piensa Alain, mientras evita la mirada taladrante del negro desviando la suya hacia los santos. Un miedo que camina junto a ellos por estos barrios y que los ayuda a protegerse. Eso fue lo que había visto en los ojos de aquellas dos mujeres, miedo, aunque en los de Teodoro tomara la apariencia de la precaución.

-- Esa es la ley aquí, mi'jo, apréndela. Porque hay algo que sí he aprendido bien en mis casi noventa años: la policía, la de antes y la de ahora, siempre está en lo que no tiene que estar y donde no debe, resuelve unos cuantos casos, pero no todos, y quién te asegura que es tu caso el que resolverá... al final de cuentas, uno es un animal que también tiene eso que los biólogos llaman instinto de conservación, ¿tú me entiendes?

Copia ahí, Alainsito. Aparte de esos dos, de Deidis y Yudeisis, ¡coño, qué clase de nombrecitos le pone la gente a sus hijos, compadre!; aparte de esos, qué casualidad que sean niñas, ahora llegaron cuatro más, y vacila los nombres: Yordanka, Yosiel, Alina, ¿viste?, un nombre normal, ¡ah!, y Jaime. Ahí tienes todos los datos, como siempre, para eso están los amigos, para que a los socios la comida le caiga en la boca pre-masticadita y todo eso. No me importa que después te vayas con la gloria y no me traigas ni un traguito para compartir la alegría. Pero es de pinga, socio. Uno hace el cuento allá afuera y dicen que es mentira. Como si no fuera verdad que hay todos esos desaparecidos. Fíjate ahora, siete niños y uno muerto quién sabe por qué. ¿Fuiste a ver a los padres? Porque uno de los que fueron contigo al velorio, sí, Richard, dice que estuvo una hora más o menos, pues dice que a él le pareció que toda esa gente creía que al niño, Olier se llamaba, ¿no?, pues Richard piensa que ellos estaban seguros de que se lo habrían fumado. Averigua tú ahora quién y por qué lo hicieron y si tiene que ver con esos otros desaparecidos. No sé si te fijaste en lo que te pasé ayer, pero las dos niñas esas, Deidis y Yudeisis, son de un barrio cercano al del difuntico. Y para más datos, te pongo sobre aviso, pero después te voy a cobrar la información: uno de estos niños, Yosiel, es de la misma escuela de nuestro difuntico. Así que por ahí tienes. Si a eso le sumas que en todos los casos más o menos pasa lo mismo, es que algo anda mal, no sé, no me gusta. A mi olfato de perro gacetillero y oficinista no se le escapan esas cosas. Busca en esa dirección y vas a encontrar y verás que vienes aquí al final del caso a decirme gracias, Tomate, aunque Tomate lo que quisiera que vinieras a decirle es: toma, Tomate, y te bajaras con una botella de ron, bueno, que yo sé dónde tú vives y cómo vives

y en casas como las tuyas los peos se tiran con el culo bien alto. Que tú eres de la high y nadie sabe aquí qué carajo haces de policía y no de ayudante de un ministro o trabajando en una de esas firmas en las que hoy muchos sueñan ganarse unos dolaritos sirviendo de esclavitos a los ilustres extranjeritos dueños del negocio. A propósito, en uno de los bolsillos del niño muerto, ¿no te fijaste?, pues había unos caramelos de esos que tienen forma de juguete, y aunque sé que me vas a decir que shopping hay en todos los rincones de La Habana Vieja, te diré que ése juguetico sabroso fue una donación de un país hermano y misericordioso con los pobres cubanitos y que se decidió vender y como era tan poca cantidad donde único llegó fue a la tiendecita esa que está a un costado de la Spain Embassy, ¿du yú understán, Alaincito? Y te diré más, una de estas niñas que se perdieron, Alina, era punto fijo pidiendo caramelos a los turistas en el parque que está frente a esa tiendecita y dice uno de los informantes que mandaste a consultar que la niñita tenía unas espuelas que ni Maceo, el titán de bronce le ganaba a cojonúa y era una especie de jefa de un grupito de niños que se reunía allí y a veces se veía por la Plaza de Armas. ¿Copias? Después no digas que tu socio Tomate es un negro atrasado y bruto, porque yo tengo sólo dos defectos: uno, que no soporto el racismo, y dos: que no soporto a los negros. A propósito, ¿te sabes el período de gestación de los perros?: cuarenta y cinco días. ¿Y te sabes el tiempo que demora una negra en parir un negrito?: nueve meses, ¿verdad? Chico, entonces ¿por qué hay tan pocos perros y tantos negros? ¿Un pujo? Está bien, pero mejor socio que yo tienes que mandarlo a hacer y con un cincel bien fino, o decirle a los templantes que tienen que ponerse así y asá y asusá para que nazca una cosa prieta quemada como ésta que tienes delante porque ¿qué harías sin mí en esta Unidad?, dime, Alainsito, ¿qué harías? ¿Tendrías alguien que te dijera todas esas pistas para que tu abrieras tu boquita y tragaras todo suavequito, masticadito, para que no le hiciera daño a tu estómago de niñito mimado de Miramar? Qué va, socio, si esta vez tú no te apareces con una botella de las de verdad, porque no quiero matarratas, ni espérame en el suelo, ni tumba la mula, ni mofuco; quiero del butinjai; te digo, fíjate, que si no te apareces aquí, cuando resuelvas el caso, porque lo vas a resolver, tú verás, y si no vienes con una botella de la high, de alcurnia, de las que se toman ustedes en las casonas de Miramar y el Laguito, te juro por

las empellas de la gorda de mi negra madre que más nunca te miro a la cara y vamos a ver si alguien en esta Unidad de porquería te va a querer tanto como tu socio Tomate, el archivero.

“Cuba es una isla llena de pasillos”, recuerda mientras regresa en el carro a la Unidad, aunque no le venga a la mente quién se lo dijo alguna vez. Pero era cierto. O parecía ser cierto: la ciudad, aquella ciudad, La Habana, estaba llena de pasillos interiores con apartamentos donde vivía la gente por cientos y cientos. Quizás por esa misma razón era el sitio de la isla con más habitantes por kilómetro cuadrado, casi aglomerándose, sobre todo en aquella parte que por historia y decadencia y costumbre se nombraba Habana Vieja. Alain había pasado por un edificio que lo hizo detenerse, y a pesar de la penumbra herrumbrosa de los años comiéndose las vigas y las columnas y las cariátides, se dijo que era encojonadamente hermoso. Una pinturita, algo de repello para algunos lugares y volvería a ser la joyita que seguro había sido. Justo en la misma esquina, en una construcción cuadrada y horrible como todas las viviendas construidas por las microbrigadas del gobierno, vivía una de las niñas perdidas. Una viejita blanca, casi hecha de talco de tan blanca, le abrió la puerta y lo mandó a pasar.

-- ¿Apareció Dida? -- fue lo primero que dijo, enseñando una leve sonrisa que desapareció en segundos cuando Alain negó con un gesto.

-- De eso vengo a conversar, abuela – soltó, sentándose en el sofá que la vieja le indicaba.

Las paredes estaban descascaradas en muchos sitios, pero la limpieza era de una exquisitez absoluta y Alain supo de un golpe de vista que aquella mujer había sido y era un ser quisquilloso, obsesivo-compulsivo, como decía la gente, con eso de mantener una casa limpia. Sintió que lo miraba. Levantó los ojos y la vio

empequeñecida, con las manos tomadas, traqueándose los dedos, esperando.

-- ¿La niña salía por las tardes? Quiero decir, cuando regresaba de la escuela.

-- No iba a la escuela, mi'jo. Tenía un retraso bastante grande y era yo quien la enseñaba. Ya hasta sabía leer.

-- ¿Siempre estaba con usted?

-- Siempre. Varias veces vino a verme esa gente... la de la escuela especial, pero nunca quise. Ella era feliz aquí conmigo. Con extraños se ponía rara.

-- ¿Qué día desapareció?

-- Un viernes. No se lo dije al otro policía que vino, pero me acordé después que ella a veces los viernes y sábados iba al parquecito ése que está frente a la estación de policía.

-- ¿Cuál estación, mi vieja?

-- La que está cerca de la Catedral, al lado del seminario de San Carlos, ¿se ubica?

Alain afirmó y no quiso interrumpir más. Entre ellos dos se había creado un ambiente de confesión muy natural, y eso le hacía suponer que la vieja diría algo que aclararía las cosas: de aquella blancura exagerada no podía salir nada oscuro. Ella seguía traqueándose los dedos, que sonaban bajo, pero insistente, como un tic, y no dejaba que Alain se concentrara, como era su costumbre. Por eso se recostó en el sofá y se dispuso a poner todos los sentidos en aquella boca que había dejado de moverse sólo unos momentos, como dando tiempo a que Alain se acomodara o a que la cabeza, cubierta de canas, pensara.

-- Una tarde se hizo de noche y ella no apareció. Fui a buscarla y la encontré con un grupo de niños sentada en el muro del foso del Castillo de la Fuerza, por ahí, por el Palacio del Segundo Cabo. Como la vi contenta, no quise regañarla y no lo hice. Me presentó a los niños como si hiciera siglos que los conociera.

-- ¿Recuerda algún nombre?

-- Olier, el niño muerto.

-- ¿Ya lo sabía?

-- ¿Cómo no lo voy a saber, mi'jo? En este país todo se sabe. Cuando Olier se perdió, todo esto por aquí se revolió con la

noticia. El vive a una cuadra y media, doblando en la esquina donde está la bodega. Cuando apareció, todo el mundo decía que lo habían matado. ¿Quiere un buche de café?

La pregunta quedó sin respuesta, aunque la vieja dio el sí de Alain por sentado y se alejó hacia la cocina por una de las puertas que estaban a un costado de la sala. Alain pudo mirar un pasillo larguísimo lleno de plantas sembradas en todo tipo de cacharros que se alineaban en el piso y colgaban de las paredes de la casa y del muro que la dividía de la lujosa casona de al lado: la segunda planta estaba pintada de blanco, con las maderas de las puertas carmelita y las barandas de metal de negro. También había plantas.

-- Lo acababa de colar cuando usted tocó -- dijo la vieja acercándose con una bandeja y dos tazas --. Es la hora de la visita de Aniceto, mi vecino, y usted sabe que la gente se mal acostumbra. Ya se pone bravo si no le doy su cafecito de todas las tardes. Tengo que estirar el que me dan en la libreta y él a veces compra algún paquetico, pero como quiera, una no es maga.

Probó el café y comprobó que, realmente, la mujer lo estiraba, y bastante, casi una masilla que se alargaba y se alargaba y se alargaba, porque aquello tenía la idea de haber sido café alguna vez en su vida, pero no lo era.

-- Está muy bueno, gracias -- dijo, extendiendo la taza vacía.

-- Los policías no mienten, mi'jo -- la vieja sonreía, aún sosteniendo la taza en sus manos --. Ese café está de ampanga, como dicen los orientales. ¿No será usted de Oriente como todos los policías?

Alain no contestó y casi estuvo seguro de que iba a comenzar una diatriba contra los orientales, casi similar a las descargas que se oían a veces contra los negros. Ya en La Habana era más ofensa ser oriental que ser negro, aunque todavía se mantuviera esa clasificación de los tres grandes defectos que, por desgracia, les caía encima a los policías: el colmo de una persona era ser policía, negro y para más detalles, oriental.

-- El único héroe que se dispara eso es Aniceto. Pero gracias por la cortesía, teniente, eso es algo que ya se ha perdido en estos días.

Alguien comenzó a tocar en el piso superior de la vivienda que Alain divisaba por el pasillo y lo hizo desviar la mirada. El toque era duro, como apurado, con esa obstinación que sólo pone en sus toques el dueño de la casa. La vieja también miró, con cara de molestia y con deseos de decir algo, pero Alain tenía propuesto no dejar que otra vez perdiera el rumbo.

-- Abuela, los padres de la niña están en el Norte, ¿no?

La vieja lo había estado mirando hasta aquel preciso momento. Alain la vio bajar la cabeza y volver a traquearse los dedos.

-- Eso es lo que le dijimos a la niña, teniente -- el traqueo de los dedos se hizo más fuerte, más rápido --. Se fueron en balsa... nunca llegaron.

Alain dejó que el silencio se extendiera entre ellos: sabía que en ocasiones como aquella la gente se ponía en condiciones para confesar y, como le había dicho Tomate alguna que otra vez, los policías tienen algo de curas de confesión.

-- Ellos nunca la quisieron -- continuó ella sin levantar los ojos. Alain se concentró en su cabeza blanquísima por las canas, algo pelona ya en la nuca, como le pasaba a todos los viejos. Debía tener unos ochenta años.

-- ¿La niña no tenía hermanos?

-- Era sola --. Levantó la mirada a una foto que Alain no había visto sobre un aparador pegado a la pared, en un costado de la sala --. Era muy bonita porque su defecto era aquí -- y se tocó la sien con un dedo. -- La madre tuvo que vaciarse por la cantidad de abortos que se hizo después que nació Dida. No querían tener otro monstruo, decían a menudo, a veces incluso delante de la niña.

Y tenía razón: Deidis era bonita. Alain se había fijado en las fotos que la abuela entregó a la policía cuando hizo la denuncia y de no constar en el informe, nunca hubiera adivinado alguna anomalía en aquella carita blanca y de grandes ojos achinados que lo miraba desde el papel, sonriente y pícaro. La blancura cadavérica de la vieja quizás tenía que ver con la tristeza por la ausencia de la nieta: "los abuelos quieren más a los nietos que a los hijos", decía la gente, y por lo menos aquella pasa consumida que tenía enfrente sentía mucho más la pérdida de la niña que la muerte, ya real y comprobada, de su hija en una fuga suicida hacia el Norte.

-- ¿Su nieta conocía a una niña que se llama Yudeisis?

Otra vez Alain descubrió en el rostro de la vieja una molestia que no podía o no quería ocultar. La vio moverse en su butaca, incómoda.

-- Esa negrita era una gangrena, mi'jo. Seguro que ya le dijeron que era prima de Olier. Por eso lo llevaba con ella a todas partes, pero bueno... cada quien que cuide su oveja...

-- ¿Entonces Deidis salía con Yudeisis y con Olier?

-- No se haga el que no sabe, teniente, que eso es comidilla en este barrio y seguro se lo dijeron. Una vez hasta se formó la de San Quintín aquí por culpa de esa diabla. Tenía nueve o diez años pero era tan chusma como su madre. Creo que era hermana del padre de Olier, el pobre, que sí era un niño buenísimo.

"Tengo que callarme", pensó Alain, y lo hizo porque la molestia de la vieja era de una cuerda que le duraría un buen rato y en aquel estado soltaría, estaba seguro, muchas cosas que para Alain ya iban significando algo: "el muy cabrón de Tomate anda por la vía correcta".

-- Aquí mismitico, en la misma bodega, se prendió por los moños con una tal Alina, que hasta es mayor que ella, dicen que por unos pesos que le habían dado los turistas sabe Dios haciendo qué, aunque algunos dicen que es porque Yudeisis no quería ir con la Alina a un lugar ahí. Si usted las ve arrastradas por el suelo tirándose piñazos y arrancándose pelos. ¡Dios mío! Menos mal que mi Dida es una santa. ¡Haz que regrese, Cristo de limpias! -- casi gritó, alzando los ojos y las manos al techo.

Alain la contempló tratando de no inmutarse, pero algo se le reblandeció por dentro cuando vio que la vieja dejaba caer los brazos y un llanto bajo y ahogado empezó a salirle como del pecho. No supo si ponerse de pie y acariciar aquella cabeza blanca, diciendo "ya, mi vieja, no llore"; o si ponerse de pie y levantarle la cara con la mano y prometerle que él encontraría al hijoeputa que había secuestrado a la niña, porque ella juraba que la habían secuestrado. Cualquiera de las dos variantes le parecía ridícula, cursi, peliculera, y otra vez le mentó en sus adentros la madre al Coronel Lastra por haberlo metido en aquel caso. La indecisión lo hizo permanecer callado. La vieja poco a poco dejó de jimihear y retomó el traqueo de sus dedos. Alain todavía

esperaba que dijera algo más cuando sintió que la puerta rechinaba a sus espaldas y se volvió de golpe a mirar quien era. Ella levantó la vista y esbozó una media sonrisa.

-- Entre, Aniceto -- dijo entonces --. Ya le había hablado al teniente de usted.

Super Mario saltaba de una colina a otra guiado por las manos de Camilito, eludía los abismos y las fieras que aparecían a medida que avanzaba de mundo en mundo y la música empalagosa del juego se regaba por toda la sala y llegaba hasta la mesa del cuarto de estudio donde Alain leía una revista *Bohemia*, zambulléndose en aquel artículo de la revista en que se comentaba la historia del Caballero de París. De cuando en cuando alzaba la cabeza para mirar a su hijo y lo veía sentado, dando pequeños salticos sobre las nalgas, virándose a un lado o a otro, y haciendo gestos raros con los hombros, según la intensidad de lo que sucedía más allá de la pantalla. Le habían dicho que los ataris desequilibraban a los niños, pero esa misma mañana sacó setenta dólares de sus ahorros y antes de regresar a casa pasó por una tienda para comprar uno de aquellos aparatos que ya eran un negocio más para muchos especuladores en La Habana: cobraban a diez pesos la hora de juego a los niños, de modo que usando el atari cinco horas lograban reunir 50 pesos diarios que a la semana sumaban trescientos cincuenta pesos, o lo que era lo mismo, en una semana y sin sudar el culo ganaban treinta pesitos más que él en todo un mes de duro trabajo.

Camilito había dado unos saltos de contento que casi lo hicieron llorar, y cuando regresó Camila de la bodega, además de la justificación que significaba para tamaño gasto la alegría del niño, pudo decir que también estaban ahorrándose el dinero que muchas veces le daban para que fuera a jugar a otro sitio y se quitaban la preocupación de que algo malo fuera a pasarle en una ciudad tan revuelta como aquella en aquellos tiempos. Camila fue aflojando la dureza del gesto inicial que asomó a su cara a

medida que él hilvanó una a una todas las justificaciones en las que realmente creía: no podía dormir tranquilo desde que fue al velorio del negrito Olier, y por eso le importaba un cojón que hubiera echado por la borda de su economía familiar casi tres meses de ahorros de su mujer. Tampoco estuvo en contra de Camila cuando ella le habló de la posibilidad de alquilar el atari, igual que hacían otros. “Pero con mesura”, contestó en ese momento, “cobra la mitad de lo que cobran esos otros desgraciados”, aunque sintiera que diciendo “esos otros” adquiría también para ellos la categoría de hijos de la perfecta puta. Mirándolo de un modo más pragmático, si podía alquilarse el atari tres horas sin que en el barrio se formara mucha bulla, cosa bastante probable en aquella parte de la ciudad, podían tener diarios quince pesos que multiplicados por siete daban ciento cinco pesos semanales y ese dinero por cuatro semanas de cada mes ofrecía la jugosa suma de cuatrocientos veinte pesotes que no le venían nada mal. Era un negocio redondo: tranquilidad total con Camilito en la casa y dinero entrando, como él mismo había pensado hace un rato, sin sudar tanto el trasero. Si a eso le seguía sumando los dolaritos que Camila conseguía como propina en la carpeta de aquel importante hotel de la ciudad que tenía un rimbombante nombre brasilero: *Copacabana*, y le añadía la miseria de sus casi trescientos pesos (descontando el pago del sindicato, el CDR, el almuerzo en el trabajo, la luz, el gas y otras tantas cosas) podía decir que al cabo de unos quinientos años se haría millonario y mandaría a la porra al Coronel Lastra y su mal genio y al uniforme y a todos los delincuentes del mundo. Por desgracia, en nada se parecía él a esos vejetes prehistóricos de la Biblia que vivían un cojonal de años y seguían vivitos y rozagantes y con tremendas ganas de joder y enredar la pita del mundo.

Su historia era muy sencilla: Tenía la suerte de ser de aquella nueva clase que había surgido en los últimos años -- los que tenían acceso al dólar, aunque fuera a costa de que Camila trabajara más de doce horas en el hotel. Su padre, que en paz descanse, como diría la vieja, había sido uno de esos que se comieron marcha atrás y entero un león cruzado con puerco espín cuando lo de Batista, esgrimiendo sus cojones a modo de coraza para defenderse de la tiranía más sangrienta que ojos cubanos vieron. Y aunque para otros eso de poner los cojones por delante podía ser simplemente una frase, para su padre, Manuel Bec,

cargaba el peso de la más estricta realidad: Ventura, uno de los sicarios más asesinos de Batista, le había sacado un güevo y él, Alain Bec, fue fabricado en ese otro único güevito peludo que el muy cabrón le dejó al viejo.

Por todo aquello, cuando los gusanitos adinerados que poblaban aquella barriada de la ciudad, se fueron con sus llanticos y pataleos hacia el Norte revuelto y brutal, como diría el Maestro, a Manuel Bec le fue asignada una casona bellísima que se alzaba entre pinos y césped muy cerca de la quinta avenida, quizás la arteria más lujosa y nombrada de toda la capital. Un primor: Los pisos brillaban en su mármol blanquísimo, las lámparas colgaban de los techos como grandes arañas, se doblaban desde sus paradores en las esquinas, entre los tiestos de barro donde crecían helechos enormes y malangas, o brotaban de las paredes con toda la claridad de su luz. Todos los muebles eran de maderas preciosas. Los equipos, de última moda y alta calidad: muchos años de viajes de país en país le costó al señor Manuel Bec, diplomático y ministro primero o gerente de una firma hasta poco antes de su muerte. Había sido uno de esos pocos viejos a los que la buena vida les minó el corazón: le encantaba comer con grasa, sobre todo la carne de cerdo en grandes cantidades, y el colesterol, por decirlo de algún modo, se convirtió en el veneno más mortífero de esa bomba defectuosa que comenzó por rebelarse con fuertes dolores bajo la tetilla izquierda hasta que un día se descompuso, partiéndose en dos. También fue una de esas personas a las que el poder no les corrompió el alma. Camilito, por sus gestos, parecía más hijo de su padre que del propio Alain.

Camila pasó hacia la sala por el pasillo que llegaba de la cocina. Alain no pudo escuchar lo que conversaba con el niño, pero supo que era algo de bañarse o comer porque, como siempre, la cabecita de Camilito se movió en una negativa rotunda. Por eso dejó la *Bohemia* abierta en la página que había interrumpido más de seis veces con sus pensamientos.

-- ¿Qué cosa no te gusta?

El niño lo miró: una súplica se le escapaba de los ojos y Alain sintió que algo se le apretaba en el pecho. Camila quiso contestar, pero él la detuvo con un gesto.

-- ¿Ya hiciste la tarea?

-- Cuando llegué de la escuela...

-- ¿Y te bañaste?

-- Yo me baño mañana tempranito, papi... -- y miró al mando del atari entre sus manitas con la misma mirada de cuando lo iban a vacunar. Alain sintió que definitivamente algo le crujía por dentro. Cargó al niño y lo levantó a la altura del pecho.

-- Déle un beso a su padre, vamos – dijo.

Camilito lo besó y con una mano pidió a la madre que se acercara y los abrazó a los dos. “Si esto fuera una película mexicana dirían que es cursi”, pensó Alain, sintiendo otra vez, como muchas otras veces en el día, que realmente nada tenía que ver él con esos policías de las películas americanas que se metían la vida en templetas con putas y amantes y pasaban mil necesidades para criar a sus hijos y mantener unida a su familia.

-- Vamos a hacer un trato, señorito – Camilito lo miró con picardía --. Usted se baña ahora, come, juega un rato antes de dormir y a cambio mañana yo lo paso a buscar a la escuela y lo llevo a jugar pelota, ¿de acuerdo?

Camilito hizo una mueca como diciendo “me jodiste, papá”, pero lo abrazó y volvió a besarlo. Alain lo puso en el piso con cuidado, le dio una nalgada y vio al niño alejarse hacia uno de los cuartos agarrado de la bata de casa de la mamá.

Algo le dice que anda muy cerca de cosas que van más allá de una simple desaparición. Todos sus años en la policía le servían para abrir ante él un paraguas de posibilidades, causas y modos de secuestros que en ningún caso tenían la simpleza de un sencillo rapto para violación. Aquel algo que siempre lo ponía sobre aviso en muchos detalles que quizás para otros hubieran permanecido ocultos, le estaba latiendo como una campanita en ese recoveco de su materia gris donde debía tener la intuición: una especie de séptimo sentido para descubrir el hilo de Ariadna que lo llevara al sitio exacto, al hecho preciso.

Su visita a casa de Yordanka Almaguer Selim, de doce años, desaparecida también hacía unos días, le había revelado algunas otras claves que se sumaban a las que había sacado en claro de la entrevista con la abuela de Deidis: Yordanka, llamada Yorki por todos, era una mulatica que podía pasar por quince años, bien formadita, demasiado para su edad según pudo constatar en las fotos que le enseñaron, y con un no sé qué de picardía en la mirada que la hacía parecer realmente mayor. Una de sus más comunes jodederas con los amigos más viejos que él, había sido, y era, el asunto de la ninfomanía o para decirlo en cubano, el deseo que le daba a los tembas de coger (literalmente *coger* en argentino) a unas cuantas niñas cubanitas como el mambí y azucaradas como el mismísimo melao de caña. Era muy sencillo: cuando un hombre sentía deseos de templarse a una niña, o simplemente si las miraba pasar con ojos lujuriosos, era señal de que se estaba poniendo viejo, y por eso, además de la cordura que le imponía la seriedad de tener frente a los padres de la niña desaparecida, le molestó darse cuenta de su sonrojo cuando miraba las fotos que le habían entregado para ayudar a localizarla

y en una de ellas “la niña” estaba en bikini en una playa que debía ser Santa María del Mar: Yordanka tenía tremendo culo y un cuerpo que ni una criollita de Wilson, el caricaturista ese que pintaba unas criollas con unos muslos y unas nalgas redondas y un cuerpecito que revivían a un muerto.

Por lo demás, si había salido a sus padres, y ellos lo afirmaban con cierta modestia, tenía que ser un taco de inteligente, aunque en la historia clínica que se adjuntaba en el expediente se hiciera constar que tenía ciertos retrasos en el habla y una lenta reacción para dar respuestas en su comportamiento con el mundo fuera del hogar.

Salió de la casa un viernes por la tarde, a eso de las seis menos cuarto, a visitar a una amiga que vivía cerca, le dijo a su madre, y como era una niña que tenía esa rara virtud de atraerse amigos de un simple encuentro, no se preocuparon hasta que, pasadas las ocho, y llegada la hora de comer, Yordanka no había regresado. Vestía un shorcito de mezclilla azul, un baja y chupa amarillo y unos tenis vuarnet de color blanco. Ante la insistencia del policía que atendió la denuncia, registraron entre las cosas de la niña y descubrieron que faltaba una trusa vanessa negra que le había comprado el padre hacía unos días, unas gafas de sol y una pamela.

Alain no había reparado en ese detalle a la hora de entrevistarse con los familiares de Olier y Deidis, pero llegar a la Unidad y preguntarle a Tomate fue una misma cosa: la respuesta fue negativa. Era una pregunta de rigor en casos como aquellos, se había hecho, pero no se reportó pérdida de nada particular o cercano a esos niños, y entonces no se podía quitar de la cabeza la pregunta de qué coño iba a hacer aquella vejiga con cosas tan raras. La primera respuesta fue la playa: Los días estaban como para quedarse en la arena sin hacer nada, tomando cerveza y encargando la comida. Los calores eran sofocantes, como decía Lima, el meteorólogo de la tele, y el sol estaba clavado en el mismo centro del cielo descargando toda la rabia de su entraña amarilla sobre los pobres cubanitos que tenían que dispararse una guagua para ir a trabajar. La trusa y las gafas de sol pintaban bien en este panorama, pero ¿y la pamela? Porque no había nada más ridículo que una mulata, casi negra, en una playa de arenas blancas, con una pamela roja en la cabeza. Y por lo que decían las fotos, Yordanka podía ser retrasada en algunas cosas,

pero la muy cabrona sabía ya, pese a sus escasos pero bien alimentados doce añitos, qué cosa le venía bien y qué no en cuestión de modas.

Tampoco, según la información que sacó de esa entrevista, había encontrado alguna conexión entre Yordanka y los demás niños desaparecidos, o por lo menos, con esos que se pasaban los fines de semana jodiendo por la zona turística de la Habana Vieja. Si tenía algún contacto con ellos, la niña nunca se lo había ni siquiera insinuado a los padres, y la verdad era que no parecía lógico: a diferencia de los otros sitios que había visitado, en aquella casa se respiraba eso que puede llamarse paz hogareña o amor familiar, o ese olor melcochoso de los lugares donde la armonía es algo que se respeta y se cuida. Sin dudas, a Yordanka no le faltaba cariño. Los cuadros que aparecían en las mesitas, en los aparadores y hasta el inmenso retrato sonriente que presidía la sala, dejaba bien claro que ella era el centro de aquella pareja que preguntaba y contestaba y daba detalles que en otros lugares le había costado bastante trabajo obtener.

El asunto se le iba hacia un sitio bien distinto al que le había indicado Tomate y que en los primeros momentos le parecían la vía más correcta dentro de todas las posibles: si Yordanka no tenía relación con el tan mentado grupo de niños de La Habana Vieja y sus amistades más cercanas estaban en la escuela del Vedado donde aprendía piano, entonces, ¿se trataba de dos casos distintos y no de uno solo, como le había parecido desde el inicio? Realmente era un rollo de madre, pero su olfato de viejo perro policía le indicaba que tenía ante él dos colas de dos monos distintos que ni por asomo querían estar en jaulas diferentes.

No existía en toda Cuba vieja que cocinara peor sancocho que su madre y aunque lo tenía bien sufrido desde pequeño, una vez por semana se había hecho el hábito de ir a un almuerzo a su apartamento. Después de la muerte de su padre, una desaparición tempestuosa que siempre le trae malos recuerdos, la vieja se había resistido a seguir viviendo bajo el mismo techo que compartió muchos años con el que había sido el único hombre de su vida, y luego de muchas gestiones y dinero por delante, como cinco mil dólares, logró gestionar una triple permuta en la cual sus papeles quedaron claros y pudo quedarse con uno de los mejores apartamentos de aquel edificio en pleno centro del Vedado y otro pequeño para cuando Camilito creciera, a cambio de la mansión de su padre en Miramar. Sin dudas, y Alain lo pensó siempre, la gente de su familia anduvo siempre con tremenda suerte en el asunto de las casas, todo lo contrario a ese pugilato enorme que tenía lugar en aquella misma ciudad. El vivía, desde el mismo día en que se casó, en la casona de su mujer, en los límites del Vedado y el propio Miramar.

En lo que nunca cabalgó con suerte su madre era en la cocina. No había en la ciudad, en el país, en el universo, una mujer que cocinara peor. Cuando niño, las perretas eran fenomenales porque no quería comerse la comida, y su padre, que nunca le quitó la fuerza moral a su madre delante de él, lo miraba con una cara de lástima del carajo. Años después, cuando pudieron conversar de hombre a hombre, le confesó que sólo héroes como ellos, y con unas cuotas inmensas de amor, podían comerse los preparados de aquella mujer que era un pedazo de corazón con patas. Alain le comentaba a todo el mundo que su madre era la única mujer en toda la isla que colaba el café en cafetera, con

mucho polvo y poca agua, y salía invariablemente claro y con un sabor lejanísimo a café. Al estilo de Carlos Ruiz de la Tejera, uno de esos pocos cómicos cubanos que a veces daban en la bola de lo risible, el café de su madre podría llamarse meprocaferbomato, Cafelusil, y hasta cafécoñato, por eso de “¡coñó, qué café!”, pero nunca, jamás, never, ostentaría el suntuoso, oloroso, esplendoroso y famoso nombre de “Café”.

De todos modos, ya estaba allí, aún más preocupado porque el hilo de Ariadna que lo condujera a una luz de aquel caso no aparecía por ningún lado, y con la finalidad de que Camila no lo siguiera fastidiando con la misma trova de “acuérdate de ir a comer con tu mamá” que le soltaba todos los días. Aunque le molestara la cantaleta de su mujer, era cierto que si se dejaba llevar por el ritmo de su vida como policía, no iba a casa de su madre durante varios meses, y por eso perdonaba aquel retintín.

-- La mesa está servida, mi'jo.

Su madre apareció con una jarra de cristal donde al parecer traía jugo de naranja. “Aguadito, como me gusta a mí”, solía decir Alain para fastidiarla, pues su madre no tenía ni siquiera un punto medio para los jugos y refrescos: cuando no los hacía que parecían agua con sabor a fruta eran puro melao. Como siempre, se sirvió un poco para probar y descubrió que tenía el gusto exacto al que Camila lo había acostumbrado: dulce, pero sin que perdiera lo que él llamaba el susto de la naranja, ese ácido típico del cítrico.

-- ¿En qué andas ahora? -- la vieja se sentó a su lado y comenzó a servirse un poco de arroz.

-- Unos niños perdidos -- respondió y tomó el plato de arroz que ella le extendía. Se echó un poco por precaución: seguro estaba con granos duros o muy salado o sin sal, la marca eterna de su madre, pero cuando se llevó la cuchara a la boca notó que estaba desgranado, con una exquisita textura y un casi perfecto toque de sal.

-- ¿Y se puede saber qué ogro los raptó?

La vieja masticaba lentamente y lo miraba por encima de sus espejuelos.

-- Tú lo dirás jugando, vieja, pero la verdad es que los secuestraron y nadie sabe nada.

El potaje de frijoles negros tenía la misma presencia de siempre: unos cuantos granos flotando en una olla de un líquido oscuro, humeante. También era una experta en hacerlos aguaditos y duros como piedras, como si le encantara verlo a él y a su padre separando los granos que al final se comía alguno de los perros.

-- Uno apareció muerto hace dos días -- agregó y paladeó gustoso el mejor potaje que había hecho aquella señora en su vida, quizás un poco pasadito en el ajo, y nada cremosos, como los de Camila, pero con un olor y un sabor muy bueno.

-- Antes eso lo publicaban en el periódico.

La vio picando el jamón en pequeños pedazos, seguro de que iba a continuar hablando. Aquella palabra, “antes”, había sido durante toda su vida un detonante que se convirtió en el único detalle de discordia entre ella y su padre: la vieja era más comunista que el que inventó el comunismo, pero criticaba lo que creía mal sin pelos en la lengua. Su padre era más mesurado, cauteloso diría Alain, quizás obligado por su cargo, pero sin dejar de ser muy crítico.

-- Sería prensa roja, como le decían -- continuó la vieja --, y a lo mejor hasta estaba llena de sangre y horror y de sensacionalismo, pero una sabía todo lo malo que pasaba en la calle. Ahora si no es por ti diría que esto es mejor que el paraíso.

El jamón sencillamente era jamón. Él mismo se encargaba de que un vendedor de Miramar se lo llevara a la vieja casi quincenalmente al Vedado. A veces compraba una pierna y la lasqueaba y entonces le mandaba un poco, pero en la mayoría de los casos conveniaba dos piernas pequeñas por menos precio y las repartía entre las dos casas. En otros tiempos era su padre quien conseguía el jamón y ya era una costumbre comerlo aunque fuera dos veces a la semana. Cuando vivía, siempre lo preparaba su padre, pero ese día su madre se había esmerado y el jamón sabía a gloria. Como de costumbre, él lo picó en pequeños pedazos antes de empezar a comerlo y ahora a cada cucharada de arroz y potaje le cargaba un jamoncito y un platanito maduro, también sabrosísimo y sin quemar, como era normal en los preparados de la vieja.

-- ¿Para qué publicar eso, vieja? -- respondió entonces, mirándola tomar un poco de jugo -- No se hace para evitar el miedo, las

bolas. Tú sabes que éste es un pueblo de exagerados y chismosos.

-- Por eso mismo -- contraatacó ella --. Si aquí se publicaran las cosas como antes, seguro que todo andaría mejor. Pero mira, ahora te matas, coges a los tipos que hicieron eso, porque para coger a tantos niños tienen que ser muchos, les hacen juicio, les meten cinco años, se portan bien y les quitan tres y al ratico están en la calle como si nada hubiera pasado. Si tú publicaras que a fulanito le cortaste el rabo porque violó a menganita, no violaran tanto; si a zutanito que mató a uno le meten paredón y lo publican, no hubiera tipos por ahí con tantas ganas de matar, y no sigo la lista para no cansarte. Suerte has tenido de que ninguno de esos que has metido en la cárcel y ya están afuera, te ha velado para arrancarte la cabeza.

-- Tampoco es así, mamá. Ellos saben lo que hacen...

-- Aquí, en la esquina, mataron a una vieja por un televisor en colores que le mandó su hijo del Norte -- agregó ella y le sirvió un poco más de jugo -- Me perdonas, mi'jo, pero parece que la policía de aquí no tiene tu cabeza. Hace un año de eso y no han cogido a nadie.

-- Mala suerte que tienen algunos, vieja -- contestó él.

-- A lo mejor yo soy la próxima víctima. Mira cómo has llenado esto de equipos.

Aunque no dejaba de tener razón, aquello le pareció un disparate. ¡Dios salvara a quien pensara siquiera dañar a su madre incluso sólo con el pétalo de una rosa! Por eso prefirió cambiar de tema.

-- Vieja, te la comiste hoy -- dijo, terminando de tomarse el poco de jugo que quedaba en el vaso y sonriendo-- No recuerdo haber comido nada tan bueno salido de tus manos. Siempre algo estaba jodido.

Ella lo miró fijamente a los ojos unos segundos. También sonrió. Bajó la vista y comenzó a recoger los platos.

-- Si estuviera vivo -- respondió entonces en voz baja --, tu padre y yo cumpliríamos hoy cincuenta años de casados.

Esta vez fue Alain quien la miró fijo. Descubrió que en la cabeza de su madre habían aparecido nuevas canas y se detuvo en silencio a contemplarla, ya de pie, recogiendo el resto de los cubiertos y platos.

-- Coño, vieja – su madre lo escuchó y se detuvo para mirarlo – y ahora es que tu vienes a cocinar de este modo --, dijo, y sintió que un cosquilleo húmedo comenzaba a fastidiarle en el fondo de los ojos.

Jaime era un autista. O se manifestaba en él una especie rara de autismo que confundía a los médicos por su comportamiento tan variable. En las fotos, Alain lo vio risueño, triste, pensativo, leyendo o tirado en un rincón, malhumorado, y hasta lo encontró durmiendo como un lirón. Al verlo así, con la distancia del papel fotográfico, nadie podría imaginar que aquel niño había perdido la facultad de ser normal y andar embromando a sus padres como otro cualquiera, por la desgracia de que un mal doctor lo jodiera con una pésima manipulación de su redonda cabecita en el mismo momento en que iba a abrir los ojos al mundo.

Sin embargo, tocaba un piano excelente. Desde sus primeros años, la madre había descubierto que prestaba mayor atención a todo si mediaba la música y cuando comenzó a tratarlo, con la esperanza de que avanzara algo en su problema, los psicólogos, casi al unísono, aunque estuvieran en distintas consultas y ninguno conociera al otro, le aconsejaron que lo llevara a una escuela especial y lo iniciara en algo relacionado con la música. Dos años después, cuando ya tenía siete, Jaime era uno de los mejores alumnos de su curso y la dirección decidió proponerlo para una escuela de música real, de verdad, adonde iban otros talentos como él, pero sin problemas de retraso. Fue una decisión dura para la madre, pero lo hizo, pensando que a Ernesto, el padre del niño, le encantaría la idea de ver a su hijo junto a los demás, como uno más, aunque ya supiera que él nunca regresaría de Africa. Acostumbrada a compartir las decisiones importantes con su marido, en esa ocasión apeló a los sentimientos y se dijo que ella una vez en su vida, aunque fuera una sola, tenía que decidir: sólo Dios sabe en qué sitio había

dejado los huesos el único hombre que la había hecho sentir una mujer útil en la cama y en la vida, bien distinto de todos aquellos otros que pasaron por su vida, como diría el poeta, sin saber, o sin querer ella saber que pasaron.

En la escuela de música del Vedado Jaime hizo amigos, se convirtió, según sus profesores, en un maestro en la interpretación de los clásicos cubanos, y se enamoró de todas sus compañeras de piano.

-- Había una que se llevaba especialmente con él – le dijo la madre. Tenía un tic en un ojo que resultaba cómico: cada uno o dos minutos, Alain no se atrevía a medir el tiempo exacto, lo abría tanto que parecía que iba a salirse del hueco. Aquello la hacía aún más fea de lo que era. Sin dudas, lo poco bonito que había en Jaime, debió sacarlo de su padre.

-- Creo que se llama Yordanka.

Otra sorpresa: cuando la escuchó decir aquel nombre, Alain pensó decirle “mire, Yordanka también está desaparecida”, pero algo lo contuvo. No aparecía en el expediente de Jaime Ulloa Vilar, de diez años, desaparecido desde doce días antes, en pleno Vedado, según hacen suponer los hechos, nada que atestiguara su relación con otro de los desaparecidos. De nuevo Alain se dijo que no por gusto Poirot y Holmes, sus lecturas policíacas preferidas, casi únicas lecturas, preferían ir al lugar de los hechos a conversar en detalles con todo el que tuviera que ver, aunque fuera por asomo, en los crímenes o robos. Siempre salía algo como aquello. Ahora, hubiera querido tener el talento deductivo del inglés o la nariz (o el bigote) de sabueso del belga, de modo que todas aquellas informaciones que ya se le agolpaban hasta aplastarlo, lo condujeran a un lugar limpio, claro, y no al atolladero de preguntas donde estaba metido.

Le daba rabia. Tres veces tuvo que responder ante el Coronel Lastra y las tres veces había salido con el rabo entre las patas porque no podía dar un detalle, una miserable pista de dónde cojones estaban aquellos cabrones muchachos.

Y por eso, si a los cuentos traumáticos de aquella mujer sin marido, viuda honesta en pleno cierre del siglo XX (había que ver hasta cuándo le duraba), prestó oídos semiatentos, mientras se fumaba el último cigarro de la caja del día, los abrió casi hasta el

límite extremo, pero haciéndose todavía el medio bobo, cuando la mujer, sin mirarlo, continuó.

-- Yordanka era la única que lo trataba como a uno más. Claro, también tenía sus problemas, pero era una virtuosa en el piano, como Jaimito, y siempre los ponían a tocar juntos. Es lógico. Una tarde escuché una conversación en la escuela que no me gustó nada: a muchos niños no les gustaba tocar con ellos porque eran anormales. Pero la verdad, teniente, es que ninguno tocaba como Jaimito, excepto Yordanka, que le digo, era muy, pero muy buena.

-- ¿Qué día desapareció el niño?

-- Un viernes -- respondió la mujer --. El iba a clases de piano lunes, miércoles y viernes, siempre por la tarde. Lo más raro es que ese día me llamó la profesora para decirme que Jaimito llegaría un poco más tarde porque tenían un pequeño concierto en una embajada. Como era muy común, le dije que sí.

-- ¿Y del Vedado hasta acá, el niño venía solo?

-- No, la profesora lo traía.

-- ¿Y qué pasó ese día? ¿Por qué no dijo en la declaración todo esto que me cuenta ahora?

-- No pensé que era importante. Como otras veces había pasado, no me pareció fuera de lo normal. Ella siempre lo dejaba en el semáforo de Belascoaín y San Lázaro y Jaimito subía hasta acá sin problemas. En este barrio todos lo conocen.

-- ¿Usted la vio después que el niño desapareció?

-- Esa misma noche -- ahora la mujer estaba evidentemente turbada. "Quizás el mal recuerdo", pensó Alain, "no es fácil perder primero al marido y ahora al hijo"—. Cuando vi que no llegaba a las nueve, llamé a una vecina y fuimos a su casa en Guanabacoa. Nos dijo que lo había dejado como siempre en el semáforo y que lo siguió con la vista casi hasta pasar al lado del Hospital Ameijeiras, a una cuadra de aquí.

Si hubiera imaginado el llantén que formaría aquella mujer cuando escuchó lo que él le dijo después que ella terminó, su boca la cerraría hasta morderse las palabras, hasta tragárselas para no creer que, ciertamente estaba en una telenovela mexicana a lo *Gotita de gente* donde todo era lágrima y dolor y sufrimiento, pero otra vez su mecánico comportamiento de policía que olfatea,

busca, pregunta, inquiere por algo que no conoce todavía, lo traicionó y apenas se dio cuenta de lo que su boca decía.

-- ¿Usted sabía que Yordanka desapareció el mismo día que su hijo?

Ese bicho jodedor de la curiosidad lo hizo salir de la entrevista con aquella mujer y casi volar en busca de la otra: la profesora de piano, pues imaginaba que ella podría aclararle ciertos puntos de la relación entre los dos niños desaparecidos. Fue un verdadero fiasco. Yolanda resultó ser una negrita bonitilla, con un culo redondo y unos muslos perfectos que querían reventar las patas del short de mezclilla que traía cuando le abrió la puerta. Alain la vio caminar delante de él hacia la sala y pudo disfrutar el movimiento de sus nalgas y la estrechez de una cinturita que lo hizo estremecerse. Además, tenía buenas tetas. Un perfecto retrato del único invento bueno de los españoles en Cuba: la mulata.

No encontró nada nuevo en lo que le dijo Yolanda. Efectivamente, ese día había llamado a las madres de los niños para decirles que quizás demorarían algo más que lo de costumbre: estaban invitados a un pequeño concierto en una recepción que darían en la Embajada de Irán. Normalmente salían a las tres de la tarde, pues eran dos horas de clases y el comienzo era a la una, lunes, miércoles y viernes. En esa ocasión su parte en la recepción había durado unos veinte minutos (Jaimito estuvo fenomenal en *La Comparsa* de Lecuona), y lo había dejado en San Lázaro y Belascoaín, como quien va subiendo hasta Centro Habana, a eso de las cuatro y media. Jaimito iba contento y Yolanda lo vio detenerse justo a un costado del Hospital Hermanos Ameijeiras para comprarse un barquillo con helado en un carrito de esos que van por las calles vendiendo. A Yordanka la dejó unos minutos después y la que salió a recibirla fue la madre, con la que estuvo conversando un rato, sin desmontarse del carro. La madre de Yordanka estaba preocupada por cierto desenchuche que notaba

en la niña en los últimos días, sobre todo después que llegaba de las clases de piano. Ella también lo había notado y así se lo hizo saber ese día a la madre, pues Yordanka se veía algo distraída y, a veces, como perdida en pensamientos que nunca quiso confesar, aunque con ella, con Yolanda, se sentía muy a gusto y conversaba bastante, todo lo contrario de Jaimito que era una cabrona tumba y había que sacarle las palabras con un sacacorchos. Por lo demás, ella no había notado nada raro en el comportamiento de los niños. Seguían tocando bien, sobre todo Jaimito, que estaba convencida llegaría a ser un virtuoso si mantenía aquel talento. También era cierto que los demás niños estaban un poco celosos, pero no había maldad en sus cosas y sus críticas, aunque se pasaran la vida embromando a “los monguitos”, que era como les decían. Aquello era lógico: para un niño normal, que de por sí tiende a competir y querer ser mejor que los otros, resultaba molesto que siempre les ganaran dos niños que para ellos eran simplemente anormales, porque la verdad era que cuando Jaime o Yordanka empezaban a tocar, los demás quedaban como principiantes. “La psicología infantil es así de compleja”, le dijo, y Alain pensó que realmente seguía sin mucho avance. No obstante, en aquella entrevista su olfato se había sentido molesto, como erizado: eso siempre le pasaba si alguien no le caía bien y aquella mujer tenía algo que no la hacía una persona sincera. Cuando se alejó de la casa, trató de convencerse de que no podía guiarse por un simple prejuicio. Era verdad que a veces le daba resultado, pero las palabras de la mulatica por lo menos fueron claras, sin dudas, nada preparado. Claro que comprobó todo, o lo que pudo, con una simple llamada telefónica a la madre de Yordanka. Y al hacer el balance de lo que tenía hasta aquel momento en que esperaba en el parque la salida de Camilito del seminternado, se dijo que con toda seguridad al día siguiente tendría que soportarle algún nuevo raspe al gordazo de Lastra: no había nada que apuntara hacia ningún sitio concreto en toda la información que ya tenía. Ni siquiera su red de informantes le había resultado válida, como en otras ocasiones: Nadie veía serio estar cayéndole detrás por toda la ciudad a unos niños perdidos y aunque se lo trato de explicar bien a sus colaboradores, para ellos se tratata de un casito menor si se comparaba con las succulentas estafas y los grandes casos a los que Alain los tenía acostumbrados.

Lo mejor era olvidarse de toda aquella bazofia y dedicarse a su hijo. ¿Qué pensaría esa gente que pasaba y lo miraba sentado en aquel banco del parque con una pelota de goma y un diminuto bate de madera entre las piernas? Por suerte, cruzando la calle, estaba la escuela, y entonces, si eran personas con dos dedos de frente, podrían deducir que esperaba a su hijo para llevarlo a jugar un rato, y eso lo aliviaba un poco: no le parecía nada gracioso que alguien se lo imaginara a él un infantilón fanático de la pelota, con tantos pelos en el pecho y en el culo. Esos años habían quedado atrás hacía bastante rato y ni en aquellos tiempos se paseó por las calles con un bate y una pelota en la mano, aunque fuera la cosa más normal del mundo. Su táctica era bien sencilla: cuando alguien se acercaba, se ponía a mirar el reloj con insistencia, y después clavaba la vista en la puerta de la escuela, para dejar bien claro que esperaba a Camilito.

Según Camila, su hijo le había preguntado antes de acostarse si ella sabía qué era lo que más quería él en el mundo. Como ella no supo contestarle, recibió una respuesta contundente: “Papi y tú”, y como ella le preguntó que si los quería en ese orden, es decir, primero a su padre y después a ella, lo vio ponerse a pensar y al rato decir: “igual a los dos, aunque papi casi nunca esté”.

Tenía razón. El nunca, o casi nunca estaba. Cuando llegaba a la casa, ya Camilito estaba rendido en los brazos de su madre en la sala o profundamente dormido en su cuarto. Otras veces podía llegar más temprano y su relación con él no pasaba de un beso grande y algunos pequeños y rápidos juegos de magia que él hacía y que divertían mucho al niño. Camila siempre se lo decía: “dedica un poco más de tiempo a Camilo”, pero también era cierto que a su regreso del trabajo lo único que podía hacer era bañarse (y muchas veces ni deseos tenía de hacerlo), comer y acostarse a dormir. Por las mañanas se iba tan temprano que no podía ver a Camilito despierto porque Camila lo levantaba siempre poco antes de irse para el Hotel. Caridad, la vecina, era quien lo llevaba y lo recogía del círculo primero y ahora de la escuela.

¿Era su vida tan agitada para olvidarse de su función de padre? Realmente lo era. Si algo tenía de cierto ese serial cubano de los policías que ponían en la tele, era que para ellos no había tiempo libre. Ser policía, además de ser mal pagados, cargar con el odio gratis de un mar de gente, y meterse en camisas de once varas

un montón de veces, traía para ellos la desgracia de no poder llevar una vida personal estable: como decía el refrán, cuando no estaba preso, lo andaban buscando para apresarlos, o lo que era lo mismo, cuando no estaba de servicio, lo estaban buscando para meterle un nuevo caso por la cabeza. Todo eso arremetía contra una sola cosa: no tenía tiempo a veces ni para acostarse como Dios manda con su mujer, y mucho menos para dedicar las horas necesarias a la educación de su hijo. A él le pasaba así con Camilo. Ahora, conversando con otros socios no policías (uno era arquitecto, el otro médico, el otro vendedor de carne de carnero en un agromercado y la otra dependiente en una farmacia) había descubierto que aquel era un mal común a cualquier familia: la vida era agitada para todo el mundo. La carestía de la vida, las maromas y trampas que había que hacer para lograr un poco de pesos más que los que ganaban como salario mensual, y los vericuetos a recorrer para encontrar a buen precio las cosas que más les hacían falta, les llevaban más de la cuarta parte del día; el resto del tiempo era para preparar los alimentos, asearse y hacer que la familia se aseara, y acostarse a dormir. ¿Y los hijos? Normalmente se les dedicaba algunas horas los fines de semana y punto final.

¿Los niños perdidos estarían en ese caso? Pensándolo bien, sí: Olier tenía que recurrir a un hermano del abuelo o a los vecinos para descargar sus energías; a Deidis sus padres la dejaron por anormal y la política de la abuela era simplemente dejarla hacer, sin atenderla realmente; los padres de Yordanka la refugiaron en el piano para poder hacer sus trabajos, donde eran verdaderamente cumplidores; a Jaime la muerte del padre lo había dejado sin un lado fuerte para que creciera bien, porque Alain no se explicaba cómo podría educar a alguien aquella mujer indecisa y con mentalidad del siglo pasado. ¿Sería esa la causa de sus desapariciones? ¿Habían salido a la ciudad buscando lo que les faltaba en las casas? Podía ser. A esa edad los niños se aferran a lo primero que les resulta placentero y la calle les ofrece la posibilidad de ser libres que pueden no tener en sus casas, ya sea por el olvido o la sobreprotección de los padres. En todo eso podía hallarse la más pura y estricta verdad, pero no cuajaba en su cabeza como la causa real de tantas pérdidas. Primero, ¿por qué casi todos eran niños con retrasos o con problemas de conducta? No tenía respuesta, sobre todo porque sabía que la educación especial en aquel país era un asunto realmente

resuelto. Segundo, ¿por qué la mayoría era de La Habana Vieja y Centro Habana? Tampoco encontraba una explicación lógica. Tercero, ¿tenían que ver algo los niños, voluntariamente podría decirse, en la causa de sus pérdidas o eran simplemente secuestrados? No comments. Un callejón sin salida. Una de las pocas maneras de empezar a desenredar aquella madeja era la aparición de uno de los niños. Podía ser una posibilidad entre mil. Pero el único aparecido no había podido contar nada a nadie. Quizás de aquel modo, con uno solito que apareciera, podría descartarse si había una banda robando anormales sabe Dios con qué fin, o si se perdían en la ciudad y se los tragaba un monstruo de las alcantarillas como en la novela *It* del tal Stephen King ése del que tanto le ha hablado Camila, o cualquier otro disparate. Era imposible pensar, y en eso tenía razón el Coronel Lastra, que en una ciudad se perdieran siete niños y no apareciera ninguno en ningún lado. Los niños hacen bulla, cagan, gritan cuando se ven sin sus padres, forman alboroto. En una palabra: no se los había podido tragar la tierra, entre otras cosas porque, salvo en los cuentos del Armagedón y en las películas de terremotos, la tierra no se tragaba a nadie.

Alain sintió que algo ligero, como una pluma, lo rozaba en el hombro. Se viró y no vio a nadie y ya iba a seguir mirando hacia la escuela, sumiéndose en alguna otra reflexión que le ocupara el tiempo, cuando descubrió detrás suyo y bajo el banco, la zapatilla blanca de Camilito. Entonces se acomodó, se hizo el desentendido, “parece que fue una mosca”, dijo para que su hijo lo oyera, y esperó a ver qué nueva maldad se le ocurría.

Yosiel Calderín Amador, 11 años, piel negra, pelo negro, bajito y algo rechoncho, vestía camisa de cuadros azul y un short deportivo negro con listas amarillas fosforescentes a los lados. Salió de su casa, sita en Industria esquina a San Lázaro, el sábado a las seis. Algunos vecinos lo vieron jugando un rato en el parque de Prado y Genios a esa misma hora. Acostumbraba a jugar en el anfiteatro de La Habana Vieja, adonde iba con algunos amiguitos del barrio. Le gustaba echar competencias de carrera y siempre ganaba pues corría muy rápido. Algunos fines de semana llegaba con algunos mayores y otros niños de su edad a jugar pelota en el parque que está frente al Palacio Presidencial. Regresaban tarde en la noche. En los últimos días se le vio mucho con una niña “unos años mayor que él y con tremenda facha de guaricandilla”, según palabras textuales de una de las vecinas. Asegura que los escuchó horrorizada decirse varias malas palabras como parte de su conversación y para ellos era normal.

De la declaración del padre se deduce que el niño se ha criado desde pequeño con él. La madre los abandonó y se fue con un extranjero cuando Yosiel tenía cinco años. El padre, Rafael Calderín Sánchez, no trabaja desde que sufrió un accidente en el Combinado Cárnico de San Miguel del Padrón en el cual perdió una mano a la altura del codo. Desde entonces vive de la pensión que le pasa el Estado. A pesar de lo anterior, en su casa se evidencia un alto nivel de vida, nada justificable según su salario de 231 pesos mensuales. El presidente del CDR sospecha que es apuntador de bolita, pero no tiene pruebas como para hacer una acusación oficial. También la responsable de vigilancia asegura que ha visto ciertos movimientos raros entre la casa del padre del niño y la carnicería del barrio. Yosiel es un niño de muy mal carácter, que responde a los regaños de los adultos con malas palabras y amenazas, y es común verlo prendido a piñazos con otros niños de su mismo tamaño, siempre a instancias de los vagos de la cuadra, que los echan a fajar para divertirse. Hace unos cuatro meses dejó de ir a la escuela. Aunque se ha insistido con Rafael para que obligue a su hijo a regresar a los estudios, no se recibe respuesta hasta la fecha. El padre se justifica diciendo que su hijo fue malcriado por la madre

y no le hace ningún caso, que llega a la casa en horas de la noche y se mete en la cocina a comer lo que él le prepara o lo que le da la gana, que a veces no come porque (piensa Rafael) se pone a pedirle comida a los turistas en la zona del Castillo de la Fuerza. Lo ha dejado por incorregible y sólo desea que haga algo grave para ver si lo meten en un reformatorio y lo enderezan. No tienen más familiares. La madre de Yosiel era hija única. Los abuelos maternos se murieron antes de nacer el niño, uno de cáncer en la próstata y la otra de un infarto. Los padres de Rafael y su hermano mayor viven en los Estados Unidos desde 1980 cuando se fueron por el Mariel. Nunca han venido y él no ha sabido nada de ellos. Rafael cumplió condena de un año por intento de salida ilegal del país y portación de divisas. Se confiesa víctima de los vaivenes de un sistema que no acaba de poner el huevo, según sus propias palabras. Jugaron con un año de su vida por querer irse del país y andar con dólares cuando estaban prohibidos y poco después, estando en la cárcel, permitieron que la gente se fuera en balsas por la libre y despenalizaron el dólar. No está con la Revolución, pero jura no hacer nada en contra. Después de todo, asegura, la operación que le hicieron en su brazo no le costó un kilo y dice estar agradecido por ese gesto de humanidad del sistema. Ante la pregunta de la procedencia de los equipos que se encuentran en su casa, enseña los papeles y dice que se los envía un primo que se fue por el Mariel y está viviendo en Panamá. Algunos de los papeles parecen ser legales y apoyan su declaración; los otros, son de dudosa procedencia. A sugerencia del instructor del caso no se hurgó en este aspecto para no asustar al ciudadano y que colabore en la búsqueda de su hijo. En este sentido, dice no saber nada de las amistades de Yosiel, salvo la niña que siempre andaba con él en las últimas semanas y que parecía compañera de su escuela, aunque en un grado superior. Cree que puede llamarse Alina.

Norma es un vacilón; Lastra, su marido, un bofe. Si a eso se suma que Norma es la secretaria de su marido, que al mismo tiempo es el Coronel Eugenio Lastra, jefe de la Unidad donde trabaja Alain, todo se ha dicho. Sin embargo, es necesario repetir que Norma es un vacilón como compañera, socia, amiga, y Lastra, es decir, el Coronel Lastra, su jefe que es también el jefe de Alain, es el tipo más pesado que haya parido madre en la tierra. ¿Sería culpa de la savia que llevaba Mamá Lastra en su vientre o del líquido que derramó Papá Lastra en el útero de Mamá Lastra? El asunto era sencillo: no había un alma en toda aquella Unidad, salvo Norma, que hablara bien del tipo.

Por esa razón Alain siempre se ha cuestionado aquella pareja. ¿Sería posible que realmente Norma amara al gordazo de su marido? Haciendo honor al mito de pesado que tienen los gordos, aquel hombre, además de feo, barrigón, y bajito, tenía un carácter de los mil demonios. Norma era agradable, siempre sonriente, nunca con una mala contestata, todo lo contrario a la costumbre de las secretarias en Cuba.

Si tenías un problema, como el viejo Jin Jotabich ése que habían puesto en las aventuras de la tele y que tanto le gustaban a Camilito, ella se arrancaba un pelo (aunque no tuviera barba) y ya podías dar por resuelto el asunto. Los más jodedores intentaban imaginar al gordo Lastra templándose a Norma y la verdad era que no encontraban manera para hacerlo. Entre aquellos dos podía existir costumbre, cariño debido a los años, apego a la estabilidad, pero nunca amor, aunque Norma asegurara lo contrario: Lastra había sido su único hombre.

La había conocido cuando era un recluta, allá por los sesenta, en Manicaragua, exactamente un día después de que ella cumpliera

los catorce y un año más tarde ya estaban casados. No tenían hijos. Según Norma, ese había sido su único motivo de discordia durante algunos meses: secretamente se achacaban uno al otro la culpa de la esterilidad y aunque nunca se lo dijeron, eso los hizo enfrentarse en una guerra silenciosa de malas caras, inconformidades, críticas a cualquier asunto hogareño, aunque nada tuviera que ver con la concepción y maternidad de un hijo.

Un día todo acabó y los ánimos volvieron a su cauce: los médicos que los atendieron fueron bien claros. Por azar de la naturaleza se habían juntado dos personas que nunca procrearían. Ella tenía el útero seco y él no alcanzaba en los testículos la temperatura necesaria para que los espermatozoides pudieran vivir. Con esas palabras les dijo el médico que lo mejor para ambos sería quererse, adoptar un hijo y seguir adelante en la vida.

En definitiva, y en eso sabían que llevaba razón, padre y madre no es quien concibe y quien pare, sino quien cría, educa, ayuda a crecer y a vivir. Prefirieron dedicarse sólo a ellos dos. Y ella, a pesar de todo lo que dijeran de su marido, era muy feliz a su lado: Lastra, por lo menos en su casa, no era el ogro pesado y bruto de la Unidad.

Algunas veces hasta ella misma había resistido la prueba de sus exabruptos y tiranías en esas horas del día en que se desempeñaba como su secretaria, pero cuando llegaba a la casa él se le ponía chiquitico y comenzaba a darle carantoñas y cariño hasta que lograba ablandarla. Siempre le pedía perdón y siempre ella lo perdonaba. Alain no perdía ocasión para joderla.

-- ¿Cuántos vasos de zumo de limón le diste hoy a tu maridito, Norma? -- le dice antes de entrar a su reunión semanal.

-- Le hice un jugo de ácido de batería con puntilla frappé que me quedó exquisito, así que prepárate -- responde ella y se echa a reír --. Oye, loco -- agrega, aún sonriendo -- ¿y de lo tuyo nada?.

Alain hace un gesto de fastidio que ella coge al vuelo porque responde con otro gesto de "pues prepárate pa lo que viene" y le extiende el orden del día. Alain comienza a leerlo. "Siempre la misma mierda", piensa, y se lo va a decir a Norma cuando siente que la puerta de entrada a la oficina se abre

-- ¡Caray, si aquí está la Nana! -- Javier Morán, uno de sus mejores colegas entra con su inseparable sonrisa. Había

trabajado también un tiempo en delitos económicos y ahora estaba en Homicidios.

-- ¡Tu madre, cabrón! -- suelta Alain y le estrecha la mano -- ¿Cuándo aterrizaste?

-- Las vacaciones se van volando, bróder. Llevo tres días de pega y ya quiero salir de nuevo. A propósito, dice Graciela que le dejaste plantados los frijoles y el pollo el sábado pasado. Allá tú con ella.

-- No te tuestes, colega. Como siempre yo me las arreglo con la buenaza de tu mujer. Me das un día de esos que tú te pierdes con tus amantes y yo le aplaco sus furias, ¿no quieres?

-- Tú tienes el rabo muy grande, socio. A ella le gustan chiquitos como el mío y con su poquito de impotencia. Es rabomasoquista.

-- Contigo no se puede, cabrón -- dice entonces Alain, otra vez moviendo la cabeza y sonriendo -- ¿Y en qué andas ahora?

-- Un pajarito que apareció muerto en el Parque de La Habana con unas monedas en el culo. Todo un casito. Estoy trabajando con gente de otra Unidad, un tal Mario Conde que se las da de bárbaro y todavía no ha puesto una. Seguro que Lastra la coge hoy conmigo...

-- Mejor, así los cocotazos tocan a menos.

-- ¿Y tus monguitos aparecen?

Alain no responde. Se limita a sonreír o a intentar una sonrisa mientras meneas la cabeza de un lado a otro. No había remedio con aquel cabrón. Siempre con un chiste entre dientes. Por desgracia, aquel de "los monguitos" le parece un mal chiste.

-- Ven acá, amorcito -- ahora el ataque de Javier va contra Norma --. Le diste jarabito de componte a tu compañero anoche tal y cual pactamos en documento legal firmado por Usted y los tenientazos de esta dignísima Unidad hace unos meses en esta misma mesa.

-- Los pactos se cumplen, señorito -- responde Norma, acerca su cabeza a la del policía y le dice --. Le di una templada que no va a poder hablar en todo el día.

-- ¡Bien hecho, compañera! -- contesta el otro incorporándose marcialmente para realizar el saludo militar --. ¿Entonces podemos entrar confiados!

-- Sí, pasen – les dice Norma, que también menea la cabeza, sonriendo, y al final recupera la seriedad – Hoy amaneció de buen talante.

Después del velorio de Olier, aunque fuera un poco, y se había dado clara cuenta, Alain ya no pensaba tan rabiosamente en contra de los negros. Todos aquellos días visitando casas en barrios marginales, entrevistándose con gente de todas las categorías sociales que cohabitaban con negros en los suburbios de lo que había sido una hermosa reliquia colonial y hurgando en las vidas de cada una de sus pequeñas víctimas, le habían servido para tener una visión más abierta del asunto “negro cubano”, como si todo aquello que antes contemplaba desde lejos le fuera poniendo ante sus ojos pruebas de que el demonio no era tan malo (ni tan negro) como lo pintaban. Pero cuando llegó adonde le dijeron que vivía Yumary, la madre de Yudeisis Mora Blanco, de 9 años, y le salió aquella muchacha con todas las greñas paradas y un short que le dividía el sexo en dos mitades perfecta y provocadoramente visibles, se dijo que de nada le valían sus esfuerzos por tratar de ser distinto: “los negros son una plaga”. Yumary vivía en una casona antigua, quizás de fines del mil ochocientos, con un pasillo lateral que comunicaba a unos cuartos grandes: cada división de la casa se había convertido en un apartamento de una familia distinta. Mirando y calculando el movimiento de la gente, Alain se dijo que allí podrían convivir unas ocho familias. Mandó a buscar a la muchacha que andaba por el baño y unos minutos después vio la cabeza despeinada de una mulata joven asomarse en uno de los cuartos superiores del fondo.

-- ¿Quién pinga me busca ahora, María? -- gritó a la que le había mandado a avisar con un niño que jugaba a las bolas en el pasillo, y la vio señalar para Alain y abrir los ojos como

advirtiéndole algo. Poco después se acercó adonde la esperaba Alain.

-- Ni cagar la dejan a una tranquila -- le dijo a María mientras se acercaba --. ¿Qué querías, niño?

Alain sacó el carné de policía sin abrir la boca. La muchacha hizo un gesto de fastidio.

-- Vamos a mi cuarto -- dijo, dándole la espalda a Alain y echando a caminar --. Yo voy a ver cuándo Yudeisis me va a dejar de joder.

A medida que caminaba hacia uno de los compartimentos que estaban justo al centro del pasillo y que la muchacha abrió con una llavecita que traía en un bolsillo del short, después de pasar tremendo trabajo para poder sacarla, Alain sintió que muchos ojos lo miraban. Pensó que en aquella casona no había ninguna vida privada y se propuso imaginarse haciendo el amor con Camila mientras alguno de esos ojos que ahora lo calaban fisgoneaba por quién sabe qué rendija. Se alegró de haber tenido unos padres con suerte para el lío de las viviendas. Cuando entró y fue a sentarse en una de las butacas de vinil rojo que hacían juego con el sofá y la mesa de centro, Yumary prendió una luz y Alain pudo darse cuenta de un sólo golpe de vista que la casa estaba bien cuidada y había costado unos cuantos pesos. Tenía de todo. El cuarto debería medir unos cuatro metros cuadrados. Abajo estaba una salita comedor pequeñísima con una meseta en un costado donde relucía una cocina de gas y un microwave y en la otra esquina, una puertecita que comunicaba a un baño. Justo al lado de la puerta comenzaba una escalerita que permitía subir al dormitorio. Frente a él, en la esquina que quedaba libre junto a esa misma puerta, un televisor sanyo enorme encima de un vídeo VHS y un equipo de música tres en uno, con disco compacto y todo. “¿De dónde sacará el dinero esta mujer si, como me dijo Tomate, no trabaja?”. No quiso imaginarlo. Aquella facha de mujer liberal decía a las claras que Yumary podía dedicarse a cualquier cosa, menos a trabajar para el Estado. Cuando Tomate le entregó el expediente se lo dijo: “es una tralla, Alaincito, estuvo un año presa por vender marihuana... y le dicen la batidora...” No le había dado tiempo a explicarle el porqué del apodo, pero desde el primer momento en que la vio con aquel short, se respondió que seguro usaba su cuerpo para algunos asuntillos que pudieran reportarle dinero fácil, y gozando. La muy cabrona tenía un

cuerpo bonito, pero aquel tipo de mujer que se regalaba usando como anzuelo específicamente sus atributos y no sus mañas de mujer, sencillamente siempre le habían dado asco.

-- ¿Apareció Yudeisis? -- preguntó.

-- No -- respondió Alain, intentando mirarle a los ojos. La muchacha estaba sentada frente a él con las piernas abiertas. Sólo entonces notó que no llevaba ajustadores debajo de una blusa transparente. Tenía unos pezones grandes, oscuros.

-- ¿Y entonces qué quieres, niño? -- continuó ahora con fastidio --. Ya vino aquí uno de ustedes, pesaísimo el tipo y me comió a preguntas. Tengo un deseo ya de acabar con la burumba esta. Y todo por esa...

-- ¿Usted sabía que la niña acostumbraba a pedir limosnas y comida por el Castillo de la Fuerza? -- la interrumpió Alain.

-- ¿La niña? -- había burla en los ojos de la muchacha --. Mire...

-- Teniente.

-- Mire, teniente. Yudeisis nunca fue una niña, ni cuando nació. La muy desgraciá salió a su padre. Esta que usted ve aquí se la quiso sacar porque me la echó el tipo más mierda del mundo. No me dejaron y tuve que parirla. Y como yo me desgracié la vida por ella, ella tiene que luchar también para mí.

-- ¿Eso quiere decir que usted la manda?

-- Aunque yo no la mandara, niño. Tú ves esto que está aquí. Pues esto lo lucho yo y bastante caro me cuesta. A mí no me da pena decirlo, bastante cintura tengo que dar para que los machos me suelten algo que valga la pena.

-- ¿Y porqué no trabajas? ¿Cuántos años tú tienes?

-- Deja la muela, niño. Tú serás policía pero vives en Cuba. Yo no llegué a doce grado porque mi cabeza no da para el estudio. Desde chiquita lo sabía, aunque la vieja quería que yo fuera algo en la vida. Por suerte, se murió temprano, y que Orula la tenga en la gloria, porque era una santa, pero de la concreta no sabía nada. Por eso le tuvo que aguantar carretas y carretones al viejo, que era un tronco de hijo de puta con ella. En este país esos peos de estudio ya pasaron. En este solar de mierda viven tres ingenieros, y ya por fuera viste cómo viven, y tú entras a su casa, si quieres te llevo ahora mismo, y no hay ningún equipo de éstos.

La conciencia es muy linda para el que le guste, pero no se come, niño.

Otra vez la misma filosofía. Al final de todo, ¿tendrían razón? ¿Sería cierto eso de “para qué valía un título si era más fácil ganarse la vida sin trabajar”, inventando como Yumary con su cuerpo o quién sabe qué cosas? Era su cuerpo, y como le dijo después, era suyo y con él hacía lo que le daba la gana.

-- ¿Yudeisis iba a la escuela?

-- Claro que sí, teniente. Y no es que me importara, ya le dije lo que pienso de eso, pero era un modo de tenerla ocupada una parte del día.

Alain hacía maravillas para contenerse. ¿Se podía tener tan mala leche en la vida? ¿Podía parirse un hijo y que no le importara un cojón lo que le pasara? Yumary saludó a una gorda que pasaba y volvió a mirar al teniente.

-- Cuando llegaba de la escuela, almorzaba, se cambiaba y se iba por ahí a buscar algo. A esa hora yo salía a lucharme la vida y le decía que tratara de comer en la calle. A veces quedaba un poco de almuerzo y se lo dejaba por si ella no conseguía nada, pero la muy bicha salió con mis espuelas. Tiene nueve años, pero maldad de muchacha de quince.

-- ¿Sus amigas?

La muchacha se quedó pensativa unos segundos, haciendo muecas como si tratara de recordar algo. Levantó las piernas y cruzó los muslos.

-- Aquí vino una vez con una niña... Dunia... Debby... Era con D, pero no me acuerdo.

-- ¿Deidis?

-- Esa misma. Varias veces la vi también con esa chama por ahí, cerca del anfiteatro, como quien va para el Castillo de la Fuerza.

-- ¿La niña tiene algún familiar cercano?

-- Un montón, niño. Mi familia es la más larga de Cuba, pero hay que ver quién es más azadón.

-- ¿Azadón?

-- Si, niño – aclaró ella --. Todo el mundo hala para lo suyo y el de al lado que se joda. Nosotras estamos solas, pero me alegro. Así no le debo nada a nadie y todo lo que tengo es mío.

-- Una última pregunta, Yumary -- Alain estaba ya loco por irse --. ¿Usted piensa que la niña se perdió o cree que la raptaron?

-- Me da igual, niño -- dijo, y se puso de pie, como quien quiere despedir a alguien --. Mientras más tiempo esté perdida, más vacaciones tengo. No se va a morir, de eso puede usted estar confiado, porque ella es capaz de fumarse a la muerte. Además, y por lo menos eso es algo bueno, en este país los niños no se mueren así como así.

No te pongas celoso, Alain, pero hazme caso. Como bien tú le dices a la gente, yo siempre he sido tu musa y tu pata de conejo de la buena suerte. ¿Cuántos años llevamos juntos? ¿Por cuántas cosas hemos pasado? Tu bien sabes que ahora podría estar en Miami con mi familia y vivir una vida bastante diferente a esta. Pero el dinero es la peor mierda que ha inventado el hombre y tú lo sabes, porque entonces se impone la ley esa de “Tim tiene, Tim vale; si Tim no tiene, Tim no vale”, y la hipocresía de la gente, cuando tienes dinero y cosas que puedan sacarte, es fenomenal. Sin embargo, mi familia siempre ha respetado mucho la ley de Dios de hacer bien al prójimo aunque éste sea el tronco de hijoeputa más grande de la tierra y la tuya nunca ha hecho ostentación de lo que la vida les ha dado. Por eso tú y yo empatamos tan bien. ¿Quieres saber una cosa? Cuando nos casamos y abuela nos vio en el bufete colectivo, no dijo nada, pero yo la vi como molesta, como revolviéndose detrás de la gente que gritaba y pedía que nos besáramos, pero cuando estuvimos ante el altar de la iglesia, no sé si recuerdas, me llamó un minuto, me dio un beso en la frente y me dijo una cosa bajito, en lo que me arreglaba el lazo del vestido. ¿Sabes qué me dijo? Que si yo no dejaba que la carestía de dinero nos aplastara,

nuestra relación sería eterna. Esa vez no le hice mucho caso. Tu padre estaba vivo y viajaba todavía, aunque ya menos, y las cosas nos caían en las manos sin saber de dónde salían. Pero cuando se murió tu viejo, la vimos bien negra. Mientras estuvo vivo tenía miles de amigos a todos los niveles que resolvían de todo, pero después, ¿qué nos quedó? El bueno de Marcelo, el chofer de tu padre, que por suerte ahora trabaja en el matadero y nos resuelve la carne. Los demás se hacían los muy ocupados y no volvieron a tirarnos un cabo en nada. Fue por ese tiempo que recordé las palabras de mi abuela. ¿Y sabes que esa vieja debe tener algo de oráculo? ¿Recuerdas cuando nació Camilito? Le abrió las patitas, le miró los güevitos y me dijo: “es el único que vas a tener”, sin darme más explicación. Y ya ves que a pesar de todos los intentos y métodos y médicos visitados, sin tener ningún problema ni tú ni yo, no hemos podido lograr el otro hijo que queremos. Por eso yo creo mucho en ella. ¿Sabes que cuándo yo era novia de Marqués me dijo que no iba a durar porque yo no tenía nada que ver con los intelectuales? Así fue. Creo que no llegamos a cumplir ni los seis meses, aunque fuera bueno porque después quedamos como amigos. Por eso no te puedes poner celoso: yo sé desde hace mucho que Marqués y yo no vamos ni de aquí a la esquina. Además, Berta, su mujer, es tremenda gente y yo la conozco también desde hace como cuatro años, una vez que nos vimos en la Plaza de Armas. ¿Te acuerdas cuando vino mi tío Pepo del Norte? Quería llevarle unas esculturas de madera a su mujer que es fan a esas cosas y fuimos a la Plaza de la Catedral adonde entonces estaban los artesanos, pues ahora los cambiaron para la acera frente al Seminario de San Carlos, el de los curas. Después quiso ir a tirarse unas fotos a la Plaza de Armas y ahí es cuando veo a Marqués salir con su mujer del Palacio del Segundo Cabo. Me dijo que trabajaba allí, en el Instituto del Libro, creo, atendiendo a los escritores y esas cosas que a él tanto le gustan y estuvimos unos minutos conversando. Si te digo que puedes ir a verlo, es porque puedes. Verás que los caminos van a abrirse para ese casito que te va a volver loco si sigues así, desorientado. En todo el país no hay tipo que sepa más del mundo del jineterismo y de los niños de la calle que Justo Marqués. Como decimos los cubanos, es obsesivo-compulsivo cuando se le mete algo en la cabeza y se le antojó demostrar que un amigo suyo, otro escritor que creo se llama Luis Manuel, no estaba equivocado cuando dijo, allá por el 89, que la prostitución

debía preocupar a los cubanos porque se estaba reproduciendo como una Hidra de Lerna. Además, tú sabes que el PPG que le mando al abuelo Neno en Miami me lo consigue Berta, la mujer de Marqués, con una amiga de ella. Por eso hablamos bastante y varias veces ella me ha dicho que él está terminando un libro sobre las jineteras y las historias de un grupo de niños de la calle, sí, porque a los niños como esos que van a pedir limosnas y a limpiar carros en las zonas turísticas, él les llama “los niños de la calle”. Piénsalo bien, Alain, y deja los celos bobos esos, que tú sabes que a ustedes, a ti y a Camilito, yo no los dejo por nada en el mundo.

Alina Bengochea Catalán dejó sin comer a su abuela la noche del sábado en que la vecina del apartamento de al lado la vio salir por última vez, “vestida como una jinetera”, le dijo al oficial que inició las investigaciones. La abuela había quedado ciega meses antes de que Linita, como le decían en aquel edificio elegante de la calle Aguiar, cumpliera los doce años. Desde ese momento, todo el mundo la había ayudado en los cuidados de la vieja: Laudelina fue durante toda su vida una persona muy querida en el barrio y cuando perdió la vista, después de una caída de la escalera que, además, le fracturó la cadera y la postró en una silla de ruedas, muchas manos se acercaron para socorrerla.

-- El cambio fue de un día para otro, teniente -- le contó Soleida, la amiga más cercana de la vieja --. Hablamos con seguridad social para que atendiera su caso y, gracias al Señor, le dieron un dinero ahí para ayudarla, pero tenía que ir a cobrárselo yo porque Linita es menor de edad. Todos los días yo la ayudaba a cocinar y cuando ella llegaba de la escuela ya casi todo estaba preparado. La niña se creció, teniente, hay que reconocerlo. Ahora estará en eso que anda, pero a su abuela nunca la dejó abandonada. Ella era una niña mimada. Laudelina le lavaba hasta los blumers, teniente, pero cuando vio a su abuela entrar por esa puerta en una silla de ruedas, porque aquí nadie quiso que ella fuera al hospital, y se dio cuenta de que estaba ciega, se lo puedo jurar, teniente, fue como si en un minuto quitaran a una y pusieran a otra. Se fue al cuarto, preparó la cama y regresó a la sala. “Vamos para que se acueste, abuela”, le dijo, “usted y yo hoy vamos a conversar como hace rato no lo hacemos”. Era la voz y las palabras de una muchacha de veinte años.

-- ¿Y cuando dice usted que se notó el cambio?

Alain sabía que ni esa pregunta, ni ninguna otra, le daría algún detalle que lo ayudara a encontrar luz en toda aquella maraña: Ahora resultaba que Alina, que llevaba todas las malas referencias como jefa de aquel grupo de niños de la calle, estallaba como un caso interesantísimo y complejo, además de la nobleza de la muchacha, que Soleida daba por cosa más que comprobada. Por eso soltó la pregunta, sin pensarla siquiera, con la seguridad de que aquella mujer, como toda vieja chismosa, y se veía a la legua que lo era, y mucho, soltaría cada vez más la lengua si él mostraba interés.

-- Un día yo venía de comprar el periódico, aquí en la esquina lo venden en el quiosco, siempre bien temprano en la mañana, y la vi vestida como quien se va para la playa: traía un pulover y se le veía detrás del cuello, amarrada, la tirita azul de la trusa. Era día de clases y ya iba a preguntarle porqué no había ido a la escuela cuando llegó un lada azul oscuro y se la llevó. Ella conocía al hombre porque lo saludó como se saluda a un amigo. Tendría unos treinta y cuatro o treinta y cinco años y no era mal parecido. Era negro, pero lucía elegante. Me fui para la casa, preparé el almuerzo para mí y para Laudelina y fui a dárselo, como ya era mi costumbre, y a hablar un poco con ella, pero no le quise decir nada. Por la noche sentí música en su apartamento, cosa rara: lo único que ellas tenían era un televisor ruso blanco y negro, y me asomé a ver si era Linita. Estaba cocinando, porque ya ella hacía la comida, la de esa noche y la de la noche siguiente, y al hombre lo vi sentado en la sala. Sobre el multimueble, al lado del televisor, había una grabadora de esas de las grandes que tienen para meter dos cassettes. Lo saludé y pasé a la cocina. “¿Y ése?”, le pregunté, algo molesta. Y me dijo que era un profesor de la escuela de gastronomía donde ella quería estudiar. Entonces le pregunté por la abuela y contestó que se había molestado cuando sintió aquel hombre en la sala y se había acostado. Ahí empezó todo, teniente.

-- ¿Usted volvió a verla con el hombre?

-- Todos los días, teniente. Yo acostumbro venir por las noches a conversar un rato con Laudelina y siempre nos sentábamos en la sala. Desde que apareció ese hombre, muy cortés y educado él aunque era negro, no puedo decir otra cosa, las conversaciones las teníamos en el cuarto. Ella estaba muy molesta porque no

sabía qué relación podía tener Linita con él. Yo me la imaginaba, teniente, usted sabe. De momento empezaron a aparecer un televisor a color, una olla de cocinar arroz, un ventilador, la ropa de Linita mejoró que ni para qué contarle. Y eso nosotras las mujeres sabemos cómo puede obtenerse. Según Linita le decía a su abuela, porque yo nunca quise preguntarle nada, él era especialista de relaciones públicas en la escuela de turismo de la compañía donde ella quería estudiar para carpetera o gastronómica, algo que diera dinero, y le había presentado a un fotógrafo extranjero que vino a Cuba a tomar unas fotos para una campaña de publicidad turística. Debió ser verdad porque ella trajo las revistas y había muchas fotos suyas en la playa, en una vega de tabaco, tomando Havana Club en no sé qué lugar, siempre en poses muy bonitas y decentes. Yo pregunté y me dijeron que eso se pagaba bien, pero yo creo que no para comprar todo eso que usted vio en casa de Laudelina.

-- ¿Ella habló alguna vez de algún trabajo en La Habana Vieja? Es decir, tenemos información de que ella era algo así como la jefa de un grupo de niños que pedía limosnas en esa zona.

-- Sí, teniente. Pero eso fue después que apareció el hombre. Casualmente, mi hija Nieves trabaja de cajera en el Don Giovanni, el restaurante de las pizzas que está frente al Castillo de la Fuerza o por la parte de atrás, no sé, que a esos españoles no hay diablo que los entienda construyendo esas cosas. Yo iba mucho allí, porque a ella le daban todos los días algo de lo que se vendía y me llamaba para que yo fuera a buscarlo. A mí me encantan las pizzas, teniente. Pues, un día la vi sentada en el césped del parque ese que está frente al seminario de curas, el San Carlos. Estaba rodeada de niños. Me acerqué despacio y la vi, así, como desde unos seis metros, contando el dinero que los niños le estaban dando. Después lo repartió entre todos, se quedó con una parte y les dijo que desde ese momento podían operar por su cuenta hasta que ella volviera al otro día a recoger el dinero, y que cuidadito con hacerle trampa. Me acuerdo bien de todo, porque cuando daban en la televisión los seriales policiacos, me molestaba mucho esa palabrita, "operar", porque imagínese, yo padezco de los riñones y he tenido que hacerme cuatro operaciones. Nada más de oírla, me erizo.

-- ¿Y el hombre siguió viniendo a la casa?

Había encontrado un punto distinto a todo lo que tenía en sus manos hasta ese momento: un negro. Por allí debería andar la cosa, porque aunque fuera cortés, educado y pareciera elegante, como ella decía, seguía siendo negro y eso siempre era un hecho digno de tener en cuenta. Ya de entrada, el tipo debía ser una tremenda porquería: había convertido a una niña de su casa, a una niña mimada, en una especie de jineterita de la vida fácil, porque él, Alain Bec, no se tragaba ese anzuelo de que el dinero venía de las fotos turísticas, de un trabajo serio que la suerte le dio a la buena de Alina. Pudo ver la revista con las fotos de la niña, que le hicieron comprobar aún más que, en realidad, Alina había nacido bien dotada: tenía unos ojos preciosos, achinados, un cuerpecito de sirena, algo delgado, pero con muchas curvas, unas caderas un poco desproporcionadas para su tamaño y unas nalgas paradas y llenitas, aunque no tan grandes en comparación con sus caderazas. Quizás fuera de pequeña estatura, pero todo armonizaba muy bien en aquel cuerpo.

-- Ella se fue de aquí en su carro el mismo día que la vimos por última vez. Yo estaba con Laudelina en el balcón trasero del apartamento -- estos tienen dos balcones, uno alante y otro atrás --, cuando vi que el carro del hombre se parqueó en la esquina de la cuadra. Me pareció raro porque él siempre lo parqueaba en la parte de alante. Linita estaba en el cuarto, leyendo, y también eso me pareció raro porque a esa hora ya ella estaba preparando la comida de su abuela, pero me dije que a lo mejor la tenía cocinada desde el día anterior y sólo era cuestión de calentarla. Parqueando el carro allí y sintiendo yo que la persiana de su cuarto se inclinaba hacia abajo, como quien está mirando para afuera, fue una misma cosa. Sólo puedo decirle que un minuto después oí que la puerta de la calle se cerraba y la vi montar en el carro.

-- Disculpe la indiscreción, Soleida, pero... además de pensar que ella tenía algo con él, ¿los vio usted en algo alguna vez? Quiero decir, cuando una gente está, se da un beso, un gesto de cariño, no sé, algo siempre hay.

-- Nunca, teniente -- respondió la mujer rápido y con mucha seguridad --. Jamás vi un gesto ni siquiera de cariño entre ellos. Lo demás son suposiciones mías y olfato de vieja. Pero fíjese lo que le digo, si yo nunca me metí en sus cosas, que bastante sucias deben andar como usted debe haber visto porque yo me

imagino que haya más cosas que estas que le cuento, fue porque gracias a esa vida, Laudelina, que es mi mejor amiga desde hace más de cuarenta años, ha vivido y está viviendo como una reina.

La gente podría hablar toda la mierda que quisiera de Eusebio Leal, pero el tipo estaba poniendo lindísima a La Habana Vieja. Que si Eusebio estaba trabajando para cuando se cayera el gobierno la gente lo propusiera como alcalde de La Habana, que si tenía el poder del que no gozaban unos cuantos ministros, que si hacía cosas arbitrarias en contra de la gente para salvar un edificio viejo. Todo eso decían. Pero a Alain el tipo le caía bien. Era dueño de una muela (Camila le llamaba “poder de oratoria”) que era capaz de poner a montar a caballo a cualquier viejito esclerótico junto con Maceo, el titán de bronce, para lanzarse a conquistar de nuevo la independencia de Cuba al filo del machete. El tipo se conocía al dedillo hasta el color del pendejo que se le cayó al Marqués de no sé cuantos en la bañera de no sé cuál edificio construido en mas cual año del siglo antepasado. Y lo mejor: le cuadraba cantidad a Alain el proyecto de Eusebio de eliminar todas las cuarterías que habían hecho los negros en las que habían sido tremendas casonas de gente blanca en siglos pasados. Alain había escuchado toda una teoría de un amigo suyo, basada en el instinto de supervivencia que, como buen animal que era, conservaba el negro. La cosa igualaba a las cuarterías de hoy con los palenques que hacían los negros cuando eran esclavos, analizando tres planos: condiciones externas, manifestación del instinto de supervivencia y resultado de esa manifestación. De ese modo, decía su amigo, las condiciones de esclavitud impuestas a los negros por los españoles ponía a funcionar su instinto de conservación animal y eso los obligaba a huir para salvar la especie: así se iban al monte, donde nadie pudiera mandarlos, entrando uno primero y avisando a los otros para que fueran hacia allí y creaban los palenques, donde vivían todos pegaditos y pestositos y

revuelticos. En las condiciones actuales, una Habana repleta de personas, como diría Formel y los Van Van en su canción, “que no aguanta más”, y ante la necesidad vital de vivir en la capital aprovechando sus facilidades para todo tipo de trabajos (y bisnes, negocios, jugadas sucias, en lo cual se habían especializado por los siglos de los siglos), se ponía a funcionar su instinto de conservación como especie y cuando uno ocupaba una casona que podía dividirse, le avisaba al otro y éste al otro y éste otro al otro y todos se iban a vivir allí, construyendo cuartos y barbacoas y cuarticos y cuartititos donde vivían todos pegaditos y pestositos y revuelticos. Sería el Gran Logro de Eusebio Leal: vaciar de aquellos nuevos palenques a La Habana Vieja. Merecería el monumento más grande que hicieran los blancos cubanos a la limpieza de la ciudad.

En todo eso había estado pensando mientras se acercaba al Palacio del Segundo Cabo, una de las muchas y típicas construcciones españolas que rodeaban la conocida y turística Plaza de Armas. Allí trabajaba Justo Marqués, periodista y escritor, como rezaba la tarjeta de presentación que tenía en sus manos. Sudaba. Aún no sabe qué lo hace ponerse nervioso cada vez que va a entrevistarse con alguien, como si lo fueran a poner a prueba y temiera quedar como un idiota. Se las secó en el pantalón y se dijo que menos mal que Camila no andaba por todo aquello: si lo veía hacer “esa cochinidad”, como ella la llamaba, todo el día iba a soportar el retintín de su peleadera: “parece que se te olvida muy a menudo, chico” que la que tenía que romperse el lomo frente a la lavadora los fines de semana era ella. Y que ya los tiempos de la esclavitud habían quedado bien atrás en la historia de aquella isleta.

Marqués no estaba, le dijeron en la recepción, y se sentó en un banco de la Plaza de Armas decidido a esperarlo: “Le ronca los cojones que haya venido hasta aquí por gusto”, pensó. Un rostro conocido le hizo desviar los ojos del trasero imponente de una de las mulatas que se pavoneaban meneando las caderas al ritmo del grupo musical que ameniza la comida en uno de los restaurantes cercanos. “¿Carlos Embale?”, masculla con cierta duda, pero el viejo ha dejado de pedir limosnas a un grupo de italianos que el guía de turismo ha detenido frente al Palacio de los Capitanes Generales y pasa cerca del banco: “sí, el mismísimo Carlos Embale que viste y calza”, la voz de sonero que

más encantaba a su padre. Un famoso más que, al final de su vida, se veía obligado a pedir limosnas. “Dios mío, hasta dónde hemos llegado”.

En otra esquina del parque dos jovencitos miraban pasar a los turistas y, con todo sigilo, le mostraban algo que Alain no puede determinar desde donde está sentado. Un negro fuerte, de largas trenzitas, desanda de un lado al otro tras los grupos de turistas haciéndole caricaturas que enseña hasta que alguno se decide, paga el dólar que vale el dibujo a lápiz y se va tras otros extranjeros. Una vieja gorda, sucia y desgredada, ha parado sobre la calle de adoquines de madera la silla de ruedas donde conduce a un muchacho de unos treinta años sin pies y con un solo brazo. “MUTILADO EN ANGOLA”, puede leerse claramente en el cartelito que le ha puesto sobre los muslos a ese que debe ser su hijo y que “tiene una cara de hambre de mil demonios”, piensa Alain.

Le resulta molesto. Imagina que siglos antes esta fue zona de paseo de la alta aristocracia habanera, siempre orgullosa como todos los cubanos, y le duele que ese orgullo se haya perdido de tal modo con la miseria que lentamente iba anegando ciertos estratos sociales, aunque algunos pretendieran negarlo. No sabe porqué razón, pero de un fogonazo se le clava en la cabeza la discusión que alguna vez, años atrás, cuando se despenalizó el dólar, tuvieron su madre y su padre. “Son riesgos del socialismo”, había dicho el viejo, “repartir entre todos lo poco que tenemos es un ejemplo de humanismo que sólo en una sociedad como ésta puede verse”. La respuesta de su madre fue lapidaria. “Eso es lo peor, porque aunque no lo entiendas, cuando lo que se reparte es la miseria no toca a menos, se multiplica”.

Un vendedor de maní se detiene ante el banco y le enseña el racimo de cucuruchos. “Bien calientico, señor”, dice. Alain niega con un gesto y vuelve a mirar a la vieja de la silla de ruedas. Un policía ha llegado hasta ellos y ordena algo en voz baja, como para que los turistas no lo escuchen. “¿Lo ven?”, dice la mujer dirigiéndose al grupo de italianos que recorre la calle de adoquines de madera, dicen que la única de su tipo que todavía se conserva en América. “¿Lo ven?”, repite casi a gritos, descompuesta, “primero me obligan al niño a irse a la guerra, me lo joden, y ahora no quieren que me busque la vida para darle comida. ¿Lo ven?”.

El policía parece decirle que tiene que acompañarla. “De aquí no me muevo”, grita la mujer, y el de uniforme la empuja suavemente y la aparta de la silla de ruedas que comienza a sacar de la calle, en dirección a una de las avenidas que van a morir en un costado de la Plaza de Armas. Algunos de los turistas han abandonado el grupo y siguen detrás de ellos, con cautela, escuchando la discusión de la vieja y el policía, un sargento. Poco antes de llegar a la bocacalle, una italiana regordeta y de pelo rojo se acerca y le dice algo aparte al oficial. Alain lo ve replicar varias veces, iracundo detrás de esa boina negra que cubre “una cabeza cuadrada de guajiro, quizás de Granma”. Apenas minutos después observa que asiente, tal vez bajo la presión de otros del grupo que comienzan a interceder, evidentemente, a favor de la mujer y su hijo inválido.

El grupo de los extranjeros va creciendo alrededor y el policía se va poniendo cada vez más nervioso. Alain adivina en sus gestos que en solo minutos se retirará con el rabo entre las patas y jurando cazarle la pelea a la vieja en un momento en que no hubiera turistas que la vinieran a defender. “Hasta de eso tienen mala fama los cada vez más vistosos agentes del orden público”, piensa.

Lo ha visto todo como desde una poltrona alta y no puede dejar de estremecerse. Se siente confuso. Por un lado, la historia de la mujer resulta conmovedora y puede ser cierta: mutilados como aquel había unos cuantos y las medallas que le dieron no eran una tarjeta de crédito que les sirviera para vivir mejor sus nuevas vidas de limitaciones. Podría haber otros que estuvieran bien, pero esa que tenía delante de los ojos: la vieja y su hijo, estaban en un estado tan deplorable de miseria y suciedad y abandono, que no cabía duda de que estaban allí como una forma quizás única de supervivencia. Por otro lado, le hervía la sangre cuando la cruda realidad le ofrecía al extranjero escenas como aquellas, que le parecían denigrantes, humillantes.

Finalmente, como ya había adivinado, el policía tomó la bocacalle y se perdió de vista. Una italiana joven salió de un restaurante y llegó hasta el grupo con dos platos plásticos llenos de comida. La vieja lo agradeció abriendo mucho los ojos y pidió que la ayudaran a subir la silla de ruedas de su hijo hasta el portal del Palacio de los Capitanes Generales. Comenzaron a devorar aquellos alimentos con una voracidad nada fingida. Antes de

regresar al grueso del grupo, desde donde la guía de turismo llamaba para seguir el recorrido, un flaco alto que había estado retratándolo todo con su cámara digital, le dio a la vieja un billete que debió ser grande porque la mujer se le tiró a los pies, agradeciendo, le agarró las manos y comenzó a besárselas.

Alain no pudo resistir más y se puso de pie para volver a preguntar en la recepción. “Acaba de entrar hace unos minutos”, le contestaron y le pidieron que, por favor, esperara en el patio. Se sentó en una de las mesas de hierro y se dispuso a dejar correr el tiempo: ya sabía de sobra que cuando uno entra a su trabajo tiene primero que organizar muchas cosas antes de poder atender a alguien.

No podía quitarse de la memoria la escena de la vieja y el policía. Se había fijado que durante toda la discusión, el hijo mantuvo la cabeza baja y hasta puede jurar que tenía las orejas coloradas, signo característico de quien siente que la vergüenza lo aplasta. “Los pobres sí conocen la vergüenza”, piensa, y se da cuenta de que ya se ha hecho una costumbre en él repetir las mismas frases de su padre. “Sí”, se dice en voz baja, “era vergüenza”.

No estaba acostumbrado a ese tipo de mierdas. Desde que comenzó a notar los cambios en el país, se alegró de que su universo girara en límites bien distintos a esa marginalidad que comenzó a conocer de cerca cuando lo trasladaron de la sección de delitos económicos. En los sitios que frecuentaban él, Camila y su madre, en esos pocos fines de semana que solían reunirse para salir, casi seguramente por lo lejos que estaban de toda la vida céntrica de la ciudad, no había visto casi nunca lo que ya era común en otros restaurantes, cafeterías y bares de otras partes de La Habana: niños recogiendo sobras de comidas, pidiendo limosnas mesa por mesa; muchachas ofreciendo noches de placer incluso aunque fuera cubano “si pagas bien, claro”; chulos asediando a los comensales con álbumes de fotos de putas desnudas a buenos precios, vendedores clandestinos de ron y tabaco y “lo mejor de la música cubana, bróder”. Un mar de males que lanzaba sus olas putrefactas contra cualquier posible cliente.

De eso quería hablar con Justo Marqués. Camila aseguraba que él se las sabía todas, con pelos y señales, y cuando preguntó en el Centro de Estudios de la Población quien podía ayudarlo a buscar información sobre aquel mundo, varias personas mencionaron su nombre como el investigador que más hondo

había llegado, pues la mayoría se quedaba sólo en la epidermis y a éstos sería en vano preguntarles. Sabían algo más que lo que de sobra conocía el ciudadano común, pero no mucho, y por eso sus trabajos casi nunca daban en el clavo del asunto, en la mismísima esencia del problema y su génesis. Con Marqués era otra cosa. Incluso, le aseguraron, el alejamiento de la colaboración del periodista con el Centro se debía a que no había querido compartir con otros investigadores algunas claves que abrían puertas necesarias para entender el fenómeno de la prostitución en la isla. Marqués les había dicho que eso sería traicionar a quienes confiaron en él, pero, y esto pudo deducirlo Alain en dos o tres conversaciones en el lugar, lo cierto era que nadie quiso creer que aquellas fueran las verdaderas razones.

“Ya puede subir”, dice la recepcionista y le indica el elevador de principios de siglo, todavía en perfectas condiciones, “es la última oficina a la derecha”.

El libro ya casi lo termino. *Habana Babilonia o Prostitutas en Cuba*, así se llama. Va ser duro. Hace poco, una amiga, periodista también y graduada de mi mismo grupo de estudios, reunió en un librito varios trabajos sobre la prostitución en Cuba. Claro, fueron artículos que publicó en el periódico que ahora dirige y tienen ese tono de complacencia y medias tintas que generalmente caracteriza a la crítica en nuestros medios, no va al fondo del problema. Como diría mi viejo, un comecandela de los que se batieron de verdad contra Batista, es una crítica de paños tibios. Por eso mi libro quiere ser una gran novela, una historia descojonante que va decir muchas cosas ya dichas y otras nuevas, pero desde la vivencia de sus protagonistas: va a mostrar jineteras de todo tipo, que las hay, pues no todas andan en eso porque quieren, como dice mi amiga en sus trabajos; tengo varios chulos despiadados que explotan a un grupo de muchachas; habrá niños de la calle que se drogan; padres que venden a sus hijos o los ponen a pedir limosnas; de todo, como en la viña del Señor. De ese mundo puedo contarte un infierno de cosas porque llevo más de cuatro años metido en el asunto, viviendo con ellos, buscando nuevos casos por toda La Habana y en Varadero y en algunas zonas turísticas de la isla donde las historias parecen de ciencia ficción, sobre todo cuando uno mira desde afuera este país en el que tratamos de ser personas en medio de un mundo lleno de mierda. Un palo periodístico. ¿Y cómo llegué a esto? Tiene un sólo nombre: Alex Varga, uno de los tipos más interesantes que he conocido en toda mi vida. Imagínate qué no pueda saber un negro viejo que vive en una cuartería de La Habana Vieja, que además fue detective privado antes del 59, que conoció a Meyer Lansky, el mafioso norteamericano, y fue usado por ciertos señores de la alta

alcurnia cubana para unos cuantos casos sucios. Es un anecdotario con patas, pero lo esencial son sus contactos. En el barrio donde vive, cerca del muelle de la lanchita que cruza la bahía hasta Regla, es una especie de alcalde que todos respetan. Decirte quiero que la misma gente lo mantiene a base de regalos y atenciones porque ya no trabaja, aunque su hija, una mulata que está como para chupársela entera, es la que se ocupa de que la casa parezca de personas decentes, porque son personas decentes. Piensa tú cuánto dinero no habrá pasado por las manos de ese negro antes del 59 por ocuparse de investigar los casos sucios de nuestra alta burguesía tan temerosa de caer en el chisme. Cuando triunfó la Revolución, Alex tenía dinero suficiente y se fue a vivir a los Estados Unidos con una de sus hijas que ya vivía allá porque se había casado con uno de los dueños cubanos de la Bacardí, esa marca de ron que es tan cubana, aunque hayamos perdido la patente por guanajos. Estuvo por allá hasta mediados del 70. Un día dejó todo aquel lujo y vino para acá. Se instaló en ese mismo cuarto de La Habana Vieja, se juntó con la gorda que hoy es su mujer y en el 76 le nació Francisca, su otra hija, que ahora tiene unos diecisiete años. ¡Otro personaje! Esa niña porta unas historias que pueden escalofriarte. Es cariñosísima con todo el mundo y más con su padre, a quien se ve a la legua que adora, pero tan fuerte, que es la única persona a la que Alex no domina en todo aquello. ¿Tú sabías que Martha, la mujer de Batista, le pegaba los tarros? ¿O que Tabernilla, que era una loca de carroza escondida en su traje de militar, era enfermo a vestirse de Greta Garbo para que sus tres maridos le dieran por el culo imaginando que se tiraban a una estrella de cine? ¿O que Lucky Luciano mandó a despellejar viva a su mujer en La Habana y a un chofer suyo que le estaba dando tranca hasta por los oídos? ¿Sabes quién tiró las fotos a los amantes? El señor Alex Varga, que es un mago del lente. Todo eso, y más, me ha contado el viejo. Por eso quiero que vayas conmigo a verlo. Si como tú dices, la cosa anda por el mundo del jineterismo, la clave y la llave seguro que está en sus manos. Yo puedo decirte, y sin ningún temor a equivocarme, que no hay jinetera de alcurnia que mueva el culo en esta ciudad sin que Alex sepa todas sus señas. Son vicios de viejo investigador, es verdad, pero a mí me han sido muy útiles los vicios de ese cabrón. Ojalá a ti te sirvan para algo.

Marqués tenía razón: Alex Varga parecía tan viejo que se le hubiera podido creer si decía que había sido socio íntimo de Cristobal Colón. Negro y vestido con un moderno pullover de rayas azules y amarillas, blanco en canas, muy alto y de pies enormes, los estaba esperando. “Al viejo Alex hay que avisarle cuando uno visita”, le dijo Marqués antes de coger el teléfono. Alain lo escuchó luego preguntar por “Alex Varga, sería tan amable” y unos segundos después aquel “viejo, te llevo a un amigo para que lo saques de un hueco” le dio la evidencia más absoluta de que entre aquellos dos existía una familiaridad fuera de dudas.

Todo en aquel negro irradiaba respeto. Durante su conversación, que duró casi dos horas como si hubieran pasado sólo unos minutos porque apenas sintió el tiempo, Alain descubrió que la superioridad que nacía en cada uno de sus gestos y palabras estaba sólidamente afincada en una seguridad total sobre su capacidad de sobrevivir a cualquier tormenta, que la vida, al parecer, le había sembrado en la mente al viejo. Pero, a pesar de lo sobrecogedor que resultaba su enormidad de negro viejo, la increíble facilidad de palabra que poseía y toda la atmósfera de respeto sobrehumano que se respiraba en aquellas cuatro paredes y en el resto de los apartamentos que las rodeaban, Alex Varga resultó un ser humano que ocultaba tras la dureza de sus gestos una ternura poco común hacia sus semejantes si se analizaba su vida.

-- ¿Y qué problema tiene el hombre? -- le dijo Alex a Marqués señalando de lado, casi sin darle importancia, al lugar adonde se había sentado Alain.

-- Te diré tres cosas, nada más -- respondió Marqués --. Y claras: es fiana y de los buenos, está buscando unos niños perdidos y cree que la cosa anda en la brujanza.

Aquella forma de referirse al mundo de la droga, el jineteo y los niños de la calle, porque sólo de eso había hablado con Marqués, nunca le había llegado ni siquiera en boca de los delincuentes. Tampoco la había escuchado en todas sus entrevistas en busca de los niños. “La brujanza”, un término seguramente inventado, había sonado tremendo, duro, en la voz del periodista, y Alex, al escucharla, se había echado hacia atrás en su sillón y clavó en Alain sus vivos, muy vivos, ojos verdoso claro haciéndole sentir la misma percepción de quien es contemplado desde la oscuridad por un gato que espera un ataque.

-- Cuenta -- le dijo el viejo, sin dejar de mirarlo.

Y contó. Marqués le había advertido que no se callara ni un detalle delante del viejo. “Es como si pesara tus palabras”, le dijo aún en su oficina en el Palacio del Segundo Cabo, y era cierto: Alain sentía que no debía ocultar nada porque cada palabra, cada gesto suyo, cada silencio, era analizado en todas sus posibles consecuencias por aquel hombre que permaneció inmutable, casi una estatua de acero o piedra, aún cuando contó las cosas que para él habían sido más impresionantes. No supo decir por qué, pero hubo un momento de su narración en que Alain tuvo la completa seguridad de que le había empezado a caer bien y, a pesar de su hermetismo, algo le hacía sentir que Alex también creía que su investigación iba por el camino correcto.

-- ¿Sabes cuál fue mi único problema antes de la Revolución? -- soltó de pronto el viejo, justo cuando Alain terminaba de decir su última palabra, casi cortándolo. -- Que nunca me dejaron entrar a la Sociedad Negra de La Habana porque era una sociedad para ricos profesionales... Yo nunca pude hacer una carrera, aunque tenía mas dinero que muchos de ellos. Esa es una sociedad de la que casi nadie habla ahora. Como toda sociedad, tuvo su problema. Lo mismo te pasa en este caso.

Alain no hallaba ninguna relación entre el asunto que lo había llevado allí y lo que el negro hablaba. Miró a Marqués y lo vio concentrado en las palabras del viejo.

-- Seguro que ahora piensas que nada tienen que ver mis recuerdos con tu situación, y sí, mucha relación tienen. El

problema de todos los tipos que vienen a investigar sobre la brujanza, los de aquí y los de afuera, porque esto interesa a todo el mundo, es que lo ven como cosas aisladas. Una muchacha que vende su cuerpo, un niño que pide limosnas, un negro – siempre son negros, piensan – que se droga, un chulo que controla mujeres, un carpetero que cobra por dejar a la jinetera entrar con el turista. Sólo lo ven de ese modo. No saben que ya eso funciona como una Sociedad. Que tiene sus leyes, secretas o públicas, pero son “sus” leyes y quien no las conozca siempre verá el asunto desde afuera. Ahí es donde entra tu problema.

Alain sentía unos deseos horribles de fumar. Necesitaba concentrarse, no perder una palabra de aquel monólogo que a él dirigían y sabía que podía lograr esa concentración con un buen cigarro. Le hizo una seña a Marqués y enseguida el periodista encendió uno y se lo alcanzó.

-- Toda sociedad tiene su lado débil. El lado débil de la brujanza es que la mayoría de los mandantes piensan con la cabeza del dólar. Es un modo de defenderse: de la policía que siempre anda a la caza, de las leyes sociales que condenan los males que ellos defienden porque les garantizan la vida que quieren darse, del mundo de afuera que también los condena aunque los envidia ... de muchas cosas. Algunos ya lo van entendiendo, pero cuesta trabajo: para que una sociedad de este tipo permanezca fuerte, inaccesible a toda agresión, tiene que apostar por el bien, pero por pensar con la cabeza del dólar todo se tergiversa. Si tú vas a la esencia, a la raíz del asunto, te das cuenta de que aquí, y eso te lo puedo decir con conocimiento de causa, una de las cosas buenas de la Revolución es que hizo de la mujer algo que no fuera sólo un cuerpo, un culo, un bollo y dos tetas, aunque tampoco le diera ese tan cacareado papel de vanguardia en la sociedad; eso es un cuento de camino. La mujer que era puta lo fue porque le dio la gana. Después, la situación cambió. Aparecieron las primeras jineteras: mujeres que se casaban o juntaban con funcionarios para mejorar la vida; o con los rusos, que fueron por un tiempo los extranjeros que mejor vivían en este país; o se acostaban con los estudiantes africanos para que les compraran ropas y aretes de fantasía en aquellas tiendas, las CUBALSE, ¿recuerdas?, que era adonde iban a parar los negociazos de los hermanos La Guardia y todos esos generales que terminaron con el culo partido por el gobierno. Más tarde, el

turismo, la descojonación. Por el bien, buscando su propio bien o el de su familia, instinto de supervivencia, eso que olvidan los dirigentes cuando hacen sus planes, empezó a vivir dentro de esos males sociales un grupo grande de gente. Crecieron. Mientras el turismo crecía y el dólar se metía en todas las casas y las mentes, crecía la sociedad de las brujas y brujos de la noche. Había y hay de todo. Pero igual que no le perdoné a la Sociedad Negra que no me dejaran entrar hace muchos años, tampoco perdono que por la ley del dólar se apueste por el mal. No hay justificación en la vida para quien eche la mierda de su alma sobre gente inocente. ¿Entiendes ahora?

Habría que traducirlo. Alain dijo que sí, aunque en realidad había entendido lejanamente y le molestaba el tono profesoral en aquella muela del viejo. En otras palabras, lo único que le había quedado claro de la perorata, era que se podía ser una mierda en la vida si en ello le iba el mejoramiento, pero que no tenía perdón echar esa mierda sobre los demás, usar a los demás hundiéndolos en el mal, para mejorar la propia vida.

-- Más sencillo, muchacho -- Alain no supo porqué sintió que le hablaba como un padre a su hijo --. Es que no me gustan los hijoeputas... Y los niños son la única cosa pura en este mundo de mierda.

Le hizo una seña a una negrita de unos siete años que había permanecido todo el tiempo sentada en el piso, entre ellos, jugando con una muñeca sin un brazo y la contempló salir por la puerta. Regresó sin decir ni una palabra y se tiró otra vez en el piso con su juguete, poco antes de que entrara la mulata más linda que Alain jura haber visto en su vida.

-- Ponte de acuerdo con él, Patty -- le dijo a la muchacha, señalando hacia donde estaba Alain --. Y ayúdalo. Es policía, pero anda en un asunto de bien. -- Luego se dirigió a él -- Es mi hija Francisca. Patty, para sus amigos.

Patty resultó ser una mandante, una Reina, como decían en el lenguaje de la brujanza. Después que Marqués le contó por dónde debía o veía él andar la cosa, se quedó pensando y le propuso ir de visita a casa de un chulo, “de esos hijoeputas que te dijo Papá y que creo es el único que anda en eso de los niños algo fijo. Los otros se atreven sólo de rato en rato”, haciéndose pasar por mensajero de un yuma que quiere retratar muchachas en posiciones porno para una revista de afuera. Que debía dar la imagen de que el tipo tenía todo el dinero del mundo y no le importaba cuánto costara el convenio. “Después, la actuación es tuya, precioso”, y que aprovechara algo que seguro ya le habían dicho: “precioso, tú tienes cara de cualquier cosa, menos de policía”, y no le dejó a Alain ningún deseo de preguntarse de qué otra cosa podía tener cara.

El tipo se llamaba Manín y vivía en una casa que Alain hubiera querido tener aunque estuviera en la misma Habana Vieja, en la calle Lamparilla, uno de los sitios más cochinos de toda esa parte de la ciudad. Nada más de entrar, se dijo que en aquel lugar el lujo llegó, dio media vuelta y se fue, con el rabo entre las piernas como el perro sato más sato de la tierra, porque allí en materia de lujo y comodidad todo estaba dicho. Si se miraba de afuera, nadie podría adivinar lo que tenía en su interior aquella casona enorme, justo al lado de un solar derrumbado donde además del escombro que no habían recogido, se acumulaba la basura de todo el vecindario y las oleadas de moscas se levantaban como plagas de langosta cuando uno se acercaba mucho a la acera, donde un pequeño muro de bloques de cemento impedía que el basurero llegara a la calle. Dentro, aquella realidad parecía imposible: toda la casa, hasta los baños, disfrutaban del ambiente fresco de un

aire acondicionado muy bien instalado. No había siquiera una brizna de polvo, como si una mano invisible sacudiera varias veces al día cada pieza de la casa. Los pisos eran de mármol y Alain, acostumbrado también al lujo, se dijo que el muy cabrón tenía en verdad muy buen gusto. Patty, a quien el chulo conocía, según dedujo Alain del trato que le dio desde que la vio aparecer en la puerta, hizo las presentaciones.

-- ¿Como dijiste que se llama el francés? -- preguntó Manín, hundido en los colchones de una butaca.

Alain pensó que su nombre bien pegaba para aquel caso.

-- Alain...

-- ¿Delon? ¡Oh, qué alcurnia! -- soltó el hombre dando una palmada que a Alain le pareció realmente maricon. ¿Además de todos sus vicios, aquel tipo sería pájaro; como dirían los jodedores, enfermo a que le monten la guagua por detrás?

Era de mediana estatura y de una piel tan blanca, casi transparente, que le recordó esas leches que habían aparecido de nuevo en algunas cafeterías de La Habana. ¿Y en la cara? ¿Qué era lo que Alain veía de raro en aquella cara? ¿Sería esa la marca del hijoeputa de la que habló tanto el viejo Alex? Si Tomate estuviera allí, enseguida se lo diría. Y hasta podría confirmarle si aquel tipo efectivamente era maricón.

-- Con ese nombre y siendo francés, seguro que es un maníaco a los culos mestizos.

¿Qué coño podía ser un culo mestizo? Alain se representó de golpe un culo negro, un culo de esos que a él le daban un asco del carajo y hasta pudo ver un culo indio: una de sus primeras novias, Zelma, era una india de las que hay que mirar a cuello virado cuando pasan junto a uno y tenía uno de los traseros más apetitosos que jamás había conocido. También recordó muy bien las dos bolas redondas y blancas que tanto le excitaban cuando hacía el amor con Camila. Pero, ¿un culo mestizo?... Y parece que su cara lo delató porque Manín lo miró unos segundos fijo a los ojos, se puso de pie y le dijo a Patty: "trae a tu amigo, anda, parece que es nuevo en estos trajines". La muchacha lo tomó de la mano con una familiaridad que hacía aún más verosímil su papel de viejo amigo y enviado de un yuma libidinoso y lo condujo a través de varios pasillos (la casa era inmensa) hacia un cuarto donde había unas veinte sillas comodísimas, de esas que salían

en los teatros de los congresos importantes, y un enorme equipo de televisión y vídeo, compacto, o para decirlo con la ignorancia del cubano, con el vídeo metido en la base del televisor. “Tremenda pantalla”, pensó Alain.

-- Ahora te voy a presentar algunos culos mestizos – dijo Manín mientras ponía un cassette de vídeo. Luego fue a sentarse junto a Patty y Alain.

El televisor se iluminó de pronto y comenzó a formarse en pantalla un anuncio, con letras que entraban dando vueltas, descolgándose desde lo alto, desenrollándose desde una esquina:

***DISFRUTE TODO EL FUEGO DEL CARIBE CUBANO.
EL MEJOR CUERPO,
EL MEJOR CULO,
EL RATO DE PLACER MÁS EXCITANTE DEL MUNDO
MODERNO. EXTACIESE CON TODO EL EROTISMO
DEL MAS ARDIENTE INVENTO SEXUAL DEL MUNDO
AMERICANO:
LA MUJER CUBANA***

Y después comenzó el desfile: mulatas muy claras entre unos veinte o dieciocho años. Plano americano a todo el cuerpo desnudo. Close up a la cara en un gesto sensual distinto en cada caso. Big close up a un lunar justo a un costado del pezón. Panning a una sala donde estaban todas juntas haciendo señas de que fuera hasta ellas al hombre que debía mirar el vídeo. Zoom in hasta esa que levanta el muslo sobre el brazo de un sillón y de espaldas a la cámara, pero sin dejar de mirarla con todo el erotismo posible, abre con una de sus manos el sexo afeitado y de prominentes vulvas... todo un gran acto de provocación erótica. Alain sabía algo de cine. Alguna vez en sus años de estudiante había intentado hacer sus cosas en una camarita de dieciséis milímetros y hasta se había apuntado en un curso pésimo de fotografía cinematográfica que habían dado en la Casa de Cultura del Vedado. El tipo que había hecho aquel vídeo de promoción porno era buenísimo con la cámara. Duraba una media hora.

-- ¿Qué te parecieron esas? -- dijo el chulo apagando el televisor con el mando automático. -- Si no te gustan, hay más.

Quedó sin habla. ¿Sería posible que aún estuviera en La Habana? ¿Por una de esas cosas de la vida no había roto la barrera del tiempo y el espacio y caído en otro país? Una seña de Patty lo sacó de su cavilación.

-- Tienen buen culo -- dijo, por decir algo --. Pero al tipo le gustan más moderadas, menos grotescas... vaya, más artísticas, de gente más joven, recuerda que es para fotos.

-- ¡Me gusta eso! Un pervertido Santón -- dijo Manín y sonrió para ponerse serio al instante --. Pero eso cuesta mucho más caro... La calidad hay que pagarla.

-- No importa -- cortó Alain y se recostó en la silla, como esperando --. El dinero no le preocupa.

Y casi sin terminar la frase vio que Manín se puso de pie y buscó otro cassette en el estante que sostenía el televisor. Lo introdujo en la casetera y volvió a sentarse.

-- Si son fotos nada más, doscientos cada hora por muchacha; si quiere sexo, son quinientos por cada una.

Y encendió. También había un anuncio.

LA INOCENCIA DE UNA NOCHE CUBANA
BÉBASE TODA LA JUVENTUD DE UN CUERPO JOVEN
HÁGASE JOVEN VIVIENDO UNAS HORAS DE PLACER
SANO
TIERNO
VIRGEN

Y otra vez el desfile. Alain comenzó a descubrir casi de un golpe algo en lo que no había pensado en todos aquellos días. Las imágenes que pasaron ante sus ojos le abrían sus sentidos a una realidad que siempre creyó asunto de otras latitudes: aquel vídeo eran tan porno como el primero, quizás más porque hasta él sintió que la libido se le volaba y se ponía a mil, pero la mayor de esas actrices que lo llamaban desde el otro lado de la pantalla, desnudas y en posiciones sexualmente agresivas, aunque un poco menos que las del vídeo anterior, tendría unos catorce años; la menor, unos nueve. Manín disfrutaba el vídeo y lo miraba de

cuando en cuando con mucha complacencia. Alain estuvo a punto de cogerlo por el cuello o pararse o no sabe precisar qué, pero sintió la mano de Patty aferrándolo al brazo de la silla. Fue entonces que vio algo que le puso en pie de alerta todos sus sentidos. Una de las niñas le pareció conocida, pese al intenso maquillaje de tigresa que le habían puesto, con grandes franjas amarillas sobre su cuerpo desnudo: tenía unos ojos preciosos, achinados, un cuerpecito de sirena, algo delgado, pero con muchas curvas, unas caderas un poco desproporcionadas para su tamaño y unas nalgas paradas y llenitas, aunque no tan grandes en comparación con sus caderazas. Aquella armonía también le había llamado la atención antes. Por eso quiso estar seguro.

-- Me gusta esa -- dijo --. ¿Cómo se llama?

-- Esa es la mejor de todas -- le respondió Manín, poniendo una pausa al vídeo y deteniendo en pantalla la imagen de la muchacha.

Alain tampoco dejaba de mirar hacia el televisor. "Sí", se dijo, "es ella misma", y apretó la mano de Patty en señal de que algo había encontrado.

-- Se llama Alina -- continuó Manín --. Trece añitos y mira qué bien distribuidos... --hizo silencio y volvió a correr el vídeo para detenerlo de nuevo en otra imagen de la niña aún más provocativa: abriéndose de nalgas a la pantalla --. Su nombre artístico es Lina... Lina la Tigresa.

Esas cosas te asombraron y no son nada. A veces a ustedes, los policías, se les olvida que tratan casos sociales y se van por el lado técnico del asunto: “Lo importante es coger al culpable”. Y es un error. Creo que los policías no saben, no tienen conciencia de que son protagonistas de excepción de esa otra historia no oficial que nunca se escribirá en los libros, pero que es la que define, la que forma eso que algunos llaman “experiencia social” y es la raíz en la cual se producen los cambios y hasta en muchos casos, el sedimento que se va acumulando en el silencio año tras año y en el cual surgen los cambios de pensamiento de una sociedad. Por eso es que quiero que te metas de lleno en este asunto: lo importante no es que desaparecen esos niños, si no por qué desaparecen y dónde pueda hallarse la solución del problema, aunque no esté en tus manos o no te toque a ti solucionarlo. De otro modo, sería muy sencillo: mañana descubres al culpable, si es que lo hay, aparecen los niños y ¿se resolvió el asunto? Yo te voy a dar un grupo de contactos que hice en mis investigaciones de este mundo, para que preguntes, averigües, te metas de lleno en este caso. Te encontrarás historias escalofrantes y a lo mejor puedes hallar ese camino que buscas para resolver tu caso. Imagina qué cosas habré encontrado yo que me hayan decidido a escribir un libro donde se hable de la prostitución en Cuba desde que Colón descubrió esta islita de América, qué cosas no le han pasado a un periodista como yo que de pronto un día descubre que en su ciudad están ocurriendo cosas terribles y se decide a escribirlas, por lo menos a dejarlas sobre el papel, para entonces intentar publicarlas. Sabe que su único camino es buscar y encontrar la verdad. Imagina cuántas noches ha pasado vagando en las esquinas de cualquier hotel, imitando a un ricacho en las barras

de los bares área dólar, pavoneándose como un chulo en esos lobbys donde hubo muchas que confundieron sus maneras postizas y le llamaron: “¿Pepe, ¿quiere una buena noche?”, para que él las esquivara mascullando que no se acostaba con cualquier puta aunque deseos no le faltaran de entrarle a mordidas a ese culo que se adivinaba agresivo debajo de la sayita casi transparente. Eso y más encontrarás. La realidad no es nunca en blanco y negro. Nada es malo malo ni bueno bueno. Todo está lleno de matices, pues en ello radica la perfección de la vida en la tierra y la propia existencia humana. Ya tienes los dos caminos abiertos: el que te dio Alex y estos que hoy te doy. Ahora todo depende del buen policía que dices ser.

Marqués sí es un gran periodista, teniente, y si le estoy contando todo esto es porque él me llamó y me dijo que con usted podría hablar sin miedo, aunque fuera policía. Yo sé que está escribiendo un libro. Muy duro por lo que me leyó una tarde ahí mismo donde usted está sentado. Marqués se ha metido en todos los lugares donde se lucha la vida de este modo: desde La Tropical, donde las rubitas desteñidas y las negras le fajan a los músicos de las orquestas que viajan y andan con tremendos carrazos por toda la ciudad, hasta esas jineteras de chancleta de avenida cincuenta y uno que ya están cobrando en pesos. Hace unos días lo vi entrevistando a una Faraona en el Cohiba. ¿Faraona? Imagínate cómo serán que en toda La Habana hay cinco nada más. Han tenido la suerte de casarse con millonarios de verdad, de los que se bañan en plata, y en vez de irse del país le han pedido a sus Pepes quedarse en Cuba administrando el negocio. Reúnen cincuenta o cien muchachas, seleccionadas todas, y además de lo que ellas puedan conseguir, le pagan un salario semanal. Por supuesto, cada una tiene que entregar al mes una cifra de dinero que ella acuerda según la zona en que van a trabajar y para que cumplan el acuerdo, en esa zona le pasa su dinerito a varias gentes: un carpetero, un portero, un policía, una tendera, depende. Y también están los chulos: cada uno de ellos recibe un salario por controlar a diez o doce putas. Y lo más cómico es que a las Faraonas nadie las conoce y muchas jineteras piensan que es el chulo quien las explota porque ni se imaginan que detrás del tipo haya una mujer. ¡Y qué espuelas tienen! Por eso yo ando sola. No, aunque parezca de quince, tengo dieciocho. ¿Tú crees que este cuerpo es de una niña? Bueno, por la cara sí, todo el mundo me lo dice. ¿Ves? Esa es una de las cosas que dicen de nosotras, las jineteras, que no me

cuadran nada: yo me metí a esto porque estoy cansada de vivir como una indigente. Tampoco hay que tapar el sol con un dedo. Yo estoy en la universidad, tengo una buena casa, y todo eso. Los que dicen que aquí todo está malo están jodidos porque es mentira, pero hay otras cositas que fastidian y te van obligando y llevando a lo que tú nunca pensaste hacer. Por ejemplo: ¿Sabes que estuve casi seis meses bañándome con un poco de médula de henequén que conseguí en Cienfuegos con un amigo? Y no sé cuántos trapos me puse cuando me caía la menstruación. Fíjate que tuve que pagarle a una mujer medio loca que iba mucho por mi barrio para que me buscara trapos en los basureros. Ella me los traía, yo los lavaba, los hervía y los cortaba en cuadritos para ponérmelos cuando me tocaba la regla porque a mí los chorros de sangre me corren más que las cataratas del Niágara. Aunque parezca duro -- porque hace unos años yo me desvivía por esto y cuando lo del Mariel partí unas cuantas cabezas de gusanos a pedradas -- mi problema es que estoy harta de que me pidan austeridad, principios, dignidad, y resistencia, pero a mi madre le dio una isquemia y la realidad, la dura verdad, es que aquí las cosas se han puesto negras por el bloqueo y toda esa mierda que se sabe y ella no se me va a morir de hambre. Le pasan un dinerito por seguridad social, pero no alcanza. Yo estoy estudiando y en su estado hay que comprarle medicinas y alimentarla bien y eso cuesta. No, no conozco a ningún Manín. ¿Un chulo? Imagínate, hay tantos. Sí, soy de La Habana. En Maternidad de Línea me trajo al mundo esa viejita que tú ves allá atrás, perdida sabe dios en qué lugar, porque desde la isquemia ni siquiera me reconoce. Te decía que estoy en primer año de psicología y esa vieja que tú ves ahí, que era profesora universitaria, graduada de filosofía y letras antes de la Revolución gracias a que mi abuela cosía zapatillas y mi abuelo era vendedor ambulante, pues esa vieja me enseñó desde chiquita el francés, el inglés y el italiano. A la perfección, ¿quieres que te lo demuestre? ¿Que cómo me las arreglo sola? Es difícil, porque más de una vez he tenido que agarrarme de los moños con alguna que ha querido echarme de su zona o quitarme a un yuma. Ahí es cuando saco a Jaime. ¿Jaime? Te voy a hacer la historia, breve para que no te aburras. Una noche estaba sentada frente al Hotel Nacional y llega un policía y me pide el carné de identidad y cuando lo busco, me doy cuenta de que se me había olvidado. Yo soy quisquillosa con eso del carné, pero esa vez se

me quedó y el tipo ahí, creo que era un capitán porque tenía cuatro estrellitas y mi padre es del ejército y creo que también tiene cuatro. ¿Mi padre? Es capitán de una Unidad de tanques y un tronco de hijoeputa que peor hay que mandarlo a fabricar. Pues el tipo se bajó de una patrulla que venía despacito, como buscando una presa, y se paró justo delante de donde yo estaba. El otro, el que manejaba, se quedó en el carro, mirando, con una cara que enseguida supe que iba a tener problemas. El que me pidió el carné estaba esperando, con una media sonrisa, quizás pensando que yo estaba haciendo como quien busca y puedo jurarte que en ese momento no pensé que había dejado el maldito carné encima de la coqueta, como vi después, cuando regresé a casa. Le dije que se me había quedado y entonces el tipo me dice que tenía que acompañarlo y ahí fue cuando me ericé: si me llevaban a la Unidad, me ficharían y hasta ese momento yo estaba limpia. Comencé a rogarle y él que no y yo a pedirle por su santa madrecita y él que no y el otro a reírse bajito, que yo lo veía, y las lágrimas a salirseme y el otro, un sargento, después lo supe, riéndose, y el capitán diciéndome que no había marcha atrás y yo a decirle que él también era cubano y seguro tenía que luchar, que por su madre me dejara ir... “¿Eres jinetera?”, me preguntó a bocajarro y sin pensarlo dije sí y lo escuché decirme (estaba como mareada): “entonces podemos llegar a un arreglo”, y me tomó de la mano. El sargento había salido del carro y abría la puerta para que yo entrara. Arrancaron y se iban riendo, como si nada hubiera pasado y aún yo no estuviera detrás, con los mocos del llanto afuera. Parquearon en una casita, cerca del Malecón, a un costado de la Oficina de Intereses de los Estados Unidos y otra vez el capitán, que ya supe lo era porque el otro se dirigió a él así varias veces, volvió a tomarme de la mano y me entró a la casa. “¡Desnúdate!”, me soltó cuando cerró la puerta. Era una sala grande, con macetas de plantas en las cuatro esquinas y jarrones de mucho lujo y un multimueble con televisor de color y grabadora y vídeo y una camarita que estaba de frente al mueble grande, un sofá cama. “Cuando volvamos te queremos como tu madre te trajo al mundo, putica; eso, si no quieres pasarte la noche en la Unidad y que te fichemos como jinetera”, dijo, y se perdieron por una puerta que conducía a lo que me pareció una cocina, al fondo de la casa. Si te digo que estaba asustada es poco, estaba cagada. Y mira que ya me había encontrado en situaciones extremas. Pero siempre había

sido con extranjeros y porque yo lo había buscado. De todos modos, me dije que aquel cabrón sólo quería cogerme el culo y, aunque no me gustara y seguro tampoco pagaría, uno más en la lista no tenía nada que ver. El capitán tendría un rabo igual que cualquier otro hombre, porque convencida estaba de que no me encontraría con un rabo mutante, lleno de espinas en vez de venas y con una púa en vez de un glande. Me desvestí y esperé. Unos minutos después volvieron los dos. Desnudos. El que manejaba el carro, el sargento, tenía el rabo más grande y gordo que había visto en toda mi vida de puta. Nunca más he encontrado uno como aquel. Debía llegarle a la rodilla. El del capitán era una lombricita de tierra que apenas pude ver mientras se dirigía hacia el multimueble. Encendió la cámara de vídeo, prendió el televisor y aparecimos los tres en pantalla, desnudos, expectantes, mirando hacia el aparato. No dijo más nada. Vino hacia mí y me tiró bocabajo en el sofá cama, hundiéndome la cabeza con fuerza en el hueco que hay junto al brazo del mueble y me metió su rabito que ya estaba algo crecido, pero seguía siendo la misma mierda. El otro se sentó en aquel mismo brazo, colocando sus pies con tremenda peste a sicote a cada lado de mi espalda y me empujó de nuevo la cabeza hacia abajo, esta vez con una fuerza que casi me ahoga. Logré meter la nariz en el espacio que hacían las costuras del damasco justo en la parte inferior del brazo del mueble y logré respirar un poco. El capitán se movía lentamente, metiendo y sacando su lombricita de mi vagina, mientras agarraba con una de sus manos el rabazo del muchacho y lo lamía con una fruición de mamalona vieja. Pude verlo así, pasando la lengua por aquella tremenda almendra morada, una vez que pude levantar algo la cabeza y ladearla para tomar un poco más de aire. Un rato después sentí que me halaba por una de las piernas y me hizo ponerme en cuatro patas encima del sofá. Volvió a meterme su lombriz, que no había modo que creciera, aunque estaba dura como un palito seco. Lo sentí soltar un bufido de dolor y luego varios, acompasados, de placer, mientras se movía a mis espaldas. Cuando viré la cabeza, vi que el sargento lo estaba montando y te puedo jurar que en ese momento tuve la seguridad de que aquel capitancito maricón era una loca vieja, solapada, con sus estrellas de policía, pero loca y de experiencia porque hasta yo me asusté cuando le vi la mandarria al otro y el culo del capitán se la estaba tragando como si fuera un churro de esos que venden ahora por ahí, que son

chiquiticos y flaquitos y que no llenan a nadie aunque se coma un camión. Menos mal que el capitancito era celoso con aquella mandarina y no quiso que el otro me la sonara a mí, porque estoy segura de que vería las estrellas. Ya tengo bien aprendido que soy de vagina corta y cuando me encuentro a un yuma con un miembro más o menos grande me las agencio para hacerlo eyacular antes de que me la cuele completa. Son mañas de vieja puta, ya ves. Y para no seguirte aburriendo, que te veo revolviéndote en la butaca como si quisieras irte, te diré que cosa de un minuto después sentí que el capitán se movía sobre mí desesperado y comenzaba a bufar como un buey y el otro también comenzó a bufar y se vinieron casi al mismo tiempo. El rabito del capitán se encogió y se salió solo de mi vagina y lo sentí separarse y tirarse al piso con el otro y cuando miro, lo veo otra vez lamiéndole la macana al muchacho, que tendría unos veinte años y cara de recluta. Pedí permiso para ir al baño y me miró con cara de quien grita “no interrumpas, puta”, y volvió a lo suyo. El muchacho tenía los ojos cerrados y parecía estar en el limbo: le gustaba que se la mamaran, el muy cherna. Aproveché y recogí mi ropa y me colé en el baño. Me lavé y salí y todavía ellos estaban hirviendo en su mariconada. Otra vez estaban clavando a la loca del capitán y la cámara seguía filmando y ellos apareciendo en el televisor. Me metí en un cuarto a esperar que terminaran, sin pensar en otra cosa, porque me había dado cuenta de que aquellos dos habían salido esa noche a buscar una puta para hacer un cuadro, quizás de la misma forma en que lo hacían todos los días, o casi todos, o quién sabe si era primera vez, pero lo que sí me quedó claro es que lo de ellos no era nada nuevo. Sobre una cómoda, en una foto, vi al capitán pasándole el brazo a otro muchacho joven, con una cara de mariconazo que no se la quitaba nadie. Fue entonces que vi a Jaime. Estaba allí, en la funda, aún colgando del cinto en el pantalón de uniforme. Creo que le puse Jaime porque fue el único novio que siempre me protegió y de pronto me di cuenta de que aquella pistola podía ser mi salvación. Me vestí a la carrera, sacando la cabeza a cada momento para ver qué pasaba en la sala, y la imagen del televisor me avisaba que la cloaca del capitán seguía destupién dose con el mástil del sargento. Cogí la pistola, una macaró soviética con todas sus balas. Sí, por esos días en la cátedra militar nos habían dado el arme y desarme de ese hierro. Con ella en la mano fui hasta la cocina: me parecía haber visto una puerta cuando miré

desde la sala. Allí estaba. Daba a un patio, pero cerrado con cerca pirlé por todos lados. Hasta por arriba. Sólo me quedaba una salida: la puerta principal. Y en ese momento me vino a la mente la idea que hasta hoy me ha salvado de caer fichada y me ha permitido andar a mis anchas por toda la ciudad: caminé lentamente hasta la sala, vi a los dos maricones todavía en lo suyo, casi que me tiré hacia el multimueble, apagué el televisor y entonces fue que se detuvieron para mirarme. “¿Qué haces, puta?”, soltó el capitán, y cerró la boca cuando vio que los apunté con la pistola. Saqué el cassette del equipo de vídeo y se lo enseñé: “si alguna vez se les ocurre hacerme algo, tendré esto bien guardado, maricón”, y sin dejar de apuntarles, caminé hasta la puerta y salí a la calle.

Papón era un niño gracioso y muy hablador. Alain sólo tuvo que mencionar el nombre de Marqués para que se abriera como si estuviera delante de su mejor amigo y comenzara a contarle algunas cosas que quizás para otro niño de su edad resultaran totalmente desconocidas. También lo ayudó mucho enseñarle una paleta de helado Magnum, de las que costaban un dólar. Enseguida la cogió y se la zampó en un abrir y cerrar de ojos. Después le dijo que allí no, que lo llevara a un lugar donde no lo viera nadie (nunca precisó a quién se refería) y Alain lo llevó en su carro hasta el parque Maceo, justo frente al Hospital Ameijeiras. Le compró una pizza que Papón devoró también con un hambre inacabable. Tenía doce años, a pesar de su tamaño y sus músculos ya bien desarrollados. Su padre, un alcohólico que apareció una mañana tirado en el piso de la cocina con la boca literalmente llena de hormigas, le enseñó desde los ocho años que debía poner fuertes sus músculos y durante algún tiempo lo estuvo llevando a un dojo de karate que estaba por la calle Neptuno, cerca de Belascoaín, y al que Papón había seguido asistiendo porque le gustaba: una tarde, su padre dijo que no podía llevarlo, y fue la última vez que habló con él de aquellas clases de defensa personal y de muchas cosas. Otra de esas noches desapareció y una vecina comenzó a ocuparse de alimentar y cuidar al niño que poco después supo que su padre estaba preso: había querido irse ilegalmente del país. Fue la primera vez que oyó hablar de lo bien que se vivía en Miami, porque Aquilina, la negra que lo cuida desde entonces, le hacía todas las noches los cuentos de la buena vida que se estaba dando su hijo en los Estados Unidos y que fue “el que mandó a buscar a tu padre, mi’jo”. El hijo de la vieja estaba gordísimo en las fotos y siempre aparecía cerca de un carro, en algún parque

de diversiones o junto con sus amigos, haciendo fiestas en alguna casa, pero la foto que más le gustó fue una en que aparecía abrazado con el viejo Santa Claus. Por detrás decía que el viejo traería los regalos que él mandaba para Cuba. Después comenzó lo de la pandilla. El mismo día en que rompió el cristal de un patrullero porque en la cuadra decían que él no tenía cojones para hacerlo, después de una tremenda carrera de fuga huyendo de uno de los dos policías que se desprendió a correr para cogerlo, Baby la jinetur lo vio entrar sofocado al solar y con la lengua afuera y le echó tremenda descarga. Siempre había sido muy buena con él, aún en los tiempos en que su madre vivía, y ella, Baby, se metía en el cuarto para ayudarla a planchar la ropa. Fue la que le dijo que su madre se había ido con el hijo de Aquilina para el Norte y que allá había cogido una enfermedad del bollo y se había muerto. Se lo dijo así, “enfermedad del bollo”, porque Baby es mal hablada hasta para dar los buenos días, y aunque era de su madre de quien hablaba, Papón no puede precisar qué fue lo que sintió: no lo recuerda. El tenía tres años cuando eso y la imagen de su madre a veces se le confunde y no sabe si es ella o si es otra mujer que también lo criaba por esa época, quizás algo después, y de la que recuerda mucho sus tetas y sus nalgas pero no su cara, porque la vio muchas veces templando con su padre mientras “el niño” se hacía el dormido. Baby le contó que esa mujer intentó darle candela a su padre porque él le pegaba los tarros con una blanquita culona que vivía cerca de la bodega, y ese día, para volver a lo que decía, ella lo metió a su cuarto y le limpió la cara y el cuerpo con una toalla empapada en agua. Después lo sentó frente a un ventilador grande que tiene en la sala y le trajo un poco de helado. El niño se lo comió y, casi terminando, le preguntó dónde lo había comprado. Baby lo miró con cara de quien mira a un comemierda, según cuenta él mismo, y respondió que eso era fruto de su papaya, que para eso sabía usarla y que saboreara bien aquel helado porque a ella le había costado un buen trago amargo: “me tuve que templar a un gordo que parecía un sapo por lo feo y una rana por lo blanco”, y haciendo un gesto de asco se metió en el baño. Dos días después, Papón estaba empinando chiringas en el malecón, frente al anfiteatro de La Habana Vieja, cuando ella se le acercó con un tipo blanco, muy blanco, como de leche, y largo como una vara de tumbar gatos y le preguntó si quería ganarse un dólar. Claro que aceptó. Tenía

que ir a un café cerca de allí y preguntarle a uno de los camareros si en las mesas había alguna muchacha llamada Lisandra. Si estaba, debía venir volando. Pero todo aquello tenía que ser en silencio: “no se puede enterar ni el flaco mongo este”, dijo, señalando cautelosamente a la vara de tumbar gatos, “ni lo puede saber la muchacha por la que vas a preguntar, ¿entiendes?”. Y claro que también entendía. Ya estaba acostumbrado a ese tipo de trabajitos jodedores: no recuerda cuántas veces había tenido que velar en una esquina de su cuadra por si venía la policía cuando alguno de sus vecinos estaban jugando al prohibido o vendiendo carne de res o desmantelando un carro o una moto robada o fumando yerba. Hizo todo como ella le pidió y tuvo en sus manos el primer dólar de su vida. Aún se estaba comiendo la barra de chocolate que compró con aquel dinero cuando escuchó la algarabía que llegaba desde la esquina del café y vio a Baby halando por los moños a la muchacha que él había localizado. “Te he dicho que esta es mi zona, yegua”, le decía, y la otra aguantaba sus galletas y halones de pelo sin tirar siquiera un golpe de riposta. La gente comenzó a rodearlas y poco a poco se fue formando un grupazo que estuvo contemplando la pelea hasta que alguien gritó “¡la policía!” y en un segundo la calle quedó despejada y no volvió a ver a Baby hasta por la tarde, cuando regresó al solar. La muchacha lo recibió con los brazos abiertos, le dio unos cuantos besos y le regaló un billete de cinco dólares.

Al rato estaba otra vez en la calle, pero esta vez fue a buscar a unos compañeros de aula que siempre iban a jugar pelota al parque grande que quedaba justo frente a la Embajada de España, a la salida del túnel de la bahía. Allí estaban todos, y como uno de ellos se jactaba de que vivía en una casa y no en un solar como Papón, los invitó a comer chocolate. Gastaron los cinco dólares en eso y en un refresco que, para demostrar su alcurnia, Papón se tomó solo, sin darle a nadie.

Por esos días Baby le dijo que si quería tener dinero siempre, lo único que tenía que hacer era lucharlo, y para luchar un niño era lo mejor, aseguraba: “te paras frente a un turista, lo miras con esa cara de hambre que siempre traes, y seguro te suelta un dólar o por lo menos un menudito”, y al día siguiente ya lo estaba haciendo. Le dio resultado.

Esa noche durmió con la barriga llena de helado, porque en total sacó cuatro dólares y unas monedas que dejó para desayunar.

Por la tarde reunió a sus amigos, les contó como podían hacer para ganar más dinero entre todos y se repartieron toda aquella zona.

Había reglas: no dejar que ningún otro niño actuara por allí, no robarle nada a los turistas para que los policías no se alborotaran y anduvieran jodiendo, entregar todo lo que recaudaran, excepto la comida, porque algunas veces los turistas, que eran tacañísimos, no les daban ni un quilo, pero les dejaban un poco de malta o de refresco, un pedazo de pollo o pizza o cualquier otra cosa. Papón era el más fuerte del grupo y unas cuantas veces tuvo que batirse con otras pandillas de niños que querían discutirle esa parte de La Habana, que era una mina de oro, como dice Baby.

También decidía si entraba alguien nuevo al grupo y eso lo decía después de poner a prueba al interesado durante una semana, haciendo trabajos de todo tipo: desde cogerle el culo a una vieja turista, hasta fajarse el primero con los de otra pandilla, si es que aparecían.

Ahora es el jefe y tiene quince muchachos trabajando para él en toda la zona turística de La Habana Vieja, conocida en el argot de las prostitutas como el “cuadrado de las delicias”, porque está delimitado por cuatro piezas de altísimo interés para los turistas: la Bodeguita del Medio, La Plaza de la Catedral, La Plaza de Armas y el Floridita; la primera y la última pieza, restaurantes famosos porque allí iba a comer un tal jemingüei, que escribía libros y le gustaba comer comida cubana y tomar mojitos. En esa pega, como dice Papón, además de la comida, que ya Aquilina casi no puede darle porque está jorobada y sorda como una tapia, resuelve bastante dinero. Le reparte un dólar a cada uno de su banda y el resto es suyo.

Esas son las normas: Baby dice que en este país hasta los niños tienen que tener los cojones grandes como Maceo y a él ya le tienen respeto en el barrio. Antes le decían Papi el negro, le comentó a Alain y sonrió: “ahora me dicen Papón”.

Amí la naturaleza me castigó, niño. Mírame, ¿tú crees que con estas pestañas y estos ojos yo debí ser macho? Una injusticia de Mamá Natura o de Dios, quién sabe. Lo que sí puedo asegurarte es que en toda La Habana no hay una mujer que se mueva como yo en la cama, y eso que me falta un huequito. Y aquí donde tú me ves, soy disputadísima: los hombres me llueven, porque esto es igual que la vida. Si para morir se lo único que hace falta es estar vivo, para ser maricón solamente hay que ser hombre. ¿No sabías que Freud afirmaba que todo hombre es potencialmente homosexual? Excelente teoría. Yo me lo he leído completo, o casi. Mi segundo compañero en la vida, una loca de carroza así como yo, que no me da pena decirlo, era fan a Freud y como estaba empatado con un alemán enfermo a los jovencitos, y más si eran mulatos y habían venido a la tierra bien armados, mandaba a comprar los libros. Directo de la mata. Y fíjate tú qué cosa, Freud, que escribió de todo y en vez de materia gris tenía semen en la cabeza, no llegó a dar con la verdad de mi caso. Porque te repito que si en este país se pudieran hacer cambios de sexo, ya yo me hubiera empatado una bella, profunda y lubricada vagina. Es que soy de los que prefieren ser poseídos. Para mí, el rabo es para mear y más nada. Prefiero estar como Cristo en la cruz: clavado. Y me encantan los clavos gordos. ¿Sabes? Tú eres bajito y tienes las manos grandes. A ver, cierra el puño. ¡Ajá! Dicen que los que tienen el puño grande tienen el corazón grande y no sé qué te diga de la mandarria. ¿Tú te las mandas, verdad? No, niño, no te sonrojes. Es una broma. Bendita sea tu mujer que recibe las embestidas de un macho tan viril como tú. Claro, claro, ya corto. ¿Manín? Por supuesto, niño. Es maricón, aunque lo disimule. Como dicen por ahí: a él también le gustaría ser una ambulancia

para que le metieran un tipo por detrás y salir gritando aaaaaaaahhhhhhhh como una sirena. Desde antes de entrar a la cárcel lo era, y dentro, en la jaula, le decían Marlene la Mamadora. Se puso de suerte y lo mandaron para una prisión en Camagüey y por eso aquí nadie sabe lo de su descoque fálico, ¿se dice así?. Yo nunca entendí que se juntara con la negrita esa, pero él se hace el hombrazo, o necesita esa fachada, y ella le ha creído tanto la teatrada que le aguanta cualquier cosa y lo protege. Que si tuvieran hijos uno se lo explica, pero no tienen. Ella sí y creo que es mongo o algo así. Y si el mongo es de él, como dice alguna gente, parece que no le gusta que lo sepan, de eso sí estoy seguro. Pero disculpa, niño, ya me iba por el chisme. ¿En qué andaba? ¡Ah! Te decía que él viene todos los viernes. El cuartico que está al fondo, ese que tiene la puerta de caoba negra, es only for turist, but only for expensive tourism: Una foto a dos muchachas tortilleando, ¡me encanta, ¿sabes?!, unos tipos con unas mandarrias descomunales clavando a un o a una modelo – claro, muchas veces yo soy la modelo --, una buena templeta con perros y lo mejor de lo mejor, aunque eso sucede una vez en un millón: un cuadro de tortilla con niños. Bueno, no tan niños, que los menores tienen nueve años y ya a esa edad, en este país, los niños saben bien qué cosa es un rabo y un bollo. Eso vende muy bien. Y Manín está siempre donde hay mejor venta. Mira, una de las tipas que más venden es una niña de unos doce o trece años; creo que se llama Alina o Lina o Tina, no recuerdo, pero siempre anda con él. Es igualita que yo: le encantan que la claven por atrás. Si ves los vídeos que les venden a los turistas con ella moviéndose así, bien clavadita, y con su carita de vieja gozadora. Y las cosas que les hace a los perros. Hay uno de los niños que tiene once años y ¡dios mío! ¡qué bien dotado! Te lo puedo asegurar porque yo miro todas esas cosas, figúrate que se hacen con mi cámara de vídeo, pero estas mierdas con niños me deprimen. Tu ves, ahí comparto una de las verdades que este paisito defiende: “los niños nacen para ser felices”, y yo pienso que aunque estén gozando la papeleta antes de tiempo, eso no debe hacerlos muy felices, aunque hay algunos que gozan como cualquier adulto. Sin embargo, para qué mentirte, niño, me fijé en ese muchacho porque cuando crezca va a ser un primor de macho: Yosiel, porque así se llama, tiene unos pechitos que serán pechazos, ya tienen la formita y todo, y eso que te digo: cualquier loca daría la vida por ser

crucificada por una mandarria de ese tamaño. ¿Qué más decirte?: que esto es normal, niño. En este país, y con la situación que tenemos, nada es como para asombrarse. Manín es uno más en el montón, niño. Un hijoeputa con marca estatal de calidad con círculo, como dicen por ahí, pero un luchador, y la defensa siempre está permitida. ¿Tú sabes por qué me dicen Toño La Gansa? Porque me hago el bobo y para todo el mundo, hasta para la policía, soy una loca de carroza que lo que tiene, lo consigue vendiendo el culo al mejor postor. Pero aunque sea maricón estoy bien claro de algo, niño: en este país, la mariconería no es negocio. O, por lo menos, todavía no lo es. Ojalá mis santos me oigan y vengán esos buenos aires a esta tierra. Mi ley es una: no me interesa lo que pase allá atrás; yo alquilo el cuarto, alquilo la cámara de vídeo y pongo el contacto para si quieren reproducirlo. Cobro y bye bye que ojos que te vieron no te quieren volver a ver, a no ser que regreses con dolaritos por delante. Que sigan pensando que vivo de dar el culo. Mi verdad es otra y si te la cuento es porque Marqués me dijo que tú eras una tumba... y cerrada, ¿oíste, niño?, que también este país está lleno de tumbas abiertas.

Tenía que buscar a Manín. Sabía que aquel cabroncito de la vida podía darle respuestas. Y muchas. Por lo menos quedaba claro que Alina y Yosiel estaban en el lío de los vídeos porno. ¿Disfrutarían de verdad lo que hacían? No había modo de imaginarlo. Cuando tenía esa edad, recuerda ahora, sus únicos juegos eróticos eran sueños donde besaba largamente a una compañerita de aula luego de salvarla de morir ahogada en el río del pueblo o de ser arrollada por un tren, pero de ahí a lo otro iba un buen trecho. Y eso que había visto a los mayorcitos cogiendo chivas y puerkas y hasta polluelas en los corrales de las afueras. El día que descubrió, y fue por pura casualidad, que sentía placer echándose el pellejo del rabo hacia atrás y adelante, estuvo remordiéndose por dentro hasta que uno de los más grandes de la pandilla de niños del barrio le dijo que era mentira lo que decía su abuela con relación a ese acto. Ellos también lo hacían y algunos lo llamaban paja, otros capiruleta, manuela; aunque la acción fuera la misma. Esa fue su única maldad de niño. Y Alina y Yosiel ya hacían entre ellos, y hasta con animales, lo que sólo concebía entre adultos. ¿Sería posible que la degradación moral de alguien llegara hasta el punto de aprovechar las enfermedades mentales de otros para lucrar? Porque los turistas que pagaban por ver aquello, o participar, tenían que ser enfermos. No había otra explicación. ¿Y los demás niños? ¿Estarían también en eso? Toño La Gansa no recuerda ninguno de sus nombres, pero bien pudiera equivocarse. Tampoco reconoció sus señas, pero como había comprobado en sus entrevistas, logradas gracias a la llave de oro que era el nombre de Marqués y el de Alex, existían otros sitios que se alquilaban para aquellas mierdas. Jaime, Yudeisis, Yosiel, Deidis, Yordanka, Alina, Olier: seis vivos y uno muerto. ¿Andaría sólo Manín detrás de todo? Algo le decía que no.

También se olía que Manín no era la figura principal. ¿Quién era el negro que iba a buscar a la putica de Alina? ¿Habría alguna conexión entre ellos? La única que encontraba hasta ese momento era la de dos nombres: Alina y Yosiel, y podía ser una casualidad – como decía Alex, en aquel mundo todos se conocen y obedecen a leyes fijadas por la necesidad de supervivencia. Además, era un asunto tan negro, transcurría en barrios donde vivían tantos negros, y había tanta negra intención debajo de aquello que no le cabía en la cabeza que pudiera ser asunto de un blanco. Los blancos eran más sensibles a la ternura con los niños. Los negros se templaban a una negra aquí, a otra allá, dejaban un reguero de negritos por todas partes y no se preocupaban por ninguno. Los blancos eran distintos. Hasta los peores siempre tenían en cuenta de algún modo ese enredo de la familia y los hijos. Era un concepto que los negros no tenían o no entendían o razones históricas venidas de Africa no les permitía asumir. Y el modus operandi para atraer a los niños, según el resultado de sus entrevistas, era demasiado sencillo: a los blancos les gusta complicar las cosas, intelectualizarlas. Aquel modo de ir comprando a los niños con golosinas y juguetes y juegos en casonas elegantes donde podían beber y comer cosas que ni imaginaban, era de una simpleza aplastante: cosa de negros. Alain había escuchado mucho la variante del juego: le prometían a los niños que podían jugar sin pagar en ataris y mientras jugaban les daban chocolates y refrescos y caramelos de la shopping. Los niños son golosos y les encanta jugar y caían en la trampa. Dos o tres días después les decían que si querían jugar tenían que tirarse unas fotos. Así empezaban. Y poco a poco la cadena se iba cerrando en torno a ellos hasta que quedaban comprometidos en aquella jugada, sin remedio. Ahora, y esta era una pregunta que Alain se había hecho muchas veces, ¿por qué atraerse la atención de la policía con el robo de los niños si podían usarlos en eso cada fin de semana sin problemas?

La Unidad estaba vacía. Era la hora del almuerzo. Alain pasó por la oficina del Coronel Lastra y no había nadie. Ni la mujer. Siguió para el Archivo: Tomate almorzaba siempre entre los primeros y subía enseguida a prepararse un buen café en una cocinita eléctrica de una hornilla que había traído de su casa. Alain había comprado la cafetera, pero muy pocas veces podía tumbarle el café al negro y ese día estaba desesperado por darse un buche y

después, como era usual en los viciosos como él, fumarse un cigarro. Y pensar. Bajo el abrazo cálido del humo. Pensar.

Ya está bien, no te preocupes. Dice el médico que el golpe, aunque raro, le fracturó la clavícula. Sí, pero ahí está, como un gorrioncito dormido y con ese yeso en todo el pecho. Es la anestesia. El golpe fue en la espalda, cerca del hombro derecho. Se lo dio contra un cuadrado de bloques que hay en el patio de la escuela y que protege el motor que saca el agua de la cisterna. El mismo golpe lo desmayó y tú ves, mira que nosotros hablamos mierda de los negros y el que lo salva a él es un negrito que me cuentan allí es su mejor amigo. Andan juntos para todos lados, se sientan juntos, hacen la tarea juntos y también hoy estaban juntos cuando ese hijo de puta golpeó a Camilito. Dice la maestra que ella lleva dos días con unos dolores de estómago que la doblan y la obligan a ir al baño a cada ratito. Los niños estaban jugando en el patio de la escuela, en ese lado que da justo frente al parque, cuando a ella le entran los retortijones y se lanza a correr hacia el baño. Antes de entrar, le dice a una auxiliar de limpieza que se quede un momento con los niños, pero la muchacha, una blanquita que dicen es medio entretenida, se demoró tanto que vino a salir cuando ya el negrito estaba dando gritos. El lío es que cada niño tenía un juguete porque el día anterior, creo que te lo dije, la Embajada de China había hecho una donación grande. Imagínate tú cómo estarían. Camilito había cogido un velocípedo y dice la maestra que el negrito y él habían pedido sólo eso. Se pusieron a jugar así: Camilito montaba y le daba a los pedales y el negrito empujaba y después se turnaban. Yo siempre voy a la escuela y pregunto por sus notas y cómo se porta, pero nunca, y es la verdad, nunca se me había ocurrido preguntar por sus amiguitos. Resulta que ahora me entero que él y el negrito son uña y carne, que ni siquiera se fajan, como pasa con los niños a esa edad, y que cuando hacen las cosas, se complementan.

Después de todo, eso nos enseña que de algún modo hemos metido la pata. Fíjate tú, Camilito nunca nos había hablado de su amigo negro. Llega siempre hablando de la maestra, de la auxiliar que los cuida por la tarde: tiene adoración con ellas. Y casualmente, son negras las dos. ¿Qué donde hemos metido la pata? Muy fácil: en juego, en broma y hasta en serio siempre le hemos dicho a Camilito que se aparte de los negros. El mismo hecho de que no nos haya dicho nada y de que, sin embargo, lleve esa relación con el negrito, es la prueba de nuestro fallo. Uno: estamos obligándolo a mentirnos, y Dos, a que lleve una doble cara con nosotros. Muchas veces te he dicho que esa jodedera tuya con los negros todo el día y a cada momento no es buena ni para nosotros ni para el niño. ¿No te hice el cuento de lo que me dijo la otra vez Carmela, la mujer de Amado, el tramitador de Relaciones Internacionales de mi trabajo? El día que ellos vinieron a traerme después de la reunión grande aquella con el Ministro, se sentaron ahí donde estás ahora y a los diez minutos, sin mediar otro asunto, empezaste a rajar de los negros. Tienes que ponerte a pensar que a no todo el mundo le cae bien esa trova. ¡No contestes! Ya me descargaste bastante por lo de Alain sin preguntar siquiera cómo fue la cosa. Ahora déjame hablar. El asunto, mi amor, es que Amado, aunque parezca blanco, tiene una madre negra como un tizón. ¿No te has fijado que casi tiene pasa y por eso se pela bajito? Claro está que todo lo que dijiste, eso de los negros metidos en una isla para matarlos con una bomba de neutrones, le tenía que caer como una patada donde tú imaginas. Y lo otro, la causa de toda esa peleadera que has formado desde que entraste, no es culpa mía. Dejé a Camilito con su ma-es-tra, que es una negra, es verdad, pero más fina que muchos blancos y hasta ahora es una mujer muy responsable y respetada en la escuela. Hasta dicen que es la mejor maestra de todo el municipio. ¿Con quién lo iba a dejar? Si te has fijado alguna vez, aunque estoy segura de que no lo has hecho, en esa escuela casi todas las maestras y auxiliares son negras, los encargados del mantenimiento son negros retintos, hasta la directora es una negra gorda, por demás, Vanguardia Nacional. Y con toda esa negrada, como tú dirías, es una de las mejores escuelas del país, que no por gusto tiene la condición de Centro Modelo. ¿Quieres que te diga más? El tipo que le dio el piñazo a tu hijo para quitarle el velocípedo, el hijoeputa ese, era blanco y parecía un tipo decente. ¿Entiendes? BLAN-CO. Lo que te

demuestra que a veces uno tiene que dejar a un lado esos prejuicios. Si los traes desde la cuna, si te los enseñó tu abuelo cuando no levantabas dos cuartas del piso, olvídalo, bórralo de tu cabeza, que en este mundo hay tanta mierda blanca como mierda negra. A ver, ¿qué hubiera sido de tu hijo si no está el negrito con él? Te voy a hacer la historia para ver si te convences. ¡No me cortes! ¡Oye lo que te voy a decir que ya tú hablaste bastante! Cuando la maestra se fue al baño los niños se quedaron solos. El tipo, que estaba sentado desde hacía rato en un banco del parque mirando para la escuela porque la maestra lo había visto antes, fue hasta la cerca, que tú sabes que es baja, la brincó y caminó hasta Camilito y Tony, que así le dicen al negrito. Los demás niños estaban con sus juguetes nuevos y ni cuenta se dieron de nada hasta que poco después empezaron los gritos. Camilito montaba y Tony empujaba cuando el hombre, que era blanco, te lo repito, blanco, llegó hasta ellos, cogió a tu hijo por el bracito y lo bajó del velocípedo. No sé cómo, pero dice Tony que Camilito y él le fueron para arriba al hombre, para agarrar el juguete y que el hombre entonces le dio ese golpe que le viste en la cara. Dice que Camilito, guapo como tú, volvió otra vez hacia el tipo y se le agarró a la mano con que sujetaba el velocípedo y lo mordió y que el hijoeputa ese se lo quitó de un empujón, dijo una palabrota y con los puños cerrados, le voló encima. Le había dado uno o dos golpes, “como un loco”, según dijo un médico que lo vio todo a partir de ahí desde el parque, llamó a un policía que andaba cerca y corrió para auxiliar a los niños, cuando el negrito se le prendió en la otra y también empezó a morderlo y a gritar. Camilito también gritaba, pero el tipo lo alcanzó con el piñazo que lo tiró contra el cuadrado de bloques que estaba cerca. Ya en ese momento todos los niños gritaban y la maestra y varias auxiliares salían de la escuela y entonces el muy maricón cogió el velocípedo y volvió a brincar la cerca, pero al ver que el médico venía con un policía, dejó el juguete y echó a correr, perdiéndose en uno de los solares yermos llenos de escombros que hay en esa cuadra. Así fue todo. Enseguida, y gracias a Dios, el médico, que luego supe sólo era un estudiante de Medicina, pidió unos trapos y envolvió a Camilito, inmovilizándolo para que no fuera a complicarse la fractura y la maestra, una negra como ya te dije, se lo llevó para el hospital y estuvo allí hasta que yo llegué. Cuando tú llegaste, estaba todavía, ¿te acuerdas?. Se quedó hasta que Camilito salió del Salón de operaciones, aunque podía haberse

ido desde que me vio entrar por la puerta del hospital. ¿Qué te parece? Como ves, si no fuera por ese negrito, quién sabe qué otras cosas tuviera ahora tu hijo. Y a la negra de su maestra y las auxiliares, por lo menos yo le agradeceré eternamente que hayan sido tan rápidas y tan buenas con mi hijo. Después lo escriben en una novela y dicen que es un cuento para que un racista como tú se enderece, pero esta es una lección que la vida te da: si Camilito está así ahora es por culpa de un blanco, ¿escuchas?, de un blanco.

En sus manos tenía varias piezas para jugar: Manín, a quien ya sabía ligado a Yosiel y a la tremenda de Alina o Lina la Tigresa, pero aún sin relación evidente con los otros niños; el “negro decente y educado” que parecía haber metido a Lina la Tigresa en aquel negocio y del que, no obstante, no tenía ninguna evidencia que lo relacionara con Manín; y Yolanda, la profesora de piano, único eslabón que lo llevaba a los niños pianistas. ¿Había algo de raro en que ella fuera la última que pudo haberlos visto? Nada. Lo reconocía, pero siempre que pensaba en el asunto, le volvía el regusto de que ella no podía bajo ningún concepto ser una mujer sincera, aunque en sus palabras de aquella entrevista Alain no hubiera encontrado ni una falla. Sus agentes no le habían dado ni un dato que le sirviera para armar al menos el esqueleto del asunto. Por eso siempre que se encontraba o tenía que reunirse con el Coronel Lastra, acudía a esos tres eslabones. La respuesta del gordo de su jefe siempre era la misma: “parece que lo tuyo es delitos económicos, con la plebe estás perdido”, calzada además por algo que lo molestaba hasta encojonarlo: “y para mí, teniente Alain, el policía tiene que ser bueno donde lo pongan; si no, definitivamente, no es bueno”. Pese a eso, algo le indicaba que estaba cerca de la bola; no arriba, como decía la canción del Médico de la Salsa, pero cerca. Era un hecho la cadena Manín-Lina-Yosiel-Orestes (que así se llamaba el negro que iba a casa de Alina, según había averiguado Mandarria, uno de sus mejores agentes en aquella zona, cuando él le dio las señas y la casa de la muchacha y su abuela Laudelina). Alain pensaba que lo mejor era dejar tranquilo a Manín, para que el círculo se fuera cerrando en torno al tipo hasta ver qué daba. Quedó convencido de que era una de las partes, pero sólo por intuición, aunque la presencia de los dos niños, de

la casa adonde lo había llevado la hija de Alex Varga y de aquellos vídeos porno, eran mucho más que una evidencia. Pero estaba incompleta y él quería tener todos los detalles. También su olfato de perro policía, aunque no estuviera atrofiado como le había dicho ya varias veces el gordo Lastra, le decía que en aquel casito había otras mierditas.

Su otro eslabón, Orestes, estaba sencillamente desaparecido. Según Mandarria, aquel cabroncito había nacido en la misma calle Industria y se había criado en un solar del barrio de Colón. Un delincuente de marca mayor que se escondía detrás de unas maneras muy refinadas. Había pagado no sé cuántos pesos por una plaza en una empresa extranjera relacionada con el turismo y desde entonces nadie sabía a ciencia cierta en qué andaba. Le decían “el sombra”, porque aparecía y se esfumaba cuando menos uno se esperaba. Ahora no lo podían localizar ni en los centros espirituales.

También, y tentado por hacerle un poco más de caso a su intuición, había dado los datos de Yolanda a dos de sus agentes en el Vedado que operaban cerca de la Escuela de Música donde ella impartía sus clases de piano, y como se le iba del alcance de sus tentáculos, había pedido permiso para ir hasta Guanabacoa: quería poner algún agente también en la zona donde vivía la Yolandita, como dice la gente, por si acaso. A estas alturas, cuando ya venía trabajando en aquello varios días, soportando las burlas de sus colegas que no dejaban de fastidiar con eso de la Nana y aguantando las descargas del Coronel Lastra cada vez que llegaba a la Unidad, no se podía permitir el lujo de olvidar algún detalle. Por eso, además de mantener chequeado a Manín y de continuar buscando a Orestes, se propuso seguir los pasos a la Yolanda, para no desoír ni siquiera la voz de su instinto.

Otro de los eslabones que intentaba ensartar en la cadena era Marina, la madre del niño muerto. Según Toña la Gansa y aquella gorda que la acompañó durante su entrevista, ella daba la vida por Manín. ¿Sabría que el chulo era, además, maricón? No era muy posible, pero todo en este mundo puede ser. También ellas ocultaban algo y él lo había notado. Podía tratarse de alguna relación entre el chulo y Marina, incluso después de la muerte del niño Olier, y por eso Alain también pidió ponerle un agente a la muchacha. ¿Estaría ella de acuerdo con Manín para que el niño trabajara con el padre? Tampoco era probable, porque por muy

loca que estuviera una mujer por un hombre no permitiría que le matara al hijo. ¿Y si no lo mató Manín? ¿Y si realmente Marina no sabía que el chulo usaba a su hijo en esos menesteres? ¿Qué pruebas tenía él, Alain, para decir que aquel desgraciado también contaba a su hijo en la lista de ofertas sexuales para su negocio? Muchas preguntas y muy pocas respuestas. Había pensado en acudir nuevamente al viejo Alex Varga para que lo ayudara con aquellas interrogantes, pero no se decidía al recordar las tramas ocultas con las que había tenido que enfrentarse para encontrar la verdad entre todo el amasijo de cosas que le dijeran el viejo y su hija Patty. No tenía tiempo para perder. Como se lo sugirió el propio Alex Varga, acudiría al viejo cuando ya las preguntas fueran directas, casi respuestas y sólo faltara confirmación. Sabía que estaba cerca de ese momento, aunque la nebulosa lo ahogara: después de la espesa niebla siempre viene la claridad, se esperaba.

Hasta ese momento, a pesar de que el Coronel Lastra y algunos de los oficiales insistían en detener al chulo para sacarle todo y resolver de una vez el caso, él se había opuesto, y por suerte, alguno de los oficiales más viejos y de mayor experiencia estaban de su lado en la negativa: si cogían a Manín podían perderse otras piezas de aquel asunto. Cuando Lastra preguntó en qué se basaban, la respuesta fue casi unánime: la intuición. De Manín ya sabían muchas cosas: el tipo, desde que salió de la cárcel, se creó una leyenda de “hombre duro” que pudo consolidar sin problemas ni nadie que le echara en cara su pasado de “mujer fatal” porque pasó la prisión en Camagüey. Comenzó con la compra y venta de piezas de motos y carros y acumuló un capitalito para sus negocios sucios. Llevaba también relación con muchas jineteras, pero no habían sido descubiertas aún por los agentes. Por esas casualidades de la vida, el jefe de zona del reparto donde estaba ubicada la casa de Marina, el teniente Remírez, había sido compañero de equipo de Alain cuando todavía tenían tiempo para jugar ajedrez, poco antes de graduarse, y enseguida le propuso a una de sus mejores colaboradoras: Tita la Muda, una china descomunal que había sido su novia en la adolescencia y que él mismo había reclutado como agente hacía unos dos años. Tita la Muda era bodeguera en la tienda donde compraba Marina. Podía establecer relación con Marina sin levantar ninguna sospecha porque ya mantenían una especie de negocio amistoso: Marina hacía panetelas

forradas de merengue para vender a cuarenta pesos en la bolsa negra y era Tita quien le vendía las libras de azúcar blanca a tres pesos, desviando, como era normal, el producto que venía por la libreta de racionamiento hacia ese mismo mercado, para que pudiera hacerlo. Le decían “la Muda” porque hablaba más que una cabrona cotorra.

Camilito abre los ojos y sonríe cuando ve a su padre junto a la cama, acariciándole la cabeza. Todavía tiene el morado en el pómulo izquierdo y Alain siente un hinc n en medio del pecho que se le parece a la impotencia:  por qué no era un adivino para saber dónde estaba el maricón que le puso así a su hijito?

--  Te duele? -- pregunta.

El niño asiente y Alain entonces le pasa la mano por la carita, sin dejar de mirarlo.

-- Ya se te pasar , guapito -- le dice --. Eso te pasa por fajarte con uno más grande que t .

Otra vez el niño sonríe y hace un gesto como de buscapleitos; el mismo gesto que hace Alain con la boca cuando se pone a jugar a los puños con su hijo.

-- Tú me enseñaste.

Esta vez es Alain quien responde moviendo la cabeza, negando:

-- Te dije que cuando uno más grande que tú te diera, no te quedaras dado -- dice entonces --. Pero eso no va con los hombres,  o es que tú quieres dejarme sin hijos?

El niño cierra los ojos y Alain se sienta en el borde de la cama y sigue acarici ndolo, ahora lentamente, casi dibujando cada detalle en el rostro de su hijo. Cuando llega al pómulo amoratado el roce es más suave, más lento.

--  Y tu Mamá? -- el niño vuelve a mirarlo.

-- Salió.

--  Y te dej  solo aquí?  Se fue muy lejos?

-- Me dijo que era rápido.

-- ¿Pero te dejó solo? -- repite Alain y su rostro se endurece.

-- La seño me cuida -- responde entonces Camilito y señala a la enfermera, una mulatica de rasgos finos y cuerpo muy delgado que está sentada en la parte afuera del cuarto y que hace un gesto para que Alain sepa que ella está cuidando y después de acomodar unos papeles en una gaveta se acerca y se para en la puerta.

-- ¿Usted es el padre? - dice y Alain asiente.

-- Su esposa me dijo que iba a llamarlo al trabajo. Ese diablito se va de alta hoy por la tarde.

-- ¿Tan pronto? -- Alain siente que lo llena una alegría cosquilleante, revoltosa.

-- Es un tronco -- responde la muchacha -- Desde que abrió los ojos está enamorándose. Me voy a buscar un lío con mi esposo porque es un novio muy lindo.

Alain mira a Camilito y sonríe. "Sí", piensa, "si sale a mí va a ser un enamorado del carajo". El niño, con la picardía pintada en el rostro, cierra los ojos.

-- Cuando se vaya, me avisa -- dice la enfermera y vuelve a su puesto.

Hace frío en la sala. Desde que entró, Alain había sentido un poco fuerte el aire acondicionado. Alguien le dijo alguna vez que aquello era malo, un poco molesto, para los operados de los huesos, pero si allí mantenían esa temperatura era por algo. A Camilito, acostumbrado a dormir siempre con el frío de la consola que había comprado pocos días después de su nacimiento, parecía no importarle.

-- A ver, Matasiete -- dice entonces Alain, acomodándose en el borde de la cama y tapando un poco más a su hijo -- ¿Cómo era el señor que te puso así?

Camilito queda pensativo, mira hacia el cielo nublado más allá de la ventana y después, a su padre.

-- Blanco -- dice en voz baja --... y grande.

-- ¿Muy grande? ¿Así como yo?

-- Más -- habla y vuelve a quedar pensativo, esta vez con los ojos clavados en la mano de su padre --... olía a grasa.

-- ¿A grasa?

-- Como tú cuando arreglas el carro.

-- ¿Y tenía un traje azul, como el que se pone el viejito Osmel cuando va a pintar algún carro?

-- Sí -- contesta Camilito casi sin pensar; después hace una pausa y se muerde el labio inferior --... pero con churre prieto.

“Un mecánico”, piensa Alain. Seguro el muy cabrón era uno de esos tantos que se dedicaban a desarmar y armar bicicletas con piezas robadas, otro de los males que había traído la crisis y la idea de que la gente se moviera en aquel invento, al modo de los chinos. Si realmente tuviera deseos de meterse en aquel caso de “justicia por su mano”, como dirían por ahí, aquel no era un mal comienzo.

-- ¿Reconocerías al hombre si lo ves de nuevo?

Camilito lo mira fijo a los ojos unos segundos, después baja la mirada a sus manos. Intenta rascarse debajo del yeso, justo donde le nace el ombligo y en el mismo comienzo de aquella coraza blanca, pero Alain lo detiene y le pasa la mano por el lugar, metiendo los dedos suavemente entre la gasa y la piel.

-- ¿Recordarías su cara? -- insiste.

-- Sí – dice el niño.

La enfermera llega otra vez y se agacha hacia el niño con una pastilla y un vaso de agua. “Si quieres un beso, abre la boca”, dice, y Alain ve que Camilito, que siempre se resiste para tomar cualquier medicamento, abre la boca sin chistar. Después pone la cara descaradamente para que la mulatica le dé el beso que le prometió.

“No vale la pena”, piensa. En aquella ciudad había cientos de personas viviendo del arreglo de bicicletas, quizás uno de los negocios más lucrativos en los últimos años. Era un negocio redondo: había tal cantidad de bicicletas en Cuba y las calles estaban tan malas que los mecánicos de ciclos que existían no daban abasto. “No vale la pena”, se repitió. Ahora importaba que su hijo saliera bien de todo aquello y él tenía la seguridad de que sería así: podría hablarse cualquier mierda del país, cosas que quizás fueran medianamente ciertas, pero allí, delante de sus ojos estaba la verdad: seis niños en una sala de un hospital infantil, todos operados de los huesos y sólo la operación de uno de ellos, que había sufrido un accidente de tránsito y le habían reconstruido caderas y piernas, costaba veintisiete mil dólares.

Claro, sus padres, dos guajiros del centro del país, nunca tendrían que pagar nada. En eso piensa cuando la llamada de Camilito lo saca de sus meditaciones.

-- Hazme un favor, Papito -- le dice.

-- A ver, ¿qué quiere el héroe de la familia Bec?

Una sonrisa y de nuevo el silencio. Camilito duda. Alain descubre en su mirada ese signo ya conocido de los momentos en que su hijo quiere decir algo que sabe puede molestar a los mayores. La confianza que siempre le ha dado, al final se impone.

-- Tony vino -- dice.

-- ¿Tu amigo el negrito?

Asiente con la cabeza y clava los ojos en el blanco del yeso sobre su pecho.

-- Mamá me lo prometió -- susurra.

-- ¿Qué cosa, diablito?

Imagina por donde vendrá su hijo. Ya Camila le había hablado algo del asunto y en cierta forma estuvo de acuerdo. Sólo quería ver hasta dónde ya se atrevía Camilito. El niño se queda mucho tiempo callado, como pensativo, aunque Alain sabe que sólo la duda pasa por su cabecita. Después habla.

-- ¿Puedo jugar con Tony?

-- ¿Cuándo?

-- Siempre.

Ese era el asunto. Camila le había contado todo sobre el niño. Vivía con su tía a sólo una cuadra y por las mañanas Caridad, la vecina que le hacía el favor de llevarlo y traerlo de la escuela, iba acompañada con aquella negra gorda y ocurrente que cuidaba al negrito desde que su madre se había ido en una balsa detrás de su marido para el Norte. Nunca más supo de ellos. Ni siquiera tiene la seguridad de que llegaran. El tío de Tony había muerto en Angola en una emboscada de la UNITA a una caravana de las tropas cubanas. Según Camila, Camilito quería que el negrito pasara los fines de semana en la casa, jugando con él. Alain se sorprendió por su respuesta afirmativa, una respuesta que ni siquiera pensó y que le salió como lo más natural del mundo: “no veo problema en que venga”, le dijo a Camila.

-- Pero ustedes van juntos a la escuela. ¿No juegan mucho allí? -- dice para fastidiar a su hijo.

-- No hay atari – contrataca Camilito secamente.

-- Entonces tiene que ser los fines de semana – aclara Alain sin perder una sola reacción en el rostro de su hijo. Luego agrega – pueden jugar una hora cada día.

El brillo en los ojos del niño se pierde en una desilusión que se le sale hasta en la forma en que recuesta la cabeza en la almohada. Queda callado. Alain lo mira, se pone de pie y va hasta la ventana. El cielo está encapotado de tanta nube y la tarde parece estar presta a recibir a la lluvia.

-- Pensándolo bien – dice sin volverse para que el niño no lo vea sonreírse --, Tony podría venir el sábado por la mañana y dormir con nosotros ese día. El domingo por la tarde, la tía puede venir a buscarlo, ¿no crees?

Y cuando se vuelve, los ojos de Camilito parecen botar chispas de alegría. Se sonríe y Alain siente unos deseos inmensos de abrazarlo, apretarlo fuerte y no dejar que nada en el mundo le suceda, pero sabe que no puede. Por eso va hasta él, le da un beso en la frente y le revuelve el pelo, antes de dirigirse a la puerta.

-- Dile a tu madre que vengo a buscarlos por la tarde – dice --. Tengo que trabajar.

Allí estaban los informes, como si los agentes se hubieran puesto de acuerdo en la fecha de entrega. Alain los hojeó. El más voluminoso pertenecía a Yolanda: no por gusto el Bizco era uno de sus mejores colaboradores. El de Orestes era apenas una hojita de esas que Camila llamaba A4 y el de Tita la Muda sobre Marina, la madre de Olier, era realmente fenomenal, aunque también un poco corto. Pero allí estaba todo. O casi todo. Quiso empezar por el informe sobre Orestes y leyó:

... sigue perdido. La hermana confirmó que lo habían botado de la Corporación Cubanacán, donde trabajaba como especialista de Relaciones Públicas. Un control económico sorpresivo lo cogió con un buen grupo de vouchers usados y alterados. Según sus palabras, su hermano es un "anormal comemierda" porque "nada más a él se le ocurre falsificar la firma de un turista de esos que son muy importantes y le dicen VIP, para usar los voucher en comelatas con putas. Total, yo se lo dije, ellas se lo tiemplan, le comen el dinero y el que se ve enredado con la policía es él". De eso hacía como dos años. Cumplió un año de cárcel y, desde que salió, anda en algo relacionado con el Turismo, pero nadie, ni ella, ni su otro hermano, pueden asegurar qué cosa. Piensan que tiene que ser algo grande porque siempre viene cargado de cosas (comida, ropa, perfumes y eso) para la madre. No conocen ni siquiera a sus amigos, pero en los últimos tiempos lo vieron acompañado de un blanquito que se hacía el duro aunque algo les hace creer que el tipo es cherna. Las últimas dos veces que lo vieron había venido a buscar a una jineterita del barrio que se llama Alina y dicen es la candela. En una ocasión trató de convencer a su hermana para que se tirara a un yuma, pero a ella

el precio no le cuadró: “me pareció que había más gente comiendo en el asunto. Así cualquiera trabaja, yo paso el trago amargo de echarme a un sapo blanco de esos y ellos cobran lo mismo que yo. ¡No jodas!”. La última vez que lo vieron con Alina, llevaba en el carro a dos niños medio mongos o con cara de serlo...

El agente había reconocido a Jaime y Yosiel en las fotos que Alain le entregó a cada uno antes de empezar el último rastreo. Eso metía a otro eslabón: Jaime. Hasta ese momento la cadena la hacían Manín-Lina-Yosiel-Orestes y ahora éste, “el sombra”, aparecía con Jaime en el carro. El rollo se iba desenredando. En el informe de Tita la Muda había una información que lo había puesto a brincar de gozo: Orestes estuvo en casa de Marina para darle un dinero de parte de Manín, según le dijo ella misma. Le comentó que él acostumbraba a mandar siempre aquel tipo para que no lo vieran por el barrio. A Orestes nadie lo conocía por allí. Pudo confirmar eso con una llamada a la doctora Orietta, al acecho desde la visita de Alain: salvo aquella aparición de Orestes, nada anormal había sucedido en el barrio relacionado con el caso. Alain se recostó, olió el aroma del café que le trajo Tomate unos minutos antes y bebió un sorbo. Después continuó leyendo:

... más tarde, una hora aproximadamente, salió y fue a Luyanó a recoger a una niña a casa del ciudadano Argelio Maciques, de 42 años, blanco, residente en Infanzón 422 apto 8, entre Rosa Enríquez y Manuel Pruna, quien ha estado detenido en varias ocasiones por escándalo público. Dicen algunos vecinos que alquila su casa a extranjeros y a jineteras que van allí con turistas, a razón de 25 dólares la noche. Uno de los informantes de la zona asegura haber visto algunos niños (dos o tres) en el patio de la casona, que tiene un muro tan alto que impide ver hacia adentro, pero la parte trasera de su casa colinda con ese patio y desde su ventanita puede mirar sin problemas. Asegura que parecen drogados o son anormales. En las fotos que se le enseñaron reconoció a Jaime, Deidis y Lina (a esta última siempre la ha visto cuidando a los demás). La niña que salió con Marina de casa de Argelio es, sin dudas, Yudeisis. Evidentemente, había sido golpeada y lloraba. Marina iba muy

asustada, como si la obligaran a hacer aquello. De allí tomó una máquina de alquiler y llevó a la niña a la vivienda situada en Alambique 103, entre Vives y Puerta Cerrada, Habana Vieja, propiedad de Miguel Angel López Valdemar, alias "Gallo Fino", de 35 años, blanco, alto, de pelo negro y con una cicatriz en el cuello y que ha cumplido prisión en tres ocasiones (dos años, 9 meses y 3 años, respectivamente) por tenencia ilegal de divisas, compra y venta ilícita de obras de arte y receptación y venta de carne de res. Es un barrio donde todo se hace al descaro y se pudo saber sin problemas que el hombre se dedica también al alquiler de apartamentos para turistas. En una ocasión un informante lo denunció por proyectar películas pornográficas en vídeo, pero el agente encubierto que se le coló el día planificado para la detención, no pudo encontrar la evidencia que permitiera operar el caso: seguramente la información de la detención de filtró y llegó a sus oídos. La versión más exacta puede ser que el propio informante nuestro, un miedoso con imagen de guapo y que confiesa temer a Miguel Angel, le pueda haber avisado...

Seguía cerrándose la cadena: Manín-Lina-Yosiel-Orestes-Jaime-Marina-Deidis-Yudeisis. Quedaba sólo Yordanka. Y tal cual lo pensara Alain, había otros sitios para guardar y mover a los niños además de la casa de Manín en Lamparilla: Luyano y Alambique. También entraban dos nuevos nombres a la lista de posibles dedicados al negocio de sexo con niños: Argelio y Miguel Angel y, vaya casualidad funesta: los dos eran blancos. De la lectura de los informes anteriores sacaba una clara conclusión: Orestes era algo así como el enlace, el productor o quién sabe qué nombre tendría en la Gran Empresa Sexual de Manín. Marina era, quedaba claro, un instrumento del chulo. El miedo, coincidía el agente, parecía salirse por encima de la ropa. Pero lo más interesante de todo lo encontró Alain en los papeles que hablaban del chequeo que montaron los dos agentes que puso a Yolanda:

... varias veces se le vio entrar en las embajadas donde normalmente ofrecía conciertos con los niños pianistas. En todos los casos, llevaba un bolso rojo grande, una especie de mochila que se veía muy cargada, y que había recogido en una casa ubicada en la calle Nueva del Pilar, en Centro Habana, fichada recientemente como lugar de venta de tabacos y bebidas

falsificadas. Una de las operaciones de seguimiento ofreció como resultado una entrevista realizada en el parque de 19 y H, en el Vedado, entre ella y un individuo de tez blanca, muy alto, con pelo negro y brillante, como si usara brillantina líquida, y con una clara cicatriz en el lado derecho del cuello si uno se para frente a él. Intercambiaron paquetes y al parecer se produjo algún pago o venta porque el hombre contó una buena cantidad de dinero. La entrevista se produjo en la glorieta de ese parque. Después, regresó en la guagua a su casa en Guanabacoa. Varias veces se le vio en compañía de dos niños que, según las fotos, son Jaime y Yordanka, a los cuales iba a buscar a una vivienda ubicada en Infanzón 422, en el reparto Luyanó. En dos ocasiones pernoctó en una casa de Lamparilla, donde al parecer vive su compañero o amante, no se pudo precisar. El individuo en cuestión se apoda Manín y sale muy poco de su casa. En otro de los seguimientos a Yolanda fue recogida por el tal Manín y otro hombre, de piel negra, joven, bien parecido y de maneras muy refinadas. Estuvieron en la Discoteca del Hotel Meliá Cohíba y regresaron a eso de las cuatro de la mañana a una casa situada en la calle Alambique, en La Habana Vieja. Con ellos venían dos extranjeros que también pernoctaron en la casa esa noche. Por la mañana, a eso de las diez, el negro salió en el carro con dos niñas que por las fotos parecen ser Yordanka y Lina....

Todo encajaba. Y finalmente aparecía la pieza que faltaba. ¿Qué diría ahora el Coronel Lastra? Aunque tenía deseos de ir directo para su oficina y soltárselo todo en la cara, pensó que era mejor llegar ya con un plan de detención bien pensado. De todos modos, ya su parte estaba hecha. Pieza a pieza había ido armando el rompecabezas, o mejor, la cadena, porque aquel caso tenía todo el parecido a una, aunque sus eslabones, en vez de ser de oro o plata, eran de mierda. A sus deducciones, que fue obteniendo en cada una de las entrevistas y gracias a la decantación de pistas que hacía desde el archivo el bueno de Tomate, se le sumó la ayuda de su olfato de viejo perro policía y los datos de esos informantes que había ido reclutando por cuenta propia en sus zonas de operaciones. Después, los informes de los agentes oficiales de la Unidad terminaron de cerrar el caso. Ahora sólo necesitaba precisar en qué sitio estarían al día siguiente Manín y sus compinches. Y en eso quien lo podía ayudar era el viejo Alex Varga.

Se lo contó todo. En detalles. El viejo lo escuchó, sin quitarle una sola vez la vista a los labios de Alain que se movían incesantes, como desesperados por terminar, quizás urgido por saber la respuesta que podía darle Alex Varga. Estaban solos en la sala y el aire del ventilador lo rozaba con fuerza cada vez que pasaba por aquel lado de la habitación. Sintió frío: no hacía ningún calor, el aparato estaba encendido en su mayor potencia y las aspas giraban a toda velocidad.

El viejo había pedido una cerveza a una prieta flaca y alta que barría la casa cuando Alain tocó a la puerta. La mujer regresó con dos Heineken casi congeladas y el primer trago le clavó un escalofrío en todo el cuerpo que lo dejó sin habla unos segundos. Alex lo miró y sonrió: “no tienes costumbre”, dijo, y se empinó un trago largo de la suya. Después colocó la latica sobre la mesa de centro y se dispuso a escucharlo. “La concreta, muchacho”, habló. Y Alain recitó de memoria todo lo que ya tenía claro: los nombres de los tipos, la dirección de las casas, la comprobación de que los niños desaparecidos estaban con ellos y las cosas a las que, pensaba, los estaban obligando.

-- ¿Lo haces tú o yo? -- preguntó Alex cuando Alain terminó de contar.

Alain no entendió y quedó mirando fijamente al viejo. La muchacha ahora estaba a sus espaldas, sacudiendo unos jarrones de porcelana que adornaban una repisa con forma de chimenea.

-- Yo puedo entregarte a los niños -- dijo entonces Alex Varga -- ¿Recuerdas lo que hablamos? Yo estoy de este lado. Creo que

siempre lo estuve, aún antes de Batista y Fidel. Algo me obliga a proteger a los míos.

-- ¿A los tuyos? -- Alain seguía sin entender.

-- Aunque sean unos hijoeputas, Manín y esos otros son de los míos, de los de abajo. Tendrán su escarmiento, no te preocupes.

Alain hizo una mueca con los labios y meneó la cabeza, negando. Se recostó en el sofá. Los ojos del viejo no le perdían ni un movimiento.

-- No -- soltó de pronto --. No me cuadra. Creo que esta vez se te ha ido la musa, Alex. No trabajo por mi cuenta, como tú lo hiciste. En esto hay mucha gente, y esos cabrones, ya están fichados. Si te pido esto es porque necesito dos cosas: una, la confirmación de que los niños desaparecidos están en una de esas casas, cosa de la que estamos casi seguros, y dos, proteger a los que me dieron esos datos que te di. También yo tengo gente detrás de esto y no puedo quemarlos. Si lo haces tú, tendré dos ventajas: información segura y de mano directa, y nadie sospechará de los míos, pues para saber si están dentro tengo que colarlos o poner a preguntar más de lo normal y ahí, cuando detenga a esos cerdos, se me queman unos cuantos.

El viejo se puso de pie y caminó hasta la chimenea. Pasó la mano por una de las porcelanas y, aún de espaldas, su voz llegó fuerte, segura.

-- ¿Sabes que pude ahorrarte mucho trabajo? -- dijo.

-- Sí -- respondió Alain --. Pero desde el principio me acostumbré a eso. Muchos de los que entrevisté sabían o sospechaban algo. Nunca me lo dijeron. Por eso me dije que tenía que llegar solo al final. Y aquí estoy.

-- Por eso mismo te voy a tirar un cabo. También yo cumplí con mi parte: no dije nada, aunque lo sabía casi todo. Salvo eso de los niños perdidos, claro. Eso se lo tenían bien callado. Ni los delincuentes más duros perdonan ese tipo de mierdas.

-- ¿Entonces? -- Alain dejó la interrogante en vilo. El viejo seguía de espaldas, acariciando con sus manazas negras y arrugadas la superficie lisa, perfecta, de la porcelana.

-- Voy a saber si están ahí los niños y en qué momento puedes buscarlos -- contestó, volviéndose y recostándose contra la

chimenea --. Ven mañana lo más temprano que puedas, muchacho. El resto va por ti.

Alain lo miró y sonrió. Marqués tenía razón: aquel era un negro raro, imposible de entender. Se puso de pie y se dirigió a la puerta, seguido de cerca por el viejo.

-- Gracias, Alex -- dijo.

El viejo le extendió la mano.

-- Como te dije una vez, mi'jo -- y volvió a clavarle los ojos --. Aunque sean de abajo, de los míos, y aunque he tenido que lidiar con muchos en todos estos años, nunca aprendí a soportar a los hijoeputas.

Tengo pa'ti, Alaincito, qué bueno que llegas. Y esta es caliente, tan caliente que va y te quemas y entonces tendrás que decir que tu socio Tomate es la candela en esto de averiguar pistas y poner las cosas en su sitio y embarcar a los amigos en buenas cruzadas que le den mérito y todas esas cosas que policías como tú se comen a diario. ¿Que tú también tienes que contarme? Seguro que no es como lo mío. ¿Que ya tienes a la gente? ¡Qué chismoso! ¿Y dónde lo averiguaste? ¿Tienes una lámpara como Aladino? ¿Ese es el viejo del que me hablaste? ¡Qué raro! ¿Y te puso todo en la mano dices? Entonces no te diré nada, chico. ¡Quédate con el vejete ese! ¿Café? ¿No tomaste en casa del añejo ese? Te salvas que soy tu amigo de verdad. ¿Tú sabes lo que es que después que yo me maté tanto buscándote las cosas te me vayas con el viejo ese para que te ponga la concreta, según tú, haciéndose el bárbaro en La Habana? ¿Y traes el plan operativo y todo? Niño, estás volado. Seguro que en premio el gordo Lastra te regala unas cuantas libras de su sabrosa manteca. ¿Y cuando vas a operar el caso? ¿En cuanto te digan? Bueno, no importa. A pesar de todo no podrás negar nunca que tu socio Tomate te ha puesto la luz en muchas cosas. Toma. Tómate el café y mira esto: ¿sabes qué es?. Un muerto, claro, pero no identificas al muertito. ¡Qué clase de Perry Mason eres, hombre! Es Jaime Ulloa Vilar, el mismo que vestía y no calzaba, porque éste apareció descalzo, con tremendo short, de la yuma, de esos que brillan, y una camiseta de Michael Jordan que es un primor, como puedes ver clarito en la foto, pero descalzo y tirado en una escombrera de un edificio que se derrumbó la semana pasada por la avenida de Paula, cerca de los muelles del puerto. Está hecho un desastre. Tiene un brazo zafado del hombro,

como si hubiera estado tratando de soltarse de alguien y se lo hubieran desprendido a la fuerza, el cuerpo lleno de moretones – parece que le dieron con una correa o una manguera plástica, y el cráneo también desprendido del tronco. Dicen los de Medicina Legal que parece un gorrioncito cuando está muerto, así, con la cabeza que se le cae a un lado y al otro porque le partieron la vértebra de la columna donde nace el cuello. Tuvieron que darle con algo muy duro, podría decirse que un bate o algo así, porque en esa zona tiene una gran desgarradura y un hematoma enorme. También tiene un ojo abofado, parecido a esos que le hacen a uno cuando le suenan un viandazo en la cara. Y lo más interesante: en este caso sí se descubrieron huellas identificables: fueron dos tipos, ébano y marfil, como la canción de Stevie Wonder y Paul Mc-Cartney. Uno lo agarró tan fuerte por una mano que le hizo uno de esos moretones de los que te hablé y el otro me imagino que sería el de los golpes. Pero, ¡agárrate! También este niño había sido violado, y para decirte más, en el rabito tenía unas marcas raras, como de mordida de dientes. Los de la Legal están vueltos locos porque Clarita, ¿la recuerdas?, la doctora aquella que te metió como dos o tres fajones cuando el caso de la vieja que mataron por el televisor; pues Clarita jura que algunas de las huellas que tiene el niño no se corresponden con violaciones si no que parecen haber sido consecuencia de prolongados y consecutivos, y esas fueron sus palabras, “prolongados y consecutivos” actos sexuales normalitos y corrientes, ¿sabía usted, señor? Pero hay más, y ahora voy con la novela japonesa, esas donde la gente se ahoga en un mar de llanto y los quinientos capítulos son un llora que te llora del carajo: ya le avisaron a la madre. Y yo no sé allá, pero aquí formó tremendo pataleo y la gritería se oía a tres cuadras: que le buscaran a su hijito, que Jaimito era un ángel y esas cosas. Dice una vecina que vino con ella que casi tuvo que arrancarla del cadáver de su hijo porque se lo quería llevar. Una tragedia. ¿Quieres café? Claro, si viniste a eso. ¿Qué te harías sin tu amigo Tomate, Alaincito? Chismes, pistas, consejos y café: negocio redondo. Y después dices que los negros no servimos para nada, porque aunque eso esté bien dicho para otros casos, no me pega a mí, el negro más blanco de La Habana. ¡Qué Michael Jackson! Si yo tuviera su dinero me hubiera transformado en rubio y de ojos azules, para olvidar ese día maldito en que mi madre me puso al fogón y salí así, quemadito,

asadito. ¿Está bueno de verdad o es para que te de más? Por supuesto que está exquisito. Yo todo lo hago de ese modo. O por lo menos eso jura y perjura mi santa y gorda y pellejuda madrecita: que soy un ángel, aunque como en la canción, yo sea un angelito negro de esos que ni el pintor quiere pintar y me encantan tanto los chismes, que por eso estoy metido hasta el cuello en esto. ¿Sabes que tengo una mejor? Ahí tienes: una denuncia para que te chupes tus blancos dedos. Como ves, es una jinetera. Como sigues viendo, le entraron a golpes por defender a un niño que un chulo amigo de ella estaba golpeando. Y como seguirás viendo, cuando te lo leas con calma y no con esa excitación nerviosa que te ha entrado de momento, la putica denuncia que el chulo mató al niño. ¿Me copias, Alaincito? ¿Qué serías sin mí, verdad? Pues esa denuncia entró por el télex hace una horita exactamente y tu amigo Tomate, que se lo lee todo, te lo guardó porque, como siempre, sigue muy de cerca los casos que atiende ese genial detective que se llama Alain Bec. Más coincidencias ni en la teoría de la casualidad de los marxistas. Eso debías hacerlo tú, como lo hacen aquí todos los otros "policeman", pero yo te adelanté el trabajo. Creo que debe llegarse por allá, compañero, pero antes tómese un poco más de este maravilloso café.

Jenny tendría unos diecisiete años y era la india más linda que Alain jura haber visto en su vida. Todo en ella daba deseos de hacerle el amor larga, quietamente; y había que decirlo así: hacerle el amor y no templársela, animal, sádicamente, porque a pesar de la agresividad de su maquillaje y del puto desparpajo de su vestuario, aquella muchacha era dueña de una aureola de ternura que la hacía distinta, superior a esas otras jineteras provocativas y asquerosamente fáciles de comprar que deambulaban por los rincones más turísticos de la ciudad. Tenía unos ojos en verdad ensoñadores. Cuando comenzó a contar, solamente de oír su voz, dulce, cantarina y susurrante, Alain se dijo que todo en ella era perfecto: ¿cuántas muchachas como aquella estaban desperdiciando sus años, su juventud, casi su niñez en algunos casos, buscando un modo mejor de vida? De las entrevistas que realizó por mediación de Marqués le había llamado la atención que la mayoría no eran mujeres brutas, guajiras venidas del campo a buscar mejorías, como pensaba mucha gente: las mayorcitas, esas que tenían veintitrés o veinticinco años, eran licenciadas y tenían cultura y hablaban idiomas. Alain conoció a una de veintidós que había terminado la licenciatura en historia del arte y sabía a la perfección cinco idiomas: inglés, alemán, francés, portugués e italiano. Era hija de un renombrado embajador cubano venido a menos por que había forrado las paredes y el piso de su apartamento en La Habana con madera preciosa africana, traída desde allá en barco, entre otras barbaridades, y la niña había estudiado hasta los diecisiete en otros países. Como ella, se había topado con unas cuantas. Marqués le presentó a Lenna, Bury, Ilona y Sara y con cualquiera se podía mantener una larga conversación en temas muy diversos. ¿Qué las hacía meterse en aquel mundo? Cada una

tenía una razón distinta, pero siempre en sus palabras aparecía el deseo de no sumir su vida en la miseria cotidiana que, según ellas, parecía ser el destino de la mujer cubana. Y era cierto. De algún modo, cada una tenía razón; o por lo menos era “su razón”. Podían existir justificaciones, teorías socializantes y moralistas, un montón de prejuicios, pero ninguna de ellas, o muy pocas, hacían aquello por simple gusto de putas. Una sola, Sara, le dijo que sí: estaba en el jineteo porque le gustaba vivir bien, pero también porque la naturaleza le había dado la desgracia de querer tener un rabo entre las piernas cada cinco minutos. Marqués pudo comprobarlo. Desde su misma entrada en el apartamento enorme y elegante que la rubia ocupaba en el Vedado, justo a un costado del Ministerio de Relaciones Exteriores, Sara, que tendría unos veinte años, le había estado fajando hasta que la vio abrirle la portañuela para hacerle disfrutar la mamada más estruendosa que jamás lengua humana le había dado. Allí mismo, sobre el sofá de la sala, se vio casi violado y forzado a clavarle aquella mujer que gozaba con él con un estruendo insólito, hasta maullidos de gata profería, y que alcanzó hasta cinco orgasmos durante aquel acto sexual infiel que nunca podría confesar a Camila, de quién Marqués era novio por ese entonces. La muy cabrona de Sara tenía bien aprendidas la posición justa que diera un roce erótico extremo a cada una de las partes de la pareja. Tenía fuego uterino. Y aunque intentó atenderse durante un tiempo con uno de los mejores médicos de La Habana, según le habían recomendado, todo terminó cuando se templó al doctor cincuentón sobre la misma camilla de metal de la consulta. Ese día supo que lo suyo no tenía remedio. O sí: estaba condenada a tener siempre un hombre dándole caña de cualquier modo y a cualquier precio. Cuando lo de las jineteras se hizo algo común, y menos reproable que en un principio, se dijo que hacer aquello valía la pena: calmaba sus instintos sexuales y obtenía beneficios, algo que no pudo lograr ni en sueños con los machitos cubanos – eran todos unos simples muertos de hambre que pensaban sólo en coger un culo de gratis y ya. El yuma sabía que tenía que pagar y, en su caso específico, la experiencia, adquirida día tras día en aquel oficio obligado por su necesidad biológica, tenían que pagar mejor. Calculaba que desde los quince años se había acostado con unos doscientos o trescientos hombres, de todos los colores, todos los tamaños y todas las razas. Por suerte, la naturaleza le había dado todas las facilidades para resistir

cualquier embate masculino en aquel trabajito. Por eso le decían Sara La Cloaca: se tragaba cualquier cosa, sin importar grueso ni tamaño. A Jenny le pasaba lo contrario: le asqueaba aquel mundo. ¿Cómo podría vivir? Todavía recuerda la tarde en que sus padres se iban para los Estados Unidos y ella dijo que iba al baño y se escondió en un closet de herramientas que había en uno de los salones del aeropuerto. Sus padres se fueron y ella, con catorce años, se quedó sola en Cuba. Buscó al primer policía que vio y se lo dijo y enseguida vino otra gente y la entrevistó y otra y conversaron con ella y otra y se la llevaron para una cosa que llamaban *Los Hijos de la Patria* que era un vacilón donde el Estado les daba de todo, pero no tenía nada que ver con ella. Cuando terminó su carrera: un técnico medio en costura industrial, la pusieron a trabajar en la textilera en Santiago de Cuba. Allí no conocía a nadie y en el albergue las condiciones eran pésimas y se montó en el primer avión que la trajo de regreso a La Habana. Buscó a una amiguita del barrio donde había vivido con sus padres y pudo colarse en su casa. Ella había empezado a salir con un extranjero y le dijo a Jenny que aquello era la vida misma, claro, sin que sus padres se enteraran. Desde entonces vive de eso. Se compraron un apartamento en Miramar que le costó quince mil dólares y que pagó junto con su amiga. Lo dividieron y ya cada una tiene una casa con salida independiente. Así de sencillo. De sus padres jamás volvió a tener noticias. A Manín le deben mucho las dos: siempre las busca para fotos porno y eso se paga bien. Su amiga un día hasta se empató con uno que vino de fotógrafo y ahora vive en Francia y es modelo en una Maison. Todos los meses le manda algún regalo y algo de dinero con un tipo de la Embajada cubana en París. Ahora, mientras le hablaba, tenía los brazos llenos de hematomas de los golpes, un ojo morado y una herida de cinco puntos en un pómulos de la cara. Ese agradecimiento a Manín, le dijo, es lo que la puso de aquel modo.

Otro niño muerto, compadre; tremenda mierda. Hasta uno, que lleva un montón de años en esto, se eriza cuando pasan estas porquerías. Porque digan lo que digan, es una porquería que un niño se muera así, y más en este país donde tanto uno se desvive trabajando para que ellos tengan lo que nos faltó a nosotros. A éste lo magullaron todo: esas heridas que tiene en las piernas se deben al golpetazo que se dio, ya muerto, cuando lo tiraron, desde algún sitio bastante alto por cierto, en la escombrera donde lo encontraron hoy por la mañana. Lo del ojo es un golpe también, pero ese se lo dieron aún vivo; yo diría que un piñazo de un puño bien grande. No fue un niño, claro; los traumatismos que encontramos en esa zona sólo pueden producirse con una fuerza promedio mayor a la que puede tener un muchacho por lo menos hasta los veinte años. Quien lo golpeó es un hombre y debe tener unos treinta o cuarenta años. Los moretones en los brazos y otras partes del cuerpo también fueron provocados cuando estaba vivo y se los causaron con algo duro, pero flexible: no sé, una manguera de esas de plástico o un cable de teléfono, que es lo que más me parece acertado, de acuerdo con el tipo de huellas que dejó en algunas partes. Con respecto a la fractura de cuello, al principio pensamos que podía haber sido en el mismo momento de su choque contra la escombrera, pues como verás en las fotos, la cabeza aparece metida casi debajo del cuerpo, totalmente descolgada. Después Clarita se dio cuenta, por la posición que tiene el hematoma en la parte trasera del cuello, que fue resultado de un golpe. Eso le provocó la muerte. No hay ninguna partícula que nos de indicios sobre el arma que usaron, pero por la forma del trauma muscular puede ser un tubo de metal o un bate de aluminio. Por ciertas ulceraciones llegamos a pensar que podría ser una cabilla, pero

finalmente nos dimos cuenta de que no es probable. Lo más interesante de todo está en el rabito: como ves, tiene unas pequeñas marcas similares a las que dejan los dientes en las mordidas; el ano también presenta alteraciones que hacen pensar en una violación. Clarita piensa que es producto de actos sexuales repetidos con mucha frecuencia y con cierta fuerza en cada ocasión, pero a mí no me convence eso, a menos que alguien venga a decirme que el padre se pasaba al niño, convenciéndolo, claro; sólo de ese modo se explica que haya traumatismos, pero no desgarramientos, como es normal en casos de violación. Otra cosa, y ahí es donde me confunde el asunto: el prepucio presenta una ruptura que se produjo o por una manipulación exagerada hacia atrás o por una penetración sexual del niño en una vagina sin la lubricación adecuada para el coito. ¿Puedes aclararme eso? ¿Después? Así me dijiste cuando la muerte del otro chama y ahora es que te apareces, así que no jodas más y cuenta que estoy en ascuas. Aquí vino la madre y cuando lo reconoció casi que quiso matarme. Imagínate que a mí nadie me dijo que había que conservarlo hasta que lo identificaran y como ustedes estaban presionando por el diagnóstico, le metí mano y estaba picándolo en el mismo momento en que entró ella. Dice el oficial que la traía que se le escapó de la mano y no le dio tiempo a llamarme para que preparara el cuerpo. Un desastre. Nunca me habían dicho tantos oprobios en mi cara, así que espero que esa muchacha que traes para que reconozca si es el mismo que ella denunció no sea tan histérica como la madre de esa pobre criatura.

Sí, es él. Todavía tiene la ropita que yo misma le puse esa tarde. Manín vino a verme el día anterior. Un asunto de fotos con niños para un italiano que pagaba a quinientos verdes cada fotografía. Las sesiones eran normales. Los tipos venían a veces con sus propios equipos y entonces se llegaba a un precio con él por todo el trabajo; pero este italiano, que se había hospedado en el Cohiba, en una de las habitaciones más caras, le dijo a Manín que compraría las fotos ya hechas. Quería de sexo entre niños, de sexo con muchachas jóvenes y niños con buena anatomía, preferiblemente negros, y algunas, más artísticas, de niños desnudos con algún animal; si podían ser perros de razas, lebel, cocker americano, cocker spaniels, salchichas, pagaría mucho más. Cuando llegué a La Catedral Sumergida, el apartamento al que el propio Manín, y no sé porqué, llama así, y adonde lleva y tiene a un grupo de niños para estas cosas, me encontré con que yo haría las fotos finas: un niño chupándome una teta, mordéndome una nalga, saliendo de entre mis piernas como si yo estuviera pariendo, y un montón de posturas que los extranjeros llaman artísticas, aunque para mí no lo sean. Para las fotos porno, las más grotescas, había contratado a una negra, por desgracia oriental, que tenía la papaya más grande del mundo: los labios mayores de su vulva se le salían de entre los muslos. Manín me aclaró que era perfectamente lo que quería el tipo. Para más desgracia, la tipa tenía complejo de actriz y desde que me comentó que ella las fotos se las tomaba en una orgía de gozadera, yo sabía que iba a crear problemas. Ya estoy en un nivel que me permite exigir ciertas comodidades para este trabajo. Ella transigía por cualquier basura. Imagínate que por todas esas fotos cobró cincuenta dólares y se fue como si hubiera sacado un dineral. Fue ella quien le hizo esas marcas a Jaimito. Manín

decía que tendría que deshacerse del niño en algún momento no muy lejano porque siempre tenía que sacarlo de espaldas o de medio cuerpo: no le gustaba lo que le hacían y no había modo de que pusiera cara de disfrute. Una tarde, el niño le soltó que no vendría más y que iba a contarle a su madre todo lo que había hecho en esos fines de semana. Manín se voló como una cafetera. Le dijo que estaba bien, pero que volviera al día siguiente para darle unas ropas y algún dinero que podía gastar en chucherías. Jaime era mongo, teniente; y aunque era tremendo músico, y Manín a eso le sacó tremenda lasca porque lo filmó templando y con su música de fondo y lo vendió como el niño sexi-musical, cualquiera lo engañaba si le mencionaba las golosinas. Era muy goloso. Al otro día vino, Manín lo encerró en el cuarto y entonces lo obligaba a tirarse las fotos o a templar con algún depravado, si se daba el chance. Ese mismo día se lo puso a uno que ya había venido dos veces esa semana. Jaimito le dijo a Linita que era un animal. Le tenía miedo. A Manín no le importaba. Hizo lo mismo con todos los niños que quisieron dejar el trabajo. Claro, para ellos no era un negocio. El negocio era de Manín, de la Yolanda, una hija de puta con ínfulas de gente de alcurnia que es profesora de piano y fue la que trajo a dos de los niños, y de Orestes, su hermano por parte de padre, un mulato, casi negro, que también se hacía el fino, que trabajó en una firma publicitaria y creo fue quien metió a Lina en esto. La mayoría de los niños, casi todos medio anormales porque eran más manipulables, entró porque les prometieron miles de cosas que le daban en realidad para mantenerlos callados. Lugares como aquel hay uno o dos más en La Habana, y unos cuantos chulos se meten de casualidad en esto, aunque el único que se dedica de lleno al negocio con niños es Manín. También tenía otros, pero ése, el de los niños, le daba más pesos. La única fiera, a la que le encantaba estar encuera, era Linita. Le gustaba que le dijeran “La Tigresa” y, para hacer honor a la verdad, ninguna de nosotras tiene las mañas sexuales que esa muchachita se sabe de memoria. Por ella fue que explotó todo. Será puta y todo eso que te diga y hasta lo que no pueda decirte, pero es de buen corazón. Uno de los niños que trabaja con ella: Yosielito, que es un primor de cariño aunque se comportara como un marginal cerrero, cayó en cama con unas fiebres raras que hasta a mí me asustaron. Era lo más parecido que había a la fiebre sifilítica. Hasta erupciones tenía. Y los güevitos se le hincharon que daba

lástima verlo. Yo iba a veces por la tarde, los miércoles casi siempre, y cuando llego ayer, me encuentro a Linita fajada con Manín. El muy cabrón había encerrado a Yosiel en un cuarto aparte y para asegurarse de que no enfermara a los otros, le había puesto un candado. Todo ese día Yosielito se la pasó volado en fiebre, según me dijo Alina. Ella había llegado hacía una hora, más o menos, y se encontró al niño con unos temblores que parecía que se iba a morir. Tenía casi cuarenta de fiebre y a duras penas, con un baño de cinco o seis botellas de alcohol, logramos estabilizarlo en treinta y ocho. Cuando le dijimos a Manín que teníamos que llevarlo al médico, se puso como una fiera y nos dijo que para sacar a Yosiel de allí había que matarlo, que mucho dinero se gastaba él, y de su bolsillo, en aquellos muchachos para que, por unas fiebreccitas de mierda, le fuera a caer la policía detrás. “¿Quieres que te metan presa por pervertida, chica?”, le gritó a Lina y ella le dijo que prefería estar presa antes de que a Yosiel le pasara algo. Por eso digo que es buena. La cosa se calmó y nos dedicamos ella a controlar la fiebre al niño y yo a bañar a los otros. Vestí a Jaimito con esas mismas ropas que le pusieron ustedes después de la autopsia. Estaba serio. No quería hablar. Cuando le pregunté, me dijo que Manín era malo. Lina me llamó en ese momento: a Yosiel la fiebre había vuelto a subirle y ya no había modo de bajarla. Le dijimos a Manín que lo llevaríamos al policlínico más cercano y entonces se puso peor. Quiso botarnos de la casa y Lina le dijo que ella no salía de allí sin Yosielito. No quiero ni acordarme. Manín le voló para arriba hecho una fiera y trató de darle, pero ella se defendió, se le escabulló y se metió con Yosiel en el cuarto, cerrando con seguro por dentro. El comenzó a darle patadas a la puerta. Yo traté de detenerlo y entonces se volvió y me dio este piñazo. Sentí que la sangre me corría por la cara y eso me metió una furia en el cuerpo que me hizo lanzarme hacia él y cogerlo por los pelos. Me dio otro piñazo en un seno y cuando me doblé del dolor, empezó a darme patadas. Caí al piso y seguí aguantando sus patadas hasta que paró. Al levantar la cabeza, vi a Jaimito con un tubo de metal en la mano. Lo había cogido de unos escombros que había en el patio de la casa y regresó corriendo para ayudarme. Parece que le dio bien duro a Manín en la espalda porque lo vi doblado y cagándose en la madre del niño. Jaime lo esperaba con el tubo en alto y una rabia en los ojos que no pude nunca imaginar en él. Manín se le

abalanzó y le quitó la cabilla y empezó a darle piñazos por todas partes y entonces Jaimito se encogió como un ovillo y aguantó sin gritar ni una vez. La única vez que levantó la cabeza, el puño de Manín le dio justo en un ojo y lo arrojó contra la pared. Hacia allí lo siguió y continuó dándole patadas y piñazos, aún con el tubo en su mano derecha. En un costado de la pared había un cable gordo, de esos de teléfono, que Manín usaba para atizar el fuego de la estufa que a veces, en invierno, prendía, para hacerse el yuma. Soltó el tubo, cogió el cable y estuvo dándole al niño un buen rato. Parece que le molestaba que Jaimito no gritara y eso lo ponía más y más furioso. Fue entonces que volvió a coger el tubo, esta vez con las dos manos, lo levantó y le propinó un tubazo en el lomo, por la zona del cuello. Sólo sentí que algo traqueó dentro del niño y un segundo después lo vi estirarse en el piso, boqueando. “Lo mataste, Manín, coño, lo mataste”, le dije, sin atreverme a mover. Manín lo volteó con un pie y trató de revivirlo: “cojones, no te mueras, mongo e’ mierda”, repetía, y lo sacudía. Mientras Jaimito tuvo la cabeza recostada a la pared, parecía vivo: tenía los ojos abiertos, como asustado. Cuando Manín lo separó, la cabeza cayó hacia un lado como una piedra. Fue entonces que el muy hijoeputa comenzó a susurrar lo mismo que le decía antes: “cojones, no te mueras, mongo e’ mierda, no te mueras, no te mueras”, pero ahora llorando. En ese momento, algo me dio por salir de allí. Caminé mucho por toda la ciudad. No recuerdo si iba de prisa o lentamente. Sólo estoy segura de que iba llorando y de que mucha gente se volvía y se paraba para mirarme. Cuando recobré la calma, ya casi era de día y estaba a una cuadra de la estación de policía. Tampoco sé qué me hizo entrar allí y denunciar a Manín, pero al firmar la denuncia me cayó una paz que no había sentido en mucho tiempo desde que estoy en esto. Ahora mismo, pese a ese recuerdo, siento esa paz.

“**N**os jodimos, ¿no?”, dice Alain cuando llega y encuentra a uno de los policías que sale con cara de tipo burlado por la suerte. En el fondo, sentado en un butacón grande, hay tres niñas. Alain las identifica, a pesar de que ahora las ve mucho más flacas, más ojerosas, aunque en dos de ellas aún quedan rastros de un profuso maquillaje, lo que le hace pensar que de las fotos que le enseñaron al inicio de aquel caso sólo conservan sus caritas. Sí, hay inocencia en cada uno de esos rostros. Y miedo, mucho miedo. Yordanka está llorando. Deidis dice que no para de hacerlo desde que vio la bronca entre Manín y Jaime la tarde anterior. Yudeisis no ha querido ni responder las preguntas de la psicóloga que vino por si hacía falta. “Nos llevamos a dos en la ambulancia”, le dice uno de los sargentos que enviaron tan pronto confirmaron por Jenny la dirección de la casa. Un agente de Alain había seguido hasta aquella misma casa a uno de los vendedores de tabaco más conocidos en el barrio donde vivía la madre de Olier, después que Orietta, la doctora, le avisó que recordaba haber visto al niño con aquel hombre. Yosiel seguía volado en fiebre y Alina se había ido con él hacia el hospital. Quizás fuera cierto lo que le dijo Jenny: podía ser puta, pero según lo que cuenta el sargento, estaba muy nerviosa y no quiso separarse del niño ni un momento.

En uno de los últimos cuartos, habilitado evidentemente para filmaciones de escenas sexuales y sabe Dios qué otras orgías, encontraron, reproducidos, algunos de los cassettes de vídeo que Alain viera en casa de Manín durante su primera entrevista, cuando se hizo pasar por representante de un perverso y platado extranjero. También en ese momento estaban operando aquella casa y dos más donde podían localizarse, según los

informantes, posibles casos similares. Por suerte no eran muchos. Ahora, y esta era una pregunta que lo había molestado bastante en los últimos días desde su conversación con el viejo Alex Varga y otra vez volvía a taladrarle el cerebro mientras contemplaba aquella casa donde todo evidenciaba una preparación minuciosa del negocio, sin descuidar un detalle: si aquel mal era producido por razones sociales, quizás económicas, quizás de pérdida de valores que ojalá se recuperaran algún día, ¿se eliminaría el problema con el rescate de los niños y la captura de Manín y otros hijos de puta como los que ya tenían localizados y seguro iban a caer en cuestión de una hora? ¿Tendría algún sentido aquella limpieza policíaca incluso mal vista por la gente de aquellos barrios, a pesar de que sabían o imaginaban que en esos lugares hasta el aire era ilegal? El modus operandi de Manín era sencillo, quizás algo distinto a los otros tres casos fichados y que en ese mismo instante posiblemente estaban siendo detenidos: recorría los barrios marginales que frecuentaba, donde tenía conocidos o en los que hacía negocios, contemplando los lugares donde se reunían los niños a conversar o jugar. Se fijaba en cada uno con mucha atención. Había veces que se ponía a jugar con ellos y luego conversaba con algunos y se les iba colando como un tipo encopetado, tremenda gente, y que de vez en cuando dejaba soltar algún regalito. Aunque buscaba de ambos sexos, siempre buscó primero entre las niñas, según su desarrollo corporal. De casualidad, y esto fue algo que Manín mismo había contado a Jenny, descubrió que resultaba más fácil manejar a los retrasados mentales y, cosas del azar o de Mamá Natura, también dijo, “los mongos casi siempre se mandan tremenda morronga y las mongas tremendo culo”. Además, estaba la tranquilidad de que nadie les cree todo lo que dicen porque su conducta es tan cambiante que pueden temerle a la persona ajena que más los quiere, respetar a quien más los detesta y maltrata, y así por el estilo. Le había ido muy bien. Y hasta suerte tuvo el muy cabrón: la mayoría de los niños que buscó no eran atendidos por alguna que otra razón ajena al deseo y los intentos de los que tenían que ver con la educación especial, que como ya estaba demostrado, era un logro de verdad y no un globo inflado. Como fanático al cine, se le había ocurrido la idea de hacer vídeos promocionales con las muchachas que trabajaban para él, unas treinta, y se metió en el negocio de los niños cuando se topó un viejo francés

que vino exclusivamente buscando una niña para que se la mamara: el hombre le pagó quinientos dólares por una noche y en esa ocasión sudó mucho para conseguir que una vecinita de trece años de su barrio se prestara a chupársela al viejo a cambio de cien billetes verdes. Salió ganando cuatrocientos limpios y la idea de mantener aquel modo de buscarse el dinero. Para eso se vio obligado a crear su “Banco Personal de Chamacos”, “BPC” le llamaba, y mientras continuaba explotando mediante el miedo y la amenaza a sus muchachas, fue haciendo economías y dedicándolas a ganarse la amistad de los más pequeños futuros trabajadores de su Casa de Sexo Libre, como gustaba llamarle. Hacía más de dos años que Yolanda, su mujer aunque no vivieran juntos, lo había colado en el lío de la prostitución en los hoteles con un arreglo redondo: él, que se ganaba la vida robando motos y vendiendo sus piezas, les prestaba el dinero a unas cuantas que querían meterse al jineteo y ellas, a cambio, por un tiempo, le pagaban con algo de lo que conseguían, hasta que liquidaran la deuda. Las que le pidieron dinero se quedaron con él hasta el mismo momento en que fue descubierto: las amenazó con matarlas y, para hacerse creer, le pagó a dos negros amigos suyos para que golpearan y se templaran a tres de las que se negaron a seguir con él en el negocio. Así, mediante la amenaza y el engaño, fue creciendo la lista de mujeres que trabajaban en La Habana para su bolsillo, y hasta estaba pensando en ampliar sus acciones en Varadero y Cayo Coco. El rapto de los dos niños músicos fue idea de Yolanda. Manín, que era un tipo exquisito para lo que llamaba su brujanza, pagaba un dineral por que algún músico joven le compusiera la música de aquellos vídeos. Había filmado más de doce, según las exigencias de los clientes y hasta del tipo de turismo que entrara al país en ese tiempo. Yolanda le dijo que tenía dos niños que serían una maravilla para aquello: estaban bien desarrollados anatómicamente y podían componer cualquier música que él le pidiera. Además, el piano, tan bien tocado, le daba a los vídeos un toque de excelencia y alcurnia que no tenían ni los que hacían las empresas turísticas oficiales. Comenzó a llevar a Yordanka y a Jaimito a la casa para que jugaran atari y tocaran en el gran piano de cola que por puro alarde de grandeza había comprado hacía poco, sin imaginar que tan pronto le sería de tamaña utilidad. Un día, luego de una larga sesión de sexo con un alemán gordo como una rana y que dejó a Jaime sangrando por el ano, los dos niños le dijeron a Manín que

no vendrían más porque aquello se había vuelto feo. Manín les preguntó si le habían dicho algo a sus padres y cuando ellos respondieron que no, pero que tampoco volverían, aunque no pudieran jugar más, no imaginaron que estaban firmando la orden de su secuestro. La propia Yolanda se encargó de todo.

Ahora entendía porqué en el comienzo de aquella carrera de asombros (no hubiera creído nunca que aún quedara para él algo desconocido en el mundo de la delincuencia y mucho menos que aquello sucediera precisamente en Cuba), un aliento raro, oculto, había encontrado en su primera entrevista: la que tuvo con la madre de Olier, por desgracia no el único muerto en su primer caso fuera de Delitos Económicos. Su olfato no lo había traicionado: ella, a pesar del dolor, conocía mucho más de lo que dijo, aunque hasta aquel mismo momento Alain no tuviera forma de probarlo. Conversando con Toña la Gansa fue que empezó a verlo todo claro: no había relacionado nunca al marido preso de la mujer con Manín, aún cuando después de su encuentro con el chulo recibiera un informe completo de su estancia en la prisión, sus delitos anteriores y una larguísima lista de hijoeputadas que marcaban la vida de aquel hombre. ¿Y la muerte de Olier? Porque a pesar de que Toña la Gansa dijera que no, Olier era el único hijo de Manín con aquella mujer, con la que mantenía una distanciada vida de marido sin importar que su relación verdadera en todo: negocios, sexo, tiempo, fuera con Yolanda. Jenny tampoco lo sabía. De boca del propio Manín se enteró de que aquel niño era hijo suyo, porque el chulo nunca lo trataba ni con el más mínimo gesto de cariño. Sí había notado que con él Manín era más déspota y hasta puede jurar que veía placer en los ojos de aquel hijo de la Grandísima Puta cuando se lo ofrecía a un maricón viejo, blanco en canas él, y muy alto, que a veces venía buscando varoncitos para templárselos. Era el único cliente cubano que ella conoció en ese negocio. Y pagaba bien. Siempre en fulas. Un día notó que Olier llevaba casi una semana sin venir. Manín le contestó que el niño había pescado la varicela y le había tenido que decir que no volviera hasta que se curara bien: podía contagiar a los otros. Eso la convenció, aunque poco después, conversando con Yudeisis, a quien siempre le tocaba hacer pareja con Olier, porque eran primos, descubriera que Manín había mentido: la niña le contó que Olier estuvo con aquel viejo y otro tipo que vino con él y que Manín lo había sacado de la habitación en brazos, con el cráneo chorreando sangre. Jenny

quiso averiguar y sintió el tono esquivo de Manín: “se quiso resistir y uno de esos comemierdas le dio en la cabeza con la estatuilla de Mozart de la repisa. Olier se desmayó y tuve que ir a sacarlo. Por suerte, sólo le cogieron dos puntos”. El resto de la historia, y toda la verdad que pudiera haber en la que ella contó, sólo Manín la sabía. Claro, y no se cansa de repetírselo, el hijoeputómetro de aquel degenerado siempre estaba en su valor más alto: la muerte de Olier no le sirvió de escarmiento. Le quedaban los otros niños. ¿Qué hubiera pasado con ellos si Yosiel no enferma?

Mientras esperaba que los del laboratorio rastrearan la casa, se sentó en la sala y desde allí se puso a observar a las tres niñas: ¿qué huellas dejarían para su vida futura aquellos días? ¿Podría su anormalidad sepultar el mal recuerdo en algún rincón perdido de su memoria? De golpe, casi como un soplo de aire, Alain sintió deseos de estar junto a Camilito. A esa hora su hijo estaría almorzando en el seminternado, cuidado por sus maestras.

Una llamada lo sacó de sus meditaciones. Era Tomate. “Oye, Alaincito”, murmuró con la voz algo fañosa por el catarro que, le dijo esa mañana, se lo estaba comiendo por una pata, “Severo llamó desde el hospital”. Severo era el teniente que atendía a los informantes en algunos barrios de La Habana Vieja y que había tenido que irse con Alina y Yosiel para el Pediátrico. “Me contó Severo que Alina le acaba de soltar que ayer Manín salió para Caibarién, que se fue con el cuerpo del niño ése, de Jaime, y que ella le escuchó decir que la puta de Jenny se iría con el cuento a la policía”. “¿Y a qué hora fue eso?”, preguntó Alain. “La niña, bueno, la muchacha, porque esa ya no es niña ni por los oídos, cree recordar que serían como las dos. También le pareció oír que alguien, cree que fue un maricón, le sopló a Manín que un policía había estado preguntando por él, ¿fuiste tú, Alaincito? ¿Y no te hizo nada el pajarito? ¡Ah!, y antes de que se me olvide: lo de Caibarién, dice la niña, bueno, Alina, que tiene que ver con un tipo que viene todos los meses a llevarse alguien, ilegalmente, claro. El tipo cobra un dineral, pero le hace los papeles y todo a los que se lleva. Eso, claro, no me lo dijo Alina. Llamamos a Caibarién y ellos tienen el comentario por los agentes secretos, pero aún andan tras el caso. Nada concreto. ¿Se iría el chulo, Alaincito?... ¡Oye, mi'jo! Habla, ¿no? Te has quedado mudo”.

El domingo era el día más feliz de la semana. Era su día. No tenía que bajar a comprar el pan, ni despertarse temprano, ni llevarle el café a la cama a su mujer, que normalmente se levantaba después que él se iba para la Unidad. Los domingos siempre esperaba a que Camilito fuera a despertarlo con alguna de sus maldades y aquella mañana el niño le había amarrado el dedo gordo del pie con un cordel, se había ocultado detrás de la puerta del cuarto y le haló el dedo primero flojito, lenta y espaciadamente, varias veces. Alain abrió los ojos un poco con el primer estirón del hilo, pero quiso hacerse el dormido para escuchar la risilla traviesa de su hijo que, al ver que su padre no reaccionaba, le dio un halón que lo hizo sentarse en la cama y mirarse hacia los pies. Camilito estaba doblado de la risa junto a Tony en el marco de la puerta y él se tiró de un salto y comenzó a perseguirlos hasta la cocina donde ya lo esperaba el café listo y el desayuno. Abrazó a su hijo que, a su vez,, lo atenazó con sus manitas, acarició la cabeza del negrito que lo miró sonriente y fue a darle un beso a Camila. Ahora, luego de un desayuno a base de frutas, “para que no sigas echando esa barriga”, le dijo ella, se había puesto a leer un cable de prensa que le trajo su cuñada. Carmela trabajaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en informática, y Camila, el viernes por la noche, le había contado el caso de los niños y la fuga de Manín hacia el Norte. Hacía dos días que Alain había tirado sobre la mesa del Coronel Lastra el expediente del caso, ya cerrado, con la desgracia de tener que oírlo decir que ellos, la policía, la inoperancia de la policía, la ineficacia total y cotidiana de la policía, la idiotez absoluta de la policía, eran los únicos responsables de la fuga del chulo. “Eso demuestra que no somos tan bárbaros como nos pintamos”, dijo entonces, y Alain había pensado que todo eso era muy fácil

decirlo desde un buró, aunque luego, cuando se lo comentó a Norma, la mujer del Coronel, que ese día estaba con unos dolores de cabeza terribles, recibiera como respuesta algo que en su molestia había olvidado: “recuerda que él no estuvo siempre ahí, en ese buró”.

Carmela había visto el comienzo del cable, por casualidad y, aunque la rutina de su trabajo clasificando toda aquella información apenas le permitía detenerse mucho en ninguno, no pudo dejar de continuar la lectura cuando sus ojos descubrieron de golpe el encabezado:

Miami.- AFP: Una nueva denuncia de estafa y asesinato continuado de cubanos emigrados ilegalmente se suma a la ya larga lista que consta en la Oficina de Atención a Inmigrantes de esta ciudad.

Daniel Alberto Laguna, cubano residente en los Estados Unidos desde principios de los años 80, denunció ante varias agencias de prensa internacional, el caso del emigrado cubano Luis Gutiérrez Medel, dueño de una lancha en Miami, que se dedica desde hace varios años a buscar a las costas de Cuba a familiares de cubanos ya residentes en el estado norteamericano, que pagan una cuantiosa suma porque este señor contribuya a la tan ansiada reunificación familiar.

Según la denuncia del señor Laguna, el lanchero, que efectúa viajes mensuales a la zona de Caibarién, Matanzas y Pinar del Río, pone como regla el pago en dos plazos: uno se efectúa en Cuba, en el momento del embarque y asciende a cinco mil dólares y el otro, también de cinco mil dólares, tiene lugar al arribo de los cubanos a tierras norteamericanas.

En la conferencia de prensa, que ofreció en la sede de la Oficina de Atención a Inmigrantes, el señor Laguna presentó un sobreviviente de la más macabra historia que haya tenido el ya conocido trauma social de la emigración cubana hacia este país: el lanchero cobraba a los cubanos en las costas de Cuba, los sacaba de las aguas territoriales de Cuba y a mitad de camino hacia Miami los tiroteaba y los echaba al mar. A su regreso, decía a los familiares que no había podido salir de los Estados Unidos por diversas razones en cada ocasión.

El sobreviviente, que se presentó como Manuel Báez Guzmán, de 21 años, tuvo la suerte de estar separado del grupo principal en el momento en que eran ametrallados y según su testimonio “me salvaron los deseos de orinar”. Desde la proa, en la oscuridad de la noche, escuchó el rafagazo y vio al lancharo con una subametralladora UZI en la mano, disparando contra los otros y el miedo le hizo deslizarse por el borde de la lancha hasta el agua y alejarse nadando, sin hacer ruido. Desde lejos vio cómo los cadáveres de los otros eran arrojados por el lancharo al mar. Creyó que moriría, pero la suerte le puso, unas horas después, en el camino de un yate de turismo español que se dirigía a Miami.

Según las declaraciones de este joven cubano, que huye de su país porque, como muchos otros, no soporta la dictadura del comunismo en esa nación del Caribe, después de éste viaje del cual sobrevivió, el lancharo había realizado dos más, en el mismo mes.

¿Sería una coincidencia divina? ¿La mano sagrada y justiciera de Dios en aquel asunto del Diablo? Cuando termina de leer, tira el cable sobre la mesita de la sala y mira a Camila que lo ha estado observando hasta ese momento.

-- Me da pena por los otros infelices -- dice --. Pero ojalá ese hijoeputa esté entre los muertos.

Camila no responde. Hace un gesto con la cabeza, afirmando, y recoge el cable. Luego recorre el papel con los ojos, lenta, detenidamente.

-- Llegaste tan tarde anoche de casa de Marqués y te tiraste tan rápido que no me diste tiempo ni a enseñártelo. Carmela lo recibió el viernes y me lo trajo el sábado por la tarde. ¿Tú crees que el tipo esté entre los muertos?

-- Por fin, ¿tú crees en Dios o no? -- le dice Alain.

-- ¿Y a qué viene eso ahora? -- responde ella.

-- Si Dios existe, no será tan i-no-pe-ran-te como dice el Coronel Lastra que somos nosotros. Si existe, ese cabrón está entre los muertos.

-- ¿Y si no logró irse y sigue en Cuba? ¿O si se fue por otra vía?

Esta vez es Alain quien no responde. No quiso ir al entierro de Jaimito porque no deseaba seguir llenándose el alma con

aquellos miedos. Ya su cuota de mierda había llegado al límite. Quería cerrar y borrar de su memoria aquel caso. Ya la prensa se ocupaba de alertar sobre el fenómeno. También Tomate tenía razón: “¿ves?”, le había dicho el jueves en la Unidad, minutos antes de que Alain pidiera sus días de vacaciones, “nos equivocamos. Tú y yo pensábamos que detrás de esto había algún negro, y mira, nos cagamos fuera del tabor. Resulta que el negro, el medio hermano de Yolanda, era sólo una pieza en el juego del blanco. Los otros que cayeron, que también formaban parte de ese cerebro negro que lo planeó todo, por desgracia para nuestro vaticinio, portaban una lujosa piel blanca. La Yolanda, prieta como su alma, era otra jugada del hombrín, que legislaba y ponía el grueso de la materia gris en este asunto. La lección es simple, bróder: la mierda te puede caer de quien menos tú te lo imagines”.

¿Y Camila? ¿No le había dicho ella lo mismo sobre sus prejuicios raciales? Desde fuera, cuando estaba en Delitos Económicos y le dijeron que iba para aquel caso, lo primero que le vino a la mente fue que ese era el mundo, el paraíso, el reino de los negros, un círculo especial del infierno donde las calderas estaban tiznadas de negro, el humo era negrísimo y ascendía en columnas aún más oscuras y hasta el diablo lucía una hermosa y lúgubre capa de un negro muy brillante. Su racismo, y eso Camila se lo había echado en cara varias veces en los últimos días, había podido más que su experiencia: en lo económico, como en muchas otras cosas, tan delincuentes eran los blancos como los negros. Allí, en los delitos comunes, también podía ser lo mismo, porque la verdad de todo era que en cualquier lugar del mundo el delincuente no tenía un rostro, una raza, un traje, unas maneras ni una ocupación fija. Al meterse en “el caso Nana”, como aún lo llamaban sus colegas para fastidiarlo, al referirse al expediente de los niños perdidos, siempre se había guiado por su prejuicio y eso lo había desorientado en un principio, hasta que se dedicó a valorar sencillamente los hechos. Conocer a Alex Varga fue muy importante: ante aquel negro viejo había vuelto a sentir el mismo rasgo de humanismo que había palpado en el velorio del niño Olier, y él lo había hecho entender muchas cosas del concepto “negro” arraigado en la gente, que no nacía de ellos, si no que era algo impuesto por el medio social, por la historia. Esa verdad parecía ser la causa que obligaba al viejo a defender las fronteras, los límites, las leyes secretas de aquel mundo, como

cosas bien distintas al resto de la sociedad. Alain tenía incluso la sospecha de que, de algún modo que no lograba precisar, Alex había respetado aquella ética marginal: no se tragaba muy bien que la huída de Manín se debía exclusivamente a la seguridad que tenía de que Jenny se iría con la denuncia a la policía. Creía oler que detrás del final de esa historia de niños perdidos y prostituidos y chulos desmadrados y suciedades, estaba el escudo protector esgrimido por el viejo Alex Varga para alejar de aquel ámbito los posibles embates del universo exterior. Aunque no tuviera ni una sola prueba de ello, casi podía jurarlo.

Después, lo sucedido con Camilito y la evidencia de Manín, un blanco, como artífice principal de aquel macabro negocio, le había acabado de abrir las entendederas: no importaba el color para ser un mierda, simplemente eso dependía de la mierda que a uno le corría por las venas.

Fuera lo que fuera, no quería seguir pensando en nada. Dedicaría sus vacaciones a irse a la playa, aprovechando que habían anunciado buen tiempo para los próximos días. A lo mejor iba unos días por casa de su madre para arreglarle el lavamanos del patio que casi se le estaba cayendo, para echarle un derretido a la placa del cuarto de desahogo del fondo que seguía con filtraciones siempre que llovía, para pintarle el escaparate del cuarto y pasarle su mano de barniz o simplemente para conversar con ella, recordar, añorar, aunque tuviera que aguantar sus sancochos con el estoicismo de siempre.

-- ¿Y Marqués y Berta, qué dicen? -- interrumpe Camila. Sigue sentada en una de las butacas de la sala, con el cable de prensa ahora enrollado entre sus manos.

-- Vamos a invitarlos a comer el sábado que viene -- responde Alain --. Ese cabrón se portó demasiado bien conmigo en este caso. Y Berta es un vacilón. Hacen buena pareja.

-- Sí, será nuestra revancha -- dice entonces Camila --. La otra vez tiraron la casa por la ventana con nosotros.

-- Nosotros también lo haremos, no te ocupes -- dice Alain en voz baja y mira a la calle a través de la persiana de tablillas de cristal de la sala.

Afuera, un aire en remolino levanta de la acera las hojas secas de los árboles y las eleva en un cono pequeño durante unos minutos, después caen al suelo y otra ráfaga las arrastra hacia la

esquina. “Hace un poco de frío”, piensa Alain y mira al cielo. Está encapotado, con las nubes grises del invierno. “Nada más a mí se me ocurre creer en Meteorología”, se dice entonces, y vuelve a mirar a la calle.

Un niño le tira piedras a uno de los almendros de la acera de enfrente. No lleva camisa a pesar del frío que debe hacer allá afuera. Selecciona las piedras de la tierra del césped y apunta contra las almendras maduras. Finalmente tumba algunas y se sienta en el quicio de la acera a partirlas con una piedra y comerlas. Alain lo observa por un rato y recuerda aquellas jornadas de su infancia en que iba con su padre al bosque de almendros que había donde ahora está el Palacio de las Convenciones para recoger las más secas y que su madre hiciera un dulce de almendras como nunca más había probado en su vida. Quizás esa es la única especialidad sabrosa que recuerda hecha por su madre. El niño ahora busca en el suelo, entre las yerbas y el césped. Alain vuelve la mirada a su hijo: Camilito tiene uno de los mandos del atari y Tony el otro y juegan a la carrera de cuñas, moviéndose a un lado y al otro, como si estuvieran cogiendo de verdad las curvas del camino. Afuera, el otro niño sigue comiendo almendras. A esa hora no hay un alma en la calle.

Amir Valle, La Habana, 1998